
jazmín
las más bellos
romances del mundo
–No tengo
intención de
reconocer a
tu hijo
como mío...
Novelas
con
corazón
Una diferéncia sutil
Yvonne Whittal
julia
BARBARA

Una diferencia sutil

Yvonne Whittal

Una diferencia sutil (1983)
Título Original: The slender thread 1976
Editorial: Harmex, S.A. De C.V.
Sello / Colección: Jazmín 281
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Paul Meillon y Catherine Anderson

Argumento:

El brillante cirujano Paul de Meillon había salvado a Catherine de pasar el resto de su vida como una lisiada. Cuando él además se enamoró y se casó con ella, Catherine estaba segura de que la vida no podía ofrecerle más.
Pero Paul no creía que ella sintiera más que gratitud por él. ¿Podría ella convencerlo de que su amor era muy real, o estaba su matrimonia yendo de cabeza al desastre?

Capítulo 1

Era verano en El Cabo y a pesar del calor sofocante, la población aumentaba con la llegada de turistas para las vacaciones de diciembre. Como se mantenía y seguía creciendo el espíritu de vacaciones, se hacía cada vez más difícil obtener hospedaje en los hoteles y en los lugares para acampar.

Cape Malays, con sus magníficos comercios, atraía visitantes a sus llamativas tiendas en el mercado, sacándoles el dinero de los bolsillos con frutas frescas, flores y recuerdos casi primitivos. Los escaparates de las tiendas estaban decorados de acuerdo con la estación navideña y colocaron luces de colores a lo largo del Heerengracht y por toda la calle Adderley.

Se sacaban los mejores vinos de las bodegas para ofrecérselos a los huéspedes, quienes disfrutaban de cenas opíparas y caras y pasaban los días descansando al sol.

—Desde la ventana de uno de los edificios más modernos en el centro de la ciudad, un hombre ya mayor contemplaba el tránsito del mediodía, sin qué al parecer se diera cuenta de todo el movimiento en la calle allá abajo. Acababan de informarle que su única hija, Catherine, tendría que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas y el aceptar este hecho no resultaba fácil.

Se volvió para contemplar a la otra persona en la habitación.

—¿No hay nada más que se pueda hacer por ella? —preguntó Charles Anderson con una expresión tan triste, que el doctor David Marsden fijó su vista en el expediente que se encontraba frente a él, fingiendo reacomodar su contenido.

—Créame, Charles —le contestó después de un corto silencio—, he hecho todo lo que ha estado a mi alcance para ayudarla, pero… —David Marsden se detuvo a tiempo. Había pensado en algo, aunque sería una crueldad alimentar esperanzas que probablemente serían infundadas.

—Otra operación.

—No se puede ni pensar en eso, sería demasiado peligroso. Le han dañado un nervio en la columna vertebral…

Continuó explicando los detalles complicados de la lesión, mas

Charles ya no le escuchaba. Sus pensamientos estaban con su hija que, paciente, esperaba en la casa que él regresara con los resultados de las últimas pruebas y de las radiografías. Confiaba en que se encontrara algo que pudieran hacer por ella y su insistencia para que realizara este viaje a la ciudad le había hecho alimentar muchas esperanzas. Catherine le aseguró que no debía preocuparse por ella, pues sería bien atendida por la sirvienta de color, Sarah, quien había sido como una madre para la joven desde la muerte de la esposa, hacía muchos años. ¿Qué le diría? ¿Cómo se le enfrentaría para darle la noticia que acababa de confirmarle David Marsden? Las pruebas, las radiografías, la terapia, las semanas que había pasado acostada en reposo. ¡Todo fue en vano!

Una mano que le apretaba suavemente el hombro lo volvió a la realidad.

—¿Se siente bien, Charles?

—Sí… sí, eso creo —sé levantó y dejó escapar un suspiro—. Todo lo que me queda es darle la noticia a Catherine y Dios sabe que esto no me hace feliz.

David Marsden era un hombre joven de poco más de treinta años. Amaba su carrera, pero había ocasiones como ésta, en que deseaba haber escogido otra profesión. Con tristeza observó a Charles Anderson cuando abandonaba la oficina, los hombros caídos, arrastrando los pies. Cuando se cerró la puerta detrás de aquella figura triste, David se maldijo porque no pudo hacer nada.

Charles manejó, hasta la casa, desconsolado. No estaba lejos de su hogar en Constantia, sin embargo el viaje le pareció más corto de lo acostumbrado. ¿O sería quizá la desagradable tarea de informar a Catherine los resultados finales lo que le hacía desear vivir al otro extremo del mundo?

Cuando al fin cruzó la portada de su hogar, De Rust, experimentó una sensación dolorosa en la boca del estómago y confiaba en que Catherine hubiera seguido su consejo y se hubiese retirado a su habitación a descansar. Esto le daría tiempo a prepararse para lo que le esperaba.

Estacionó el coche bajo la pérgola y contempló las buganvillas de color carmesí que trepaban por ella. ¡Qué hermosas se veían en esta época del año! pensó mientras caminaba por la vereda enlosada.

Al llegar a la terraza, aspiró el delicado aroma de las rosas y se volvió, admirando sus colores bajo el sol brillante. Tenía que recordarle a Joseph que cortara los botones secos. Temprano en la mañana, cortaría un ramo de rosas para Catherine, cuando aún estuvieran llenos sus pétalos de las gotas de rocío.

Joseph era su jardinero desde hacía mucho tiempo y cuando murió la madre de Catherine, fue él quien trajo a su esposa, Sarah, para cuidar a Catherine, que en aquella época era una niña pequeña.

Charles suspiró, abriendo la puerta de roble con ventanales de colores y entró vacilante en el vestíbulo cubierto de gruesa alfombra. No tenía la costumbre de beber durante el día, pero ahora, al llegar a la sala, decidió que lo que necesitaba para calmarse era un poco de *brandy*. Apenas lo había probado, cuando un ruido detrás de él le hizo volverse.

Catherine entraba en la habitación en su silla de ruedas, dirigiéndola hacia él. Desde el accidente le habían cortado, muy corto, el cabello color cobre, para que ella pudiera arreglárselo sin mucho esfuerzo y ahora le rodeaba el rostro, dándole un aspecto travieso que resultaba muy agradable. Los ojos verdes, la nariz respingada y la boca bien formada, mostraban el sufrimiento que había padecido durante los últimos meses.

Era una joven atractiva, pero lo que llamaba más la atención y asombraba a todos, era lo expresivo de sus ojos. Le sonreía esperanzada, mostrando dientes parejos y blancos y Charles sintió como si le estuvieran arrancando el corazón. Terminó de beber el *brandy* y dejó la copa vacía sobre la bandeja.

—¿Qué sucede, papá? —lo contemplaba con fijeza, mientras la sonrisa desaparecía.

—Cathy… —se detuvo buscando las palabras adecuadas pero no pudo encontrarlas. Deseó con desesperación no tener que cumplir con esto, pero no había nadie en quien poder apoyarse en este momento de tensión.

Catherine, desesperada, observó la turbación de su padre. Lo conocía muy bien como para comprender que lo que iba a decirle no era lo que ella esperaba.

—¿No pueden hacer nada más por mí? —le preguntó tranquila, conociendo sin que se lo dijeran, lo que significaba el esfuerzo que

hacía él por hablar.

Charles asintió con la cabeza y se arrodilló junto a la silla. Hundió la cabeza gris en su regazo y ella le acarició el cabello con dulzura, pasándole las manos con suavidad para calmarlo. El futuro le parecía de repente aburrido y triste, con la perspectiva de pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Le quedaban sus libros, pensó desalentada, siempre le había gustado leer, pero eso no compensaría el hecho de que sus extremidades eran inútiles. Charles levantó la cabeza, murmurando una disculpa.

—No te preocupes, papá, no es el fin del mundo. Quizá en el futuro alguien descubra algo nuevo… un nuevo tratamiento, o quizá una operación. ¿Quién sabe?

A la mañana siguiente, en Johannesburgo, el doctor Paul de Meillon desayunaba tarde en su apartamento en el hotel, mientras leía el periódico. Había venido a Sudáfrica para una serie de conferencias y debía regresar a Francia esa noche. Había sido un viaje agradable y se hizo el firme propósito de volver a este país algún día, para poder recorrerlo con más calma. La gente lo había abrumado con su hospitalidad y regresaba a Francia con varias invitaciones para visitar de nuevo el país.

Paul de Meillon dejó el periódico a un lado, frotándose la mejilla, olvidando el desayuno. Le hubiera gustado localizar a su viejo amigo David Marsden antes de regresar, pero por desgracia no tenía la menor idea de dónde encontrarlo. No había tenido tiempo para buscarlo y decidió que trataría de localizarlo en su próxima visita. El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos y dejando caer la servilleta sobre la mesa se levantó para contestarlo.

—De Meillon —contestó él con sequedad.

—¡Paul! —exclamó una voz al otro extremo—. He estado llamando a casi todos los hoteles decentes en Johannesburgo tratando de localizarte. Te habla David Marsden. ¿Me recuerdas?

—¡David, *mon ami*! ¡Cómo me alegra hablar contigo de nuevo! —Paul de Meillon lo saludó con alegría—. En este instante pensaba en ti. ¿Desde dónde me hablas?

—¡Paul, viejo bribón! —exclamó David casi gritando—. Te estoy llamando desde Ciudad del Cabo. ¿Por qué no me hablaste?

—No sabía tu dirección —le informó Paul.

—¿Tienes prisa por regresar a Francia?

—No, puedo retrasar mi salida.

—Tengo un caso interesante aquí y me gustaría tu opinión sobre él. Es de tu especialidad, mi amigo. ¿Quieres venir y verlo?

—Si eso significa verte de nuevo, *mon ami,* iré.

—¡Maravilloso! —replicó excitado—. ¿Cuándo te espero? ¿Hoy?

Paul de Meillon se rió de buen humor.

—Tan pronto como consiga un vuelo para Ciudad del Cabo. Dame el número de tu teléfono y te llamaré.

Eran las primeras horas de la noche cuando el doctor Paul de Meillon llegó al aeropuerto de D.F. Malan, de Ciudad del Cabo. David Marsden estaba allí para esperarlo y después de las formalidades de rutina se dirigieron rápidamente hacia donde David había estacionado su coche.

—Me alegra mucho que hayas podido quedarte unos días más, Paul —le comentó David mientras se deslizaban entre el tránsito—. ¿Adivino si te digo que el verdadero motivo no es el caso interesante que te tengo preparado, sino más bien alguna hermosa rubia, con curvas en los lugares adecuados?

Paul echó hacia atrás la cabeza y rió.

—No esta vez mi amigo. Parece que has olvidado que éste es un viaje de negocios, el placer no tiene nada que ver con esto.

—Oh, vamos, Paul —se burló David deteniéndose ante un semáforo—. Las mujeres siempre te han encontrado irresistible y tú lo sabes.

—¿Qué puedo hacer si las mujeres me, buscan? —le replicó Paul —. No, mon ami, sabes que tengo muy poco tiempo libre para asuntos amorosos —contempló a su amigo y le preguntó—. ¿Por qué no te has casado todavía?

—Aún no he tenido tiempo de buscar la mujer apropiada.

Pronto llegaron a un lujoso edificio de apartamentos y tomando su maleta del asiento trasero, Paul entró junto con David. En el sexto piso salieron del elevador y David abrió la puerta de su apartamento.

—Pasa y siéntate en casa —le invitó y Paul de Meillon miró a su alrededor apreciando el apartamento, antes de hacer lo que le había sugerido su anfitrión.

Esa noche, sentados en la terraza bebiendo café bajo un cielo

lleno de estrellas, Paul le preguntó:

—Este caso de que me hablaste por teléfono…¿es uno de tus pacientes?

David le dirigió una rápida mirada.

—Sí, ella es mi paciente.

—¿Entonces se trata de una joven? —le sonrió Paul de Meillon —. Ahora ya estoy interesado.

—Confiaba en que te interesaras, Paul, es el motivo por el que pasé tanto tiempo tratando de localizarte.

—¿No te molestará que en la mañana vea sus radiografías y lea el expediente?

—Me encantará que lo hagas —le contestó David agradecido. Paul de Meillon era un brillante neurocirujano. Se había hecho de una gran reputación llevando a cabo las operaciones más milagrosas y era el cirujano jefe de una clínica de neurocirugía en Francia—. Puedes utilizar mi oficina en la mañana, mientras estoy en el hospital.

Al día siguiente, cuando David Marsden regresó a su oficina antes de la hora de la comida se encontró a Paul caminando de un lado a otro de la habitación. David lo contempló en silencio durante largo rato, sintiendo el inquietante aire de indecisión que rodeaba a este hombre brillante.

Dándose cuenta de que ya no estaba solo, Paul se detuvo y dejó sobre el escritorio el expediente que tenía en la mano.

—¿Puedes traer a esta joven al hospital? Me gustaría hacerle unas cuantas pruebas más profundas antes de tomar una decisión —se detuvo contemplando inquieto a David, con las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Podrás hacerlo?

—¡No sólo puede hacerse, sino que se hará!

Catherine Anderson pensó que no había necesidad de más pruebas y se lo dijo así a David al día siguiente cuando él la visitó. Hacía dos días que su padre le había dicho que ya no se podía hacer nada por ella.

—¿Para qué seguir con esas pruebas que lo único que hacen es agotarme sin ninguna utilidad? —le preguntó obstinada.

—Tengo una razón para pedírtelo, Cathy —le suplicó, no queriendo mencionar aún el nombre de Paul—. Ven con nosotros al

hospital mañana, para terminar esta última serie de pruebas. ¿Lo harás?

Durante un instante permaneció en silencio. De nuevo se sintió esperanzada, pero al instante lo olvidó por miedo a otra desilusión.

—¿De veras que éstas serán las últimas? —le preguntó en voz baja—. ¿Después de estas pruebas me dejarán tranquila para que me adapte a mi nueva forma de vida?

David la contempló serio. Pensó que si esta joven le diera la más ligera esperanza, inválida o no, se le declararía al instante. Apartó estos pensamientos y se dio cuenta de que ella lo contemplaba con curiosidad.

—¿Bien? —le preguntó Catherine esperando.

—Sí, Cathy, serán las últimas.

Charles Anderson llevó a su hija al hospital a la mañana siguiente, permaneciendo el tiempo necesario para dejarla acomodada, antes de regresar a la oficina. Sola, Catherine se recostó en las almohadas, preguntándose cuánto tiempo tendría que permanecer en el hospital, en esta ocasión. Su padre no se sintió muy entusiasmado por la idea, expresándose así:

"Es como tratar de despellejar dos veces a un mismo gato", le había dicho y ella se sentía inclinada a pensar lo mismo. Con un profundo suspiro comenzó a recorrer las páginas de una revista.

Cuando Paul de Meillon entró en la habitación privada con David, algo se agitó en su interior a la vista de la encantadora joven que se encontraba allí, durmiendo en la cama alta del hospital, entre las sábanas blancas como la nieve. Su mirada la recorrió desde las pestañas oscuras sobre las pálidas mejillas hasta las manos pequeñas y delicadas, descansando sobre las sábanas. Se sintió casi como si estuviera invadiendo aquella intimidad al contemplar de nuevo los párpados cerrados. Tenía gran curiosidad por descubrir el color de los ojos y casi deseó que se despertara.

—Es encantadora, ¿no te parece? —le preguntó David en voz baja y Paul se dio cuenta de que había algo más que admiración en los ojos de su amigo, mientras contemplaba a la joven dormida.

En ese momento Catherine se movió y abrió los ojos para encontrarse a David Marsden parado junto a su cama. A su lado estaba el hombre más atractivo que había visto y que la contemplaba con fijeza… tanto, que sintió que se sonrojaba. Le

inspiraba tanta confianza que parecía tranquilizarla y se preguntó turbada quién sería. Alto, de anchos hombros que terminaban en caderas estrechas, parecía más bien una estrella de cine, fuera de lugar en la sala de un hospital.

—Quiero presentarte a un amigo mío —le dijo David—. El doctor Paul de Meillon. Ha venido de Francia para dar algunas conferencias y ha decidido quedarse unos días más. Paul, ella es Catherine Anderson, de quien te he hablado tanto.

El francés se adelantó, le tomó la mano y se la llevó a los labios, mientras sus ojos oscuros se clavaban en los de ella.

—Encantado de conocerla, *mademoiselle*.

—Mucho gusto —pudo decirle sin aliento. Él hablaba con un acento que era al mismo tiempo agradable y poco corriente.

—Espero que no la haya molestado que la trajéramos aquí, después de haber salido hace tan poco tiempo —le soltó la mano.

—David… el doctor Marsden, insistió tanto que como ve, no me quedó otro remedio —contestó Catherine, sonriente.

—Casi puedo prometerle, *mademoiselle* Anderson, que no tendrá que quedarse mucho tiempo.

—Cathy, el doctor de Meillon es un neurocirujano —le explicó David—. Está muy interesado en conocer el alcance de tus lesiones.

—¿Por qué?

Los dos hombres se miraron ante lo directo dé su pregunta y Catherine comprendió al instante que había algo que no le habían dicho y esto la asustó. David Marsden se dio cuenta y le apretó la mano con afecto antes de volverse hacia Paul.

—Quizá sea mejor decirle la verdad.

—Tal vez tengas razón, *mon ami*. ¿Por qué no te vas a visitar ese otro paciente mientras yo le explicó a la señorita Anderson? Nos veremos después en la puerta principal.

—Muy bien —David se volvió y le hizo un guiño a Catherine—. Si necesitas ayuda grita. La oficina de la hermana está frente a la habitación.

—Vas a hacerle pensar a *mademoiselle* Anderson que soy un monstruo —agregó Paul sonriente.

—Recuerda lo que te dije, Catherine —siguió diciéndole David mientras se reía.

—Lo recordaré —le prometió con jovialidad.

Sola con el doctor Paul de Meillon, se sintió consciente de sus ojos oscuros que la contemplaban de nuevo y se estremeció. ¿Miedo? Desde luego que no, se dijo, pero era una sensación que no había experimentado antes. Nunca le había sido difícil comportarse en forma natural en la compañía de un hombre, pero Paul de Meillon la ponía nerviosa, por alguna razón desconocida. David le había dicho en tono burlón que con sólo gritar, la hermana vendría corriendo. ¿Sería necesario?

—No tendrá que gritar pidiendo auxilio, *mademoiselle* —le aseguró como si hubiera leído sus pensamientos—, soy bastante inofensivo.

Catherine se sonrojó en forma encantadora y evitó sus ojos para no ver la afable burla en ellos.

—No le temo a usted, doctor Meillon, sino a lo que tiene que decirme.

—Lo que tengo que decirle no debe asustarla —respondió sonriente, mientras acercaba a la cama, una silla para sentarse. Ella lo contempló de reojo. Su cabello negro estaba peinado hacia atrás, como si tuviera la tendencia a caer sobre su amplia frente. La boca, bien formada, con el labio inferior ligeramente grueso y sensual, le daba una apariencia de austeridad, haciéndola comprender que en todo lo que se relacionara con su trabajo era un perfeccionista, casi hasta llegar a la crueldad. Sin embargo, ahora le sonreía y Catherine se relajó.

—Usted me ha estado observando, *mademoiselle* —le dijo con un ligero tono de burla en la voz—. ¿Puedo preguntarle a qué decisión ha llegado?

—Pienso que usted puede ser muy cruel cuando quiere que cumplan sus instrucciones, pero estoy de acuerdo en que no hay motivo para asustarse.

—*Merci, mademoiselle* Anderson, es hora de que hablemos con seriedad. Durante los dos últimos años se han realizado grandes avances en el campo de la neurocirugía. Se han desarrollado nuevos métodos y aunque algunos han tenido éxito, otros se encuentran sólo en las etapas experimentales.

—¿Me está diciendo que puede hacer algo por mí? —preguntó esperanzada.

—No.

—¡Oh! —su momentánea esperanza se desplomó—. Pensé… cuando usted… que usted… —se detuvo, mordiéndose el labio inferior que le temblaba.

Paul de Meillon se inclinó hacia adelante en la silla.

—No puedo decirle lo que desea oír hasta que hagamos varias pruebas más. Esa es la razón por la que está usted aquí y éste es el motivo por el que le pido que no levante castillos que pueden caerse después. Tenga paciencia y el tiempo nos dirá.

Catherine regresó a su casa después de varios días para comenzar el angustioso período de espera. El sentido común la obligaba a desechar la más ligera esperanza, tarea casi imposible. Era la víspera de Navidad y aún no había tenido noticias ni de David ni del doctor de Meillon. ¿Qué habrían decidido? ¿Cuánto tiempo más tendría que esperar? Su padre también comenzaba a sentir la tensión, al menos tenía su trabajo para distraerlo.

Sentada en la silla de ruedas frente a la ventana de su dormitorio, podía ver cómo se encendían y apagaban las luces del árbol de Navidad en la ventana de la sala de la casa frente a la de ellos. ¡Qué divertido fue siempre adornar el árbol de Navidad! Este año no se habían molestado en prepararlo. Ni siquiera le hubiese comprado un regalo a su padre si Sarah no se lo hubiera recordado una tarde.

—Señorita Cathy —le había dicho—. No puede dejar pasar la Navidad sin comprarle un regalo a su padre… ¡No puede ser, estaría muy mal!

Catherine aceptó avergonzada que esto era cierto.

—¿Cómo puedo ir a la ciudad cuando estoy confinada en esta silla?.

—Le diré lo que haremos, señorita Cathy —le sugirió Sarah después de pensar durante un rato—. Yo iré y le compraré algo a su padre, dígame qué le gustaría.

A la tarde siguiente, Sarah fue a la ciudad, regresando con la pequeña grabadora de cinta portátil que su padre había pensado comprar tantas veces. Excitadas, envolvieron el regalo y lo escondieron con cuidado en el fondo de uno de los cajones de la cómoda de Catherine.

La joven dejó escapar un profundo suspiro. Esta era una época

de alegría y ella se sentía como si tuviera un pedazo de plomo sobre su corazón.

De repente aparecieron dos rayos de luz en el camino que conducía a la casa y. Catherine acercó la silla a la ventana para ver quien pudiera ser el visitante inesperado. Sorprendida, vio al doctor Paul de Meillon que salía del automóvil y se dirigía hacia la casa. A toda prisa abandonó la habitación. ¿Traería noticias? se preguntó, controlando el estremecimiento que la recorría.

Cuando Catherine salía de la habitación sonó el timbre de la puerta y permaneció escondida en las sombras, observando cómo su padre se dirigía hacia la puerta y la abría.

—¡Doctor de Meillon! ¡Qué sorpresa tan agradable!

—Espero no haber venido en un momento inoportuno —escuchó cómo el doctor se disculpaba, mientras entraba en el vestíbulo, viendo cómo la luz suave de la lámpara que colgaba del techo, hacía resaltar sus rasgos atractivos.

—Mi querido amigo —le aseguró Charles Anderson—. Su visita no podría ser más agradable.

Durante un instante los dos hombres se quedaron allí parados, hablando mientras Catherine sentía cómo aumentaban los latidos de su corazón. Era un hombre de magnífico aspecto, pensó. Mientras hablaba hacía gestos expresivos con las manos y aunque distante, la joven podía admirar la fuerza de sus manos bien formadas.

El doctor se dio cuenta que lo estaban observando, de repente se volvió, mirando hacia la oscuridad. De seguro podía verla, así que no tenía objeto seguir escondida y Catherine decidió salir a la luz.

—Buenas noches, doctor de Meillon —lo saludó mientras se acercaba.

—*Bonsoir*, *mademoiselle* —le contestó, tomándole la mano e inclinándose sobre ella; Sus labios le rozaron los dedos y de nuevo, al igual que cuando lo conoció, una sensación de hormigueo le recorrió todo el brazo—. ¿Se siente bien? —le preguntó, sujetándole la mano más tiempo del necesario.

—Sí —le replicó nerviosa—. Muy bien, gracias.

—Tengo algunas noticias para usted y para su padre.

—Pasemos a la sala —sugirió Charles, empujando la silla de Catherine y mostrándole el camino a Paul—. Mejor nos sentamos para hablar cómodos. ¿Quisiera una copa de vino, doctor de

Meillon o preferiría un *brandy*? —le ofreció mientras se sentaban.

—Me gustaría un poco de vino, *monsieur* —se acomodó en un sillón y estirando las largas piernas—. No soy un conocedor, pero su vino del Cabo es agradable al paladar.

—Sí, tengo aquí algún vino de una vinatería de Franschhoek, es uno de los mejores —le sirvió—. Pruébelo.

El médico tomó un sorbo y lo saboreó.

—*¡Magnifique!* —exclamó encantado—. Nunca he probado nada tan bueno.

Satisfecho, Charles le ofreció una copa de vino a Catherine y tomó otra para él.

—Feliz Navidad, doctor de Meillon —levantó la copa.

—*Oui, monsieur y mademoiselle,* feliz Navidad.

Vaciaron las copas y charlaron amigablemente durante un rato hasta que, de repente, se hizo un silencio tenso. Era como si todos hubieran estado demorando lo inevitable, comprendiendo que no podían continuar haciéndolo por más tiempo. Por fin Catherine abordó el tema. Preparándose para lo que seguiría, le preguntó.

—¿Cuáles son los resultados de las pruebas, doctor de Meillon?

Charles contuvo el aliento, Paul miraba con fijeza a Catherine.

—*Mademoiselle* —hablaba cauteloso—. Lo que le diré, debe estudiarlo con cuidado, no quiero que me conteste en seguida —se detuvo un momento como para estar seguro de que le prestaban toda su atención—. Hay una operación que puedo llevar a cabo, pero… y quiero insistirles en este hecho… las posibilidades de que vuelva a caminar son de un cincuenta por ciento. Si fracasa, puede echar a perder sus oportunidades de operaciones posteriores. Es un riesgo.

—¿Y si la operación tiene éxito? —le preguntó Catherine.

—Entonces, *mademoiselle* —hizo un gesto elocuente con las manos—, con toda seguridad volverá a caminar.

Se produjo un corto silencio mientras asimilaban lo quedes acababa de decir. Charles Anderson le ofreció un cigarrillo a Paul y tomó otro él, sus manos temblaban tanto que el médico tuvo que quitarle el encendedor para encender él los cigarrillos con mano serena.

—No sé qué decir —Charles expulsó el humo hacia el techo.

—Yo sí —dijo Catherine con voz tranquila, pero firme—. Si

usted está dispuesto a llevar a cabo la operación, doctor de Meillon, yo estoy más que deseosa por correr el riesgo.

Capítulo 2

La disminución de la actividad en el hospital calmó a Catherine, que descansaba acostada contemplando una paloma posada en la ventana. Ya habían pasado las festividades de Navidad y Año Nuevo, los negocios volvían a su ritmo normal y los vacacionistas regresaban a sus hogares. La joven suspiró embelesada. ¡Qué delicioso sería poder estar libre de toda atadura para ir a donde lo deseara! El doctor Paul de Meillon, con su inteligencia y hábiles manos, había llevado a cabo otra de sus operaciones maravillosas.

Catherine no pudo evitar una sonrisa al recordar la noche que él les visitó para informar que había la posibilidad de realizar una operación que pudiera permitirle caminar de nuevo. Sin vacilar ella se aferró a esa oportunidad, a pesar de que Paul insistía en que lo pensara con calma y una semana después entraba en la sala de operaciones.

—Aún puede cambiar de opinión —le había insistido de Meillon momentos antes que el anestesista la inyectara en el brazo.

—He rezado porque sucediera esto —le contestó convencida—. Estaba destinado a suceder.

Sus ojos la miraron con fijeza por encima de la máscara.

—Haré todo lo que pueda.

—Sé que lo hará —le contestó mientras Paul le hacía un gesto al anestesista indicándole que era el momento.

Esto había sucedido hacía un mes. La operación había sido un éxito y el doctor de Meillon dijo que, con el cuidado adecuado, no habría motivo para que no pudiera caminar de nuevo. Mientras tanto él había regresado a Francia, prometiéndole volver tan pronto como pudiera. Según le había dicho, quería seguir de cerca todo el proceso de recuperación.

En ausencia de su amigo, David Marsden se había hecho cargo de atenderla, siguiendo con sumo cuidado sus instrucciones. Catherine se había burlado de él cuando una mañana regañó con severidad a la monja por olvidar darle un mensaje.

—No me gustaría que cuando Paul regresara se encontrase que hemos pasado por alto parte de su tratamiento —le había explicado

molesto.

Sí, tenía razón, pensó Catherine; Paul de Meillon no toleraría ni la menor equivocación. No se había equivocado al juzgarlo. ¿En dónde estaría ahora? se preguntó mientras sus pensamientos volvían al presente y trataba de dormir. ¿Regresaría como le había prometido o sus compromisos lo mantendrían en Francia? Después de todo, David Marsden podría arreglárselas muy bien sin él y en realidad no hacía falta su presencia. Pero sí se necesitaba. ¡Ella lo necesitaba!

Moviéndose intranquila en la cama, trató, sin éxito, de olvidarlo. En muchas ocasiones lo había encontrado observándola con fijeza, pero cada vez que le devolvió la mirada sus ojos y la expresión de su rostro habían mostrado gran reserva. ¿Qué estaría pensando en esas ocasiones? ¿Qué había en este hombre que le interesaba tanto?

Al fin la dominó el cansancio, borrando todos los pensamientos de su mente y durmió tranquila hasta que le trajeron la cena.

—¿Espera visitantes esta noche, señorita Anderson? —le preguntó la joven enfermera cuando regresó más tarde para recoger la bandeja y arreglarle la cama.

—Esta noche no —le contestó Catherine sonriendo—. Mi padre ha ido a Johannesburgo en un breve viaje de negocios, por unos días y no tengo más familia.

—¿Ni siquiera un novio?

—No.

—¡Qué pena! —exclamó con afecto la enfermera, acomodándole las almohadas—. Si se siente sola toque el timbre y vendré a charlar un rato.

—¿No tiene mucho trabajo esta noche? —le preguntó Catherine, reclinándose cómodamente en las almohadas.

—Por lo general las noches son muy tranquilas. Algunas veces no hay nada que hacer, pero en otras ocasiones… —miró hacia el techo y continuó—. ¡Uf!

—Confiemos que esta noche sea tranquila.

—Eso espero, señorita Anderson —la enfermera abandonó la habitación.

Catherine tomó un libro y comenzó a leer. Por suerte tenía una habitación privada, así que, cuando comenzaban las visitas, apenas la molestaban.

—Alguien desea verla, señorita Anderson —le avisó poco después la misma enfermera y Catherine levantó la vista sorprendida.

—¡Ronnie! —exclamó indignada—. ¿Qué haces aquí?

—¡Qué forma de saludar a un viejo amigo, querida! —se inclinó para besarla. Catherine se volvió y recibió el beso en la mejilla.

No había soñado volver a ver a Ronald Jansen. No después de lo sucedido. Sus ropas eran tan llamativas como de costumbre, pensó al observarlo acercar una silla, sentándose junto a la cama. El peinado y corte de su cabello rubio eran a la última moda y si no fuera por la cicatriz sobre el ojo izquierdo, su apariencia sería atractiva. La expresión del rostro mostraba debilidad y falta de carácter y se preguntó cómo era posible que hubiese sido tan tonta de pensar que estaba enamorada de él. ¡Oh sí! En lo externo las muchachas lo veían como un joven Apolo, pero en lo interno era una criatura sin carácter, incapaz de pensar en nadie más que en sí mismo. Le había dado pruebas irrefutables de esto.

—¿Por qué me miras así, querida? —le preguntó, pesaroso—. ¿No te alegra que haya venido a verte?

—¡Con toda franqueza no, Ronnie! Pensé que después de lo sucedido no te volvería a ver. Es más, este ha sido mi más ferviente deseo.

—¿No seguirás enfadada conmigo por el accidente?

¿Enfadada? ¿Podría uno estarlo cuando la han dejado inválida? ¡No! ¡Qué poco comprendía y qué poco le importaba a Ronnie! ¡Qué infantil su modo de pensar cuando lo comparaba con un hombre como Paul de Meillon!

—Bebiste demasiado aquella noche en la fiesta —el tono era acusador mientras los ojos le mostraban el desdén que sentía.

—Vamos Cathy, no comencemos de nuevo con eso.

—Te supliqué que me dejaras conducir —continuó ella como si él no hubiera hablado—. En lugar de ello te molestaste y para demostrarme que estabas sobrio aumentaste la velocidad. No me extraña que hayas perdido el control del coche si casi no podías caminar.

—Estás exagerando, querida —le dijo con aire de desafío.

—¿De veras, Ronnie? —preguntó sarcástica, recordando con claridad lo ocurrido aquella noche aterradora—. Si no te sujeto por

el brazo al salir de la casa, hubieras caído en la calle. ¿Le llamas a eso exageración?

—¿No tomas en cuenta el hecho de que aquella noche caminé más de dos kilómetros buscando auxilio para ti?

—Sí, te lo agradezco, pero ni siquiera te tomaste la molestia dé regresar para ver si llegaba ese auxilio —le contestó con ironía—. Cuando la policía llegó a tu casa más tarde, estabas dormido.

—Tienes que comprenderlo, querida. Cuando llegué a casa esa noche estaba tan aturdido que mi madre llamó al instante a un doctor para que me cosiera la herida que tenía sobre el ojo y después insistió en que me acostara de inmediato.

—Eso no disculpa que durante seis meses no te hayas preocupado por saber cómo seguía alguien a quien decías que amabas —le recordó sin el menor asomo de emoción en la voz.

Ronald Jansen se movió incómodo. Era evidente que se encontraba molesto. Las cosas no le estaban resultando como había esperado y si él creyó que podrían comenzar de nuevo donde quedaron, estaba muy equivocado. Seis meses antes habría sido muy frívola, pero después de la lesión sufrida comprendió que en la vida había algo más que disfrutar de alegres fiestas continuamente. Sabía que había cambiado y, aunque ella madurara de pronto, Ronnie seguía siendo el mismo joven indiferente.

—Siento no haberte venido a ver Cathy, estaba muy ocupado.

—Sí, ya lo sé, dividiendo tu tiempo entre una docena de jóvenes.

—Eso no es justo, Cathy —se sonrojó.

—¿Has sido tú justo conmigo? —le preguntó irritada, deseando que se fuera pronto. Esta discusión sin sentido la dejaba agotada física y mentalmente.

—Querida, no continuemos discutiendo —le suplicó, recuperando la compostura y tomándola con firmeza por los brazos —. Me amas y lo sabes.

—Eres un engreído… —no pudo encontrar la palabra adecuada para expresar lo que sentía—. ¡Vete de aquí y no regreses más!

Ronnie dejó escapar una risa y abrazándola la acercó contra él.

—No trates de negarlo, querida —acercó sus labios a los de ella —. Estás loca por mí; siempre lo has estado.

Había vuelto a recuperar su egoísmo anterior y, al igual que en los días de noviazgo, trataba de abrumarla con sus besos.

—¡Vete! ¡Déjame sola! —le gritó, desesperada ante su incapacidad para rechazarlo—. Me imagino que todas tus amigas se habrán dado cuenta ya cómo eres. Cuando supiste que pronto volvería a caminar, tu vanidad te hizo creer que estaría desesperada por recibirte de nuevo. ¡Te has equivocado!

—¡Bésame querida! —insistió confiado—. Y después me darás la razón.

Catherine volvió la cabeza en un esfuerzo para evitar sus labios, pero fue en vano. Su boca aprisionó la suya con un beso cálido y apasionado que llevaba la intención de hacerla rendirse y que sólo logró asquearla.

—Dime ahora que no me amas —la retó triunfante, hablándole junto al oído.

—¡Te odio! —le gritó—. ¡Si no sales de inmediato de esta habitación tocaré el timbre para llamar a la monja!

—¡No, no lo harás, querida! —se rió mientras le sujetaba la mano—. Bésame de nuevo.

—¡No!

La habitación comenzó a dar vueltas y el rostro de Ronnie se distorsionó como si se alejara. ¡Oh, Dios, voy a desmayarme! pensó ella. Luchando por salir de la oscuridad que la iba rodeando, escuchó una voz familiar.

—*Monsieur*, creo que ya ha molestado usted demasiado a mi paciente.

—¡Paul! —sollozó antes de desmayarse por completo.

Una mano pesada tomó por el hombro a Ronnie obligándolo a levantarse. Al verse frente al poderoso cuerpo de Paul de Meillon, lo contempló con los ojos muy abiertos, pero sin perder nada de su fanfarronería.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué derecho tiene a interferir?

El rostro de Paul se endureció mientras lo miraba airado.

—Como el doctor de la señorita tengo todo el derecho para hacerlo. Usted está dañando la recuperación de mi paciente y mientras esté bajo mi cuidado no permitiré que la visite de nuevo. ¿Me he explicado bien?

Por un instante Ronnie lo contempló desafiante, pero al observar la violenta expresión del francés, perdió toda su altanería y se retiró

de prisa.

Paul se sentó en la silla que dejó el joven y le frotó con suavidad las muñecas. ¿Quién sería ese joven tonto que trataba de obligarla a recibir sus caricias? ¿Su amante, quizá? No, se dijo rechazando la idea; era cierto que no quería permitirle que la acariciara.

Se agitaron los párpados de Catherine y después los abrió por completo.

—¿Ronnie? —preguntó asustada.

—No tiene nada que temer —le dijo enseguida mientras le soltaba las manos—. Su amigo ya se fue… Yo me encargué que lo hiciera.

—Él no es mi amigo, doctor de Meillon.

—Hace un rato usted me llamó Paul. Un intenso rubor cubrió el rostro de Catherine. ¡Así que no había sido imaginación suya!

—Discúlpeme, doctor…no sé qué pensará de mí.

—¡Por favor! Preferiría que me llamara así. Pasaremos mucho tiempo juntos y en ocasiones me odiará por las cosas que le haré hacer; es mejor que comencemos como amigos. ¿No le parece?

—¿Siempre permite que sus pacientes le llamen por su nombre, doctor Mei…Paul? —sonrió divertida al comprender que tartamudeaba.

—Sólo aquella cuyo cabello parece como si el sol se hubiera anidado allí —sus dedos jugaron con uno de sus rizos y Catherine sintió cómo se le aceleraba el ritmo del pulso—. Además hay otra condición: deben tener ojos verdes con un destello dorado en el fondo —sus dedos recorrieron la mejilla ruborizada—. Como ve Catherine, usted cumple con ambos requisitos.

¿Estaba bromeando o en realidad la estaba cortejando?, se preguntó excitada. Exudaba un magnetismo que la atraía igual que la llama. La asustó sentirse tan consciente de un hombre que había visto pocas veces. Era un hecho bien conocido que muchas mujeres creían haberse enamorado de sus médicos al confundir la gratitud con el amor. La ligera división entre ambas emociones era casi indefinible, pero de todas formas, existía.

—Está muy pensativa, *chère*. ¿En qué piensa?

—Estaba pensando, doctor de…Paul —de nuevo sonrió divertida —, que se está burlando de mí y no es muy caritativo de su parte.

Por un momento él reflexionó sobre lo que Catherine acababa de

decir. ¿Qué pensaría si le dijera que nunca una mujer lo había cautivado como ella, desde el momento que la vio acostada, indefensa, en el hospital? Que el enfado contra el joven que había encontrado molestándola fue provocado por los celos.

—Quizá tenga razón, *chère*, no ha sido muy amable de mi parte bromear así con usted, pero sí insisto en que me llame Paul ¿De acuerdo?

—De acuerdo —le sonrió con timidez.

—¿De acuerdo quién? —de nuevo el tono burlón.

—De acuerdo, Paul —su traje ligero de verano era de corte impecable. Estaba segura de que su físico era igual a su carácter. Paul era el tipo de hombre que siempre sería el amo de su casa, queja más toleraría una desobediencia de su esposa. Nunca le había preguntado si estaba casado y de repente este pensamiento la preocupó. Tenía que saberlo—. ¿No le molestó a su esposa que volviera a Sudáfrica?

—No tengo esposa, *chère*, nada más una hermana que aún está estudiando en Inglaterra.

—¡Oh! —la sensación de alivio le recorrió las venas. ¡Estaba libre! Pareció exclamar regocijado su tonto corazón—. Y sus padres, ¿viven aún?

—Mi madre murió poco después de nacer Adéle. Mi padre nunca se pudo recuperar de la pérdida y falleció unos años más tarde.

—Lo siento.

—No importa —de pronto cambió de tema—. Este joven… Ronnie creo que es su nombre. ¿Es un amigo muy especial?

—Lo fue —Catherine le contó lo sucedido momentos antes que él llegara a la habitación y cómo había ocurrido el accidente que la dejó inválida. En sus ojos se pudo observar algo de la aversión que sentía.

—Siento no haberle dado una paliza. ¡Este tonto pudo matarla! ¡Son tantos los jóvenes que han perdido la vida por descuidos! Beben demasiado, conducen aprisa y *¡Dieu!*… el fin siempre es trágico.

Cuando se emocionaba se hacía aún más pronunciado su acento.

—Se está cansando, *petite* —le comentó levantándose—. ¿Cree que pueda dormir o le pido a la hermana que le dé un calmante?

—Me dormiré, gracias Paul —le extendió una mano que él tomó

entre las suyas—. Gracias por regresar.

—¿Pensó que no lo haría?

—No estaba segura.

—Nunca dejo de cumplir una promesa, Catherine —le besó la mano—. Ahora, a dormir, ya que a partir de mañana le quedará poco tiempo libre para descansar. No la dejaré en paz hasta el día en que pueda caminar, recuérdelo.

Paul no estaba bromeando cuando le dijo que le quedaría poco tiempo para descansar en los siguientes días. Había programado rígidos ejercicios diarios que le obligó a realizar sin compasión. La forzó y la persuadió hasta que se sintió a punto de caer de fatiga. Su recompensa fue sentir el cosquilleo que aumentaba cada día, mientras sus piernas inútiles recuperaban la vida y aunque quedaba agotada al final de cada día dormía toda la noche despertándose fresca a la mañana siguiente.

Cuando por primera vez Paul le ordenó caminar entre las barras, lo contempló horrorizada.

—¡No puedo! —sentía los nervios anudarse en la boca del estómago.

—*¡Mon Dieu!* ¿He estado perdiendo el tiempo? ¡Si es así, me lavo las manos! —hizo un gesto como si lo hiciera y se alejó molesto.

—¡Paul, por favor regrese!

Él se detuvo y se volvió mirándola con gesto sombrío. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Catherine.

—Lo siento, haré todo lo que me diga, Paul.

AI terminar esa sesión de trabajo, el doctor la tomó en sus brazos y, a pesar de la presencia de los fisioterapeutas y las enfermeras presentes, la llevó hasta la silla de ruedas como si fuera una niña.

—¿Fue tan malo? —Le preguntó sacando el pañuelo del bolsillo para secarle el sudor en la frente—. ¿Lo fue, *chère*?

Le levantó la barbilla y le hizo inclinar la cabeza hacia atrás. Cuando la miraba así y le hablaba con tanta ternura, Catherine se sentía capaz de ascender la montaña Table sin ayuda alguna, si él se lo pedía.

—No, no fue tan difícil.

Cuando a Catherine al fin le autorizaron regresar a su casa, aún

caminaba con la ayuda de un bastón, pero esto no disminuyó el placer que sentía Charles Anderson al ver a su hija caminando de nuevo. Esa mañana lloró de alegría al recogerla en el hospital, abrazándola como si no quisiera dejarla ir de nuevo.

—Dios ha sido bueno con nosotros —fue lo único que le comunicó y Catherine sintió lo mismo.

En De Rust, Sarah le había preparado una bienvenida como para una reina, una comida en su honor que más bien era una fiesta, pero mientras, les sirvió té en la terraza y bizcochos.

—Es bueno tenerla de regreso aquí, señorita Cathy. La otra noche le decía a Joseph que la casa se encontraba demasiado tranquila con el señor Anderson trabajando todo el día y usted en el hospital. La veo tan bien señorita Cathy, que apenas puedo creerlo.

Sarah estaba allí parada, delante de la joven. ¡Qué familiar y querida era! pensó Catherine sonriéndole con afecto.

—Me alegro de haber regresado, Sarah ¡y espero que no abuse de mí en la forma que lo ha hecho Paul en estas últimas semanas!

—Si te veo tan bien después de lo que llamas abuso —la interrumpió Charles riendo—, quizá debiéramos seguirlo haciendo aquí en casa.

—Sí, su papá tiene razón, de nuevo sus mejillas están rosadas y ya no se ve tan pálida como antes —contempló la figura esbelta de Catherine descansando en el sillón de mimbre—. Está algo delgada, señorita Cathy, pero pronto volverá a estar como antes del accidente.

—¡Cielos no! Tenía exceso de peso y usted lo sabe bien Sarah, así que no comience a engordarme o cada dos semanas tendré que hacer una dieta de hambre.

—Estos jóvenes de ahora; siempre quieren estar delgados, haciendo dietas. Eso no es saludable —murmuró en voz baja, regresando a la cocina.

Al siguiente día llegó Paul conduciendo un elegante coche deportivo color carmesí y Catherine lo esperaba en la terraza. Con un traje de lino de color crema, lo veía bronceado y extremadamente viril. Catherine se preguntó qué pensaría él si supiera el efecto que causaba sobre el ritmo de su pulso. El ascendió los escalones y la contempló con fijeza.

—La veo muy bien, Catherine —le comentó al llegar a su lado—.

¿Contenta de estar en casa?

—Sí, gracias a usted, Paul. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me han tratado como una reina y nadie ha abusado de mí.

—Tendremos que hacer algo para cambiar eso —le anunció de buen humor mientras se sentaba frente a ella.

—¿Quiere un poco de té, Paul?

—Para decir verdad, *petite*, he venido a invitarla a tomar el té conmigo. ¿Conoce algún lugar adonde podamos ir en coche, donde haya poco ruido y sirvan panecillos de crema?

—¿Le gustan los dulces, Paul? —la joven rió maliciosa.

—Tengo que reconocerlo. ¿Conoce algún lugar así, Catherine?

¿Vendrá conmigo?

—Por supuesto que sí y me encantará acompañarle —aceptó emocionada. Estaría sola con Paul por primera vez y no sería en el hospital con enfermeras y médicos por todas partes—. Se lo diré a Sarah para que no se preocupe.

—Quédese donde está, iré a decírselo.

Entró en la casa y regresó poco después informándole que todo estaba arreglado. Sorprendida vio cómo se inclinaba y la tomaba en sus brazos. ¿Qué pensaba hacer ahora? se preguntó nerviosa, mientras él bajaba la escalera cargándola y después la dejaba junto a una pared de piedra.

—Apóyese en la pared —le ordenó alejándose un poco. Después se volvió y le dijo—: Ahora camine hacia mí.

Catherine no se movió.

—¡Debe estar loco si piensa que pueda caminar sin un bastón!

—Hoy va a caminar sin él —le contestó con toda calma.

—¡No puedo! —sollozó.

—Venga —insistió abriendo los brazos—. No permitiré que se caiga o se lastime.

Manteniendo la mirada fija en él, le obedeció. Se soltó del apoyo de la pared y dio un primer paso vacilante en dirección a donde se encontraba Paul, después otro y otro hasta caer sin aliento en sus brazos.

—¡Caminé, caminé sin el bastón! —se apretó contra él, llorando.

—Claro que lo hizo, *chère*. ¿Pensó que le dejaría hacer algo que fuera imposible?

—No —negó con la cabeza—. No pensé que pudiera.

—Todo lo que necesitaba era un poco de confianza. Ahora se apoyará en mi brazo y caminaremos hasta el coche.

—Mi bastón —protestó ella mientras él le colocaba el brazo en el suyo.

—Hoy no *petite*. Saldrá conmigo y dejará aquí ese bastón.

Catherine le obedeció a regañadientes, sujetándose de su brazo mientras caminaban hasta donde estaba estacionado el automóvil.

—Aún no me ha dicho adonde iremos —le recordó Paul después que ella le había dirigido por varias cuadras. Se asombró de lo bien que conducía en Ciudad del Cabo, a pesar de no conocer el lugar.

—Confío que le gusten las flores, lo estoy llevando a los Jardines Botánicos Kirstenbosch. Es un lugar muy tranquilo y sirven los panecillos de crema más deliciosos.

—*Oui*, los panecillos de crema. Tengo deseos de conocer estos jardines. En las semanas que he estado aquí he visto muy poco de las atracciones turísticas. Esto es algo que espero rectificar en los tres días que me quedan en Sudáfrica.

Se produjo un profundo silencio después de este último comentario y Catherine sintió como si una mano le hubiera apretado el corazón, lastimándola. ¡Se iría dentro de tres días! Unos pocos días más y no volvería a verlo. Regresaría a Francia, a su clínica y la olvidaría mientras que él seguiría permaneciendo para siempre como parte de ella, grabado en su corazón y en su mente.

—Está muy silenciosa —le comentó al rato, sin darse cuenta del efecto que habían tenido sobre ella sus palabras—. ¿No se siente bien?

—No… no pensé que se iría tan pronto.

—He estado alejado mucho tiempo de la clínica. Creerán que no pienso regresar.

—Lo siento, ha sido culpa mía que se quedara tanto tiempo.

—No se disculpe Catherine, yo fui quien decidí quedarme. Me interesó su caso.

¿Era eso todo lo que representaba para él? ¿Un caso que le interesaba? ¿Otro éxito más? ¡Qué tonta había sido al enamorarse de él! El día se le echó a perder al saber de su partida inminente.

Kirstenbosch estaba ubicado en las faldas de la montaña Table. Eran acres de jardines llamativos donde se cultivaba la flora originaria de Sudáfrica para que todos pudieran admirarla y

disfrutarla. Era un día caluroso, sin una sola nube y hasta los pájaros buscaban la sombra para bañarse en un pequeño estanque entre los árboles.

Sentado en un banco cercano, Catherine y Paul observaban divertidos sus juegos.

—En su país no hay nada que sea pequeño —comentó Paul, encendiendo un cigarrillo—. Dondequiera que voy me encuentro grandes espacios. ¡Tenemos el caso de estos jardines y la diversidad de flores! Me alegro que me haya traído aquí.

—En realidad ésta no es la mejor época para visitar Kirstenbosch —le advirtió Catherine alejando una abeja de su falda—. En octubre es cuando los jardines se encuentran todos florecidos.

—Este estanque —le señaló hacia donde los pájaros se bañaban —, su forma es poco usual, y hecho con piedras simulando un baño.

—Eso mismo es —Catherine se rió—. Se dice que cuando su esposo era el secretario del gobernador, Lady Anne Barnard acostumbraba escaparse del castillo para venir a bañarse aquí.

—*¡Mon Dieu!* ¿Cuándo fue eso?

—Creo que alrededor de mil setecientos noventa —se rió al ver su expresión—. La historia de Ciudad del Cabo es fascinante y uno nunca se cansa de oírla.

Paul fumó en silencio durante un rato y después aplastó el cigarrillo con el pie.

—¿Ya descansó, *chère*? ¿Podemos ir por los panecillos ahora?

—Sí, vamos —le contestó riendo y colocando una mano sobre su brazo mientras caminaban hacia el salón de té.

Sentados junto a una ventana desde donde podían admirar la montaña Table, Paul pidió el té y panecillos y mientras esperaban, la felicitó por lo que había logrado esa mañana.

—Lo ha hecho bien, Catherine, a partir de ahora no más bastones. ¿Está claro? —hablaba muy serio.

—Sí —asintió con la cabeza y frunció el ceño—. Nunca podré agradecerle lo que ha hecho por mí y cuando nos envíe su cuenta haré que se la paguen de inmediato.

—No habrá cuenta alguna, Catherine.

—Pero…

—Para mí su caso fue una experiencia que no hubiera perdido, fue un reto. Ha olvidado, *petite*, que yo vine a usted, no me buscó.

—Sí, de seguro…

—Como pago —la interrumpió— usted puede mostrarme algo de su país antes de mi partida. ¿Lo hará?

—Me pide muy poco a cambio de sus servicios —lo miró con fijeza—. Será un placer mostrarle algo de mi país, aunque quiero decirle que Ciudad del Cabo y sus alrededores son pequeña parte de él.

Se estremeció emocionada, al menos pasarían juntos sus últimos días. Era poco consuelo pensar que estos recuerdos sería todo lo que conservaría para siempre.

El viaje de regreso le pareció corto.

—Vendré por usted mañana a las nueve —le dijo mientras se despedían frente a la puerta principal—. Dejo en sus manos planear lo que haremos.

Después que partió Paul, Catherine se dirigió despacio a sus habitaciones. Había sido una mañana encantadora y durante los próximos tres días ella estaría a su disposición. Decidió que serían inolvidables… no sólo para él sino también para ella.

Capítulo 3

Un sentimiento de alegría recorrió a Catherine cuando el suelo desapareció bajo sus pies, al comenzar la cabina del teleférico a ascender con suavidad hacia la cima del Monte Table. En un día claro como éste, la visibilidad se extendía mucho más allá de los límites de la ciudad.

Al llegar a la cima, Paul la tomó por el brazo mientras salían de la cabina y la guió por el sendero desigual, siguiendo a los demás turistas, hasta donde se pudiera admirar el paisaje. Ella se estremeció cuando la brisa fresca le golpeó el rostro.

—¿Tiene frío, *chère*? —le preguntó Paul preocupado, pasándole un brazo por los hombros.

—El súbito descenso de temperatura me ha sorprendido.

El calor protector de su cuerpo, tan cerca del de ella, afectó el sistema nervioso de Catherine. El corazón le latía apresurado y tuvo que controlar el deseo ridículo de volverse y hundir el rostro en el ancho pecho masculino.

—¿A qué altura estamos, Catherine? —le preguntó cuando se reunieron con los turistas que se habían detenido a contemplar Ciudad del Cabo, tratando de identificar puntos conocidos.

—Creo que estamos a unos mil metros sobre el nivel del mar. Paul dejó escapar un leve silbido y después, parado detrás de ella, le señaló por encima del hombro.

—Hay muchos árboles en el centro de la ciudad. ¿Es un parque?

—Son los jardines botánicos municipales. Tienen una amplia variedad de árboles, orquídeas y helechos, así como un jardín de aromas para los ciegos.

Sentía sobre su mejilla la respiración de Paul y cerró los ojos para apartar el deseo abrumador de recostarse en él.

—Dentro de poco lo llevaré allí —le prometió, apartándose de él. Antes de retirarse, Paul compró tarjetas postales en la cafetería. El descenso fue igualmente agradable.

Se dirigieron enseguida a los jardines y pronto se encontraban alimentando a las palomas que pedían golosinas a los visitantes.

—Contemplando la montaña desde aquí, nunca se pudiera creer

que allá arriba existen grandes rocas que de ninguna manera hacen parecer a la montaña como una mesa —comentó Paul.

—En ocasiones, cuando sopla el viento sureste, la niebla desciende sobre la montaña y cubre este lado. Nosotros lo llamamos el mantel.

Una paloma se posó en la mesa agitando las alas y Catherine le dio de comer las últimas migajas de pastel que quedaban en su plato.

—A Adéle le encantaría su país —comentó, a la vez que encendía un cigarrillo—. Quizá la traiga algún día.

—¿Su hermana? ¿La traería? —le preguntó sorprendida.

—Sí, ustedes dos se llevarían muy bien. Son más o menos de la misma edad. ¿Qué edad tiene? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve quizá?

—Tengo veintidós —le contestó con tanta dignidad, que Paul no pudo contener la risa. Era un alivio saber que no era tan joven como parecía.

—Discúlpeme, *chère*, nunca la hubiera adivinado. Tal vez se deba a que soy mucho mayor.

—¿Qué edad tiene usted, Paul? —le interrumpió y después se extrañó de su osadía, al ser tan personal.

—Treinta y cinco, trece años mayor que usted. Es casi una vida, ¿no le parece?

—¡No! La edad no significa nada cuando…

—¿Cuándo dos personas se aman? ¿Iba a decir usted eso, *chère*? —le preguntó divertido—. Nosotros no estamos enamorados. Usted no está enamorada de mí, ¿no es así, Catherine?

—¡Por supuesto que no! —el sonrojo revelador inundó sus mejillas. Furiosa consigo por haberse descubierto, habló con más dureza de lo necesario—, ¿Son todos los franceses tan sinceros y directos como usted?

—No todos, no debe creer cuantas historias oiga sobre los hombres de Francia. Somos muy parecidos a los demás de todo el mundo.

Se sentaron bajo la sombra de un roble, mientras el sol atravesaba las hojas dibujando sombras sobre la mesa. Paul hubiera deseado alargar su visita unas semanas más, pero ya había permanecido más de lo que pensaba.

—Habla el inglés perfectamente, Paul —comentó Catherine

alabándolo—. ¿Pasó mucho tiempo en Inglaterra?

—Mi madre era inglesa —apagó el cigarrillo en el cenicero—. Fui a la universidad allá y así conocí a David Marsden.

Esta información sorprendió a Catherine, quien se preguntó por qué no se había dado cuenta de que eran viejos amigos.

—¿Siempre permanece alejado de la clínica durante períodos largos, como éste, cuando tiene un paciente en algún otro lugar?

—No siempre —contestó sonriendo y encontrando encantadora su franqueza—. Me he tomado unas vacaciones que hace tiempo me merecía y, además, el cuerpo médico allá está muy bien entrenado para continuar sin mi presencia.

Durante el resto de la estancia de Paul visitaron el castillo, lleno de historia y construido en mil seiscientos sesenta y, seis, pero Paul quedó entusiasmado con Groot Constantia, que representaba un excelente ejemplo del estilo de casas holandesas del viejo Cabo. También tenían su historia, la entregaron a Simón van der Stel, gobernador del Cabo en esa época.

—Después de su muerte en mil setecientos doce —le informó Catherine, admirando el antiguo mobiliario en la sala—, Groot Constantia cambió de manos muchas veces y con el tiempo se convirtió en una granja experimental. Fue dañada en mil novecientos veinticinco por un incendio y tuvieron que reconstruirla con mucho cuidado.

Paul pasó un dedo sobre una mesa circular de palo de rosa.

—¿Cómo sabe tanto sobre esto? —hizo un gesto mostrándole todo a su alrededor.

—Vengo aquí con frecuencia y la historia siempre ha sido mi mejor asignatura en la escuela. En especial la historia del Cabo.

Durante todas estas excursiones a los distintos lugares de interés, Paul tuvo gran cuidado de que ella no se excediera y cada vez que mostraba señas de agotamiento hacía que se detuviera.

—Este médico con el nombre raro —le comentó Sarah mientras preparaba la comida para un día de campo la mañana antes de la partida de Paul—. ¿Cuándo regresa a su país?

Catherine cambió el bastón de una mano a la otra y colocó un termo con café en la cesta antes de Contestarle.

—Se va mañana. ¿Por qué?

—Sólo me preguntaba, señorita Cathy. Usted ha estado saliendo

con él casi todos los días de esta semana.

Catherine se apoyó en el bastón mientras contemplaba cómo Sarah acomodaba el contenido de la cesta antes de cerrar la tapa y asegurarla. Observó la expresión de desagrado en el rostro moreno, comprendiendo que estas preguntas conducían a algo que debió evitar.

—Usted está enamorada de él, ¿no es así, señorita? —Sarah se secó las manos en el delantal y se quedó parada observando a la joven—. No tiene objeto que lo niegue, se le ve en el rostro.

—Sarah, yo no…

—Yo la he cuidado desde que murió su madre. Usted era tan pequeña que la nariz ni siquiera le llegaba al borde de la mesa. La conozco, señorita Cathy, sé cuáles son los síntomas. Usted ha estado enamorada otras veces, pero esta vez está amando como una mujer ama al único hombre en su vida, con el corazón, la mente y el alma. Le prevengo señorita, que la esperan penas. Este médico con el nombre raro es un hombre que piensa con la cabeza y no con el corazón. Jamás creerá que usted lo ama de veras, sino que se trata de gratitud por todo lo que él ha hecho por usted.

—Pero…

—Sí, ahora es muy agradable y la llena de atenciones, pero si piensa que lo han engañado puede ser un hombre sin piedad. Lo he visto cuando él está aquí esperando por usted. Hasta Joseph está de acuerdo conmigo, el viejo bribón.

Catherine descansó las piernas temblorosas, dejándose caer débilmente en una silla de la cocina.

—¿Por qué me está diciendo todas estas cosas, Sarah? La mujer caminó alrededor de la mesa y colocó una mano tranquilizadora sobre el hombro de Catherine, con los ojos llenos de devoción.

—Tendrá que luchar por su felicidad, ser paciente y al final encontrará lo que más ha deseado… el amor y la confianza del hombre que ha escogido.

Al escuchar el sonido del timbre de la puerta principal, Catherine se apresuró a abrirla encontrándose a Paul parado en el umbral, con un ramo de rosas de un delicado color rosado.

—Para usted, *mademoiselle* —hizo una ligera inclinación de cabeza mientras se las ofrecía.

Catherine también inclinó la cabeza y aspiró la exquisita

fragancia que emanaban las delicadas flores.

—Gracias, Paul, son hermosas —le sonrió y arrancando un botón lo colocó en el ojal de la chaqueta.

Los ojos de Paul la contemplaron, de pies a cabeza. Al darse cuenta de su inquietud ante esta revisión tan directa, él le sonrió, y Catherine se volvió, entrando en la casa para colocar las rosas en un jarrón. Paul comprendió que no le disgustaban sus miradas y la atención que ponía en ella, pero su relación había sido demasiado breve para descubrir si sus sentimientos procedían de la gratitud o si eran más profundos.

Mientras él conducía por la campiña poco después, las palabras de Sarah volvían una y otra vez a la mente de Catherine. La intrigaban, sorprendían y asustaban, pero en la compañía encantadora de Paul pudo apartar estos pensamientos preocupantes, después los estudiaría.

Pasaron la mañana conduciendo por los valles de Franschhoek, visitando las bodegas de vino y caminando por los viñedos. Al fin, hambrientos y cansados se dirigieron hacia un lugar para días de campo, junto a las riberas del río Eerste. Era una tarde calurosa, Catherine y Paul extendían una manta bajo la sombra de un árbol y comían en silencio.

Él se sentó con la espalda descansando sobre el tronco de un árbol, bebía el café. Su camisa blanca estaba desabotonada casi hasta la cintura y de su cuello colgaba un crucifijo que descansaba entre los vellos negros de su pecho bronceado y musculoso. Catherine pensó que su apariencia era demasiado atlética para ser un médico, pero al contemplar sus manos cambió de opinión. Los dedos eran largos y firmes, ella había experimentado su fuerza muchas veces durante la convalecencia.

Catherine se acostó sobre la manta, deseando que el día nunca terminara. Habían discutido muchas cosas, sin hablar de su inminente partida. Era como si los dos evitaran tratar el tema, aunque Catherine siempre lo tenía presente, lastimándola casi hasta la desesperación. Ya nada sería lo mismo. ¡No después de conocer a un hombre como Paul de Meillon!

—Cuénteme sobre la clínica —le preguntó, volviéndose.

Paul colocó su taza vacía en la cesta y se acostó junto a Catherine. Apoyándose en un codo, contempló el río y ella se dio

cuenta de que en esos momentos sus pensamientos estaban lejos de allí, quedando excluida de esa parte de su vida a la que regresaría al día siguiente. Sin duda después de unas semanas la olvidaría, estaba desconsolada.

—¿Qué le gustaría conocer, *petite*?

—Todo lo que desee contarme.

—La clínica de neurocirugía está ubicada en las afueras de París. Admitimos pacientes con distintos tipos de enfermedades nerviosas. Algunas de ellas se pueden operar, otras no. Mi casa está a corta distancia de la clínica, lo cual me resulta conveniente aunque no siempre práctico.

—¿Vive con usted su hermana?

—*Oui*, durante las vacaciones. Ese es su hogar, pero —le sonrió feliz—, a partir de fines de este año ya, se quedará en casa. Habrá terminado sus estudios en Inglaterra y ha decidido abrir una pequeña tienda de modas en París. Las ropas y la moda la enloquecen.

—Parece una persona interesante —trataba de imaginarse a una joven con la buena apariencia morena de Paul—. ¿Tiene el dinero suficiente para iniciar un negocio de este tipo?

—Yo soy el custodio de una buena suma de dinero que le corresponderá a ella cuando tenga veintiún años. ¿Le parece extraño que aún sucedan situaciones como ésta? ¿Quizá piense que sea algo muy a la antigua?

—De ninguna manera. Aquí, en Sudáfrica una joven aún necesita la autorización de uno de sus padres o guardianes para casarse cuando es menor de veintiún años.

—¡Ah! ¡Así es! Adéle no se puede casar a menos que yo considere apropiado al esposo que ella escoja.

Había tanta firmeza en su voz, que Catherine le dirigió una rápida mirada, observando la expresión sombría en sus rasgos normalmente tranquilos.

—¿Es usted un hermano y guardián muy estricto?

—Cuando tengo que serlo, *chère* —le contestó con brusquedad —. ¡Basta! Ya es hora que me cuente algo sobre usted.

—No hay mucho que decir. Estaba en la universidad estudiando para obtener mi licenciatura en literatura y si no hubiera sido por el accidente me habría presentado a los exámenes finales el año

pasado.

—Ahora puede regresar a estudiar este año, ya está bastante bien.

—No lo creo. He sido una carga para mi padre durante demasiado tiempo, es hora de que trabaje y me gane la vida.

—Su padre es rico, *chère*. Estoy seguro de que no le importa que usted sea una… carga como dijo.

—No soy ese tipo de joven, Paul —se sentó echándose hacia atrás el cabello—. Siempre debo estar haciendo algo, Tengo que regresar a los estudios o encontrar algún trabajo. No estoy preparada para sentarme él resto de mi vida por ser la hija del rico Charles Anderson. Después de todo soy una persona independiente.

Leyó la aprobación en los ojos de Paul y algo más que no pudo definir con claridad. Lo único que deseaba en verdad era pasar el resto de su vida cerca de él, y éste a su vez lo único que deseaba era poder regresar a su amada clínica en Francia. ¡Qué desgracia!

Había sido una tonta al entregar su corazón con tanta facilidad y sobre todo, a alguien que no lo deseaba. ¿Le daría él su corazón a alguien? ¿Llegaría algún momento en que su trabajo no le diera la satisfacción necesaria y buscaría la satisfacción en otra cosa? ¿Quizá con una mujer?

Este pensamiento le hizo encogerse interiormente. La idea de que otra mujer estuviera en sus brazos, recibiendo sus besos y susurrando palabras cariñosas, era demasiado turbador para pensarlo.

Regresaron a De Rust al atardecer. Soplaba una fresca brisa y el suave perfume de los nardos impregnaba él aire nocturno, embargándola una tristeza al imaginar el momento de la partida.

Catherine hubiera sentido una alegría inmensa si hubiese podido ver el corazón de Paul en ese momento. Nunca le había costado tanto trabajo separarse de alguien como ahora, que se alejaba de esta joven a la que amaba tan profundamente. Él sabía que podía decírselo, sin embargo algo lo evitó. Ella era joven y necesitaba tiempo. ¡Aún tenía muy reciente en su recuerdo el éxito de la operación que él había realizado, para que pudiera distinguir entre el amor y la gratitud! ¡Gratitud! la palabra lo hizo contraerse en su interior. Quizá estaba siendo demasiado cuidadoso, pero a su edad un hombre no podía permitirse correr riesgos al escoger una esposa.

No, decidió Paul. Tenía que regresar a Francia y dejarla en libertad de reunirse con otros jóvenes, sin importarle lo poco que le agradaba pensarlo o el dolor que le produciría esta separación.

Dentro de un año regresaría y si aún ella se encontraba libre, entonces la cortejaría como lo hace un hombre a la mujer que ama. Quizá para entonces ella sólo escucharía el lenguaje de su propio corazón.

—Catherine, *chère* —comentó Paul, tomándole las manos en las suyas—. He abusado de su hospitalidad. Aún no, está lo suficientemente bien como para todos estos viajes y creo que en algunas ocasiones se ha cansado por mí culpa.

—¡No, no! He disfrutado cada momento. Después de pasarme seis meses acostada o en una silla de ruedas, el poder caminar de nuevo es como encontrarme en el paraíso —estaba decidida a no permitir que nada enturbiara los últimos días que pasarían juntos. Bajó la vista ante su mirada fija—. Aún no le he agradecido todo lo que ha hecho por mí. Si no hubiera sido por usted.

—Hay otros, *petite* —le interrumpió—, que hubieran hecho lo mismo por usted si yo no hubiera estado aquí.

—¿Quién, por ejemplo? ¿David Marsden? Él es el mejor neurocirujano que tenemos en el país y ni siquiera estaba preparado para correr el riesgo.

—No piense mal de mi colega, Catherine —la regañó con suavidad, tomándola por la barbilla y haciéndole levantar el rostro —. No es fácil para un hombre operar a la mujer que ama.

Los ojos de Catherine se abrieron asombrados.

—¡No puede estar hablando en serio!

—Le aseguro que es así, *chère*. Cuando yo me vaya, dele una oportunidad y piense bien de él.

—Pero yo no… —Catherine se contuvo. Sería inútil explicarle que no había la menor posibilidad de que se enamorara de David Marsden.

—¿Lo hará por mí?

—No puedo prometerle nada, Paul. En este momento lo único que siento por David es amistad y, para serle franca no creo que nunca sea de otra manera. Él es mi médico, eso es todo.

Paul se llevó sus manos a los labios.

—Cuídese, *chère*, no se exceda durante algún tiempo. Estoy

seguro de que no querrá echar a perder lo que me costó tanto trabajo. ¿Me lo promete?

—Lo prometo, Paul —se mordió los labios temblorosos—. Yo… ¿nos visitará de nuevo dentro de poco?

—Quizá, *petite*, ¿quién sabe? —la brisa levantó la bufanda de su cuello y la lanzó contra él. Él la atrapó y cuando ella extendió la mano para tomarla él hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quisiera guardarla como un recuerdo, ¿*oui*?

Aturdida por su solicitud, se quedó sin poder hablar durante un momento. Hizo un ligero gesto afirmativo con la cabeza y lo observó mientras la guardaba con cuidado en el bolsillo de la chaqueta. ¿Por qué querría conservar un recuerdo de ella, se preguntó confusa? ¿Querría él recordarla por alguna razón? La rosa que le había dado colgaba de la solapa de su chaqueta. Sin el agua y la tierra que le daban la vida se había secado y muerto. Ella sabía que, al igual que esa pobre rosa, se quedaría sin vida una vez que Paul se fuera y este pensamiento no era agradable.

—Ahora tengo que dejarla, *mignonne*. Ya es tarde y aún debo recoger muchas cosas —de nuevo levantó la mano para besarle levemente las puntas de los dedos—. Me ha hecho un gran servicio mostrándome un poco de su hermoso país, nunca lo olvidaré.

Entonces, inesperadamente, inclinó la cabeza morena y colocó sus labios sobre los de ella, durante una fracción de segundo. Todo su ser gritaba porque la abrazara, aunque fuera sólo esta vez, muy cerca de su corazón, pero no sucedió. Él retrocedió y pasó el momento.

—Me saluda a su padre. Quizá, algún día nos encontremos de nuevo. *Adieu* —su voz era suave, antes de volverse y dejarla sola en la terraza, teniendo como único consuelo el aroma de los nardos.

Para Catherine era el fin del mundo pero, ¿qué era para Paul de Meillon? Quería saberlo. Nunca logró conocer sus sentimientos o lo que pensaba. Sus modales hacia ella habían sido impecables en todo momento y fue lo suficientemente tonta como para enamorarse de él, aunque desde luego él nunca le había dado motivos para ello. Siempre fue amistoso y encantador, nada más.

Con los ojos llenos de lágrimas, vio cómo su coche cruzaba las puertas y desaparecía de su vista. Catherine sollozó, la mayor desolación se abatía sobre ella como un pesado manto.

Desde una ventana, Sarah observaba con tristeza cómo la joven entraba en la casa.

"Sí" pensó apesadumbrada moviendo la cabeza. "¡Ya ha sucedido y sólo el buen Dios sabe cómo terminará. Mi pobre señorita Cathy!"

Capítulo 4

Las fiestas de Sue Grainger siempre fueron una experiencia que no debía perder. Moderna hasta la punta de los dedos, había amueblado su apartamento de la misma forma. Raros cuadros adornaban las paredes y en puntos estratégicos había colocado sillas tapizadas con telas de los colores más chillones, para provocar un ambiente futurista en un salón que estaba bastante desnudo.

Catherine llegó temprano como le había sugerido Sue. Tenían mucho de qué hablar tomando en cuenta los meses que Catherine estuvo enferma, además de que Sue, estaba ansiosa por mostrar el apartamento que acababa de adquirir.

Ahora, al llegar los invitados, Catherine se refugió en un rincón cerca de la puerta que conducía a la terraza y, alarmada, observó lo que la rodeaban Le resultaba extraordinario pensar que hacía menos de un año ella había tomado parte activa en fiestas similares a ésta. Hombres jóvenes con barbas, cabello largo y el gusto más repulsivo por las ropas, se destacaban contra las paredes o el mobiliario, mientras las muchachas, vestidas de estilo similar, parecían hacer juego con ellos.

El ritmo atormentador de la música procedente del equipo de alta fidelidad, resonaba por toda la habitación hasta lograr que las sienes de Catherine vibraran al unísono. En la penumbra, parejas muy unidas se deslizaban por el suelo, mientras Catherine buscaba por la habitación donde estaba Sue, hasta verla abrazada con su novio. Ella y Sue habían sido amigas desde la época de la escuela y, sin embargo, eran muy distintas. Sue siempre había tratado de divertirse y Catherine esta noche la encontró repugnante.

—¡Vaya vaya, miren quien está aquí!

Catherine levantó la vista, sorprendida, para encontrarse con Ronnie Jansen con su inevitable vaso de bebida en la mano, parado junto a su silla. Ella no lo vio llegar, aunque debió haberse imaginado que no faltaría a una fiesta de Sue.

—Hola, Ronnie.

—Hola, Ronnie —repitió burlándose—. ¡Como si me hubieras estado viendo todos los días!

—¿Qué esperabas que te dijera? ¿Qué raro encontrarme contigo aquí?

—No exactamente, después de todo ya esa vieja frase casi no se usa. ¿No podrías ser un poco más original? —se sentó en el brazo de la silla.

—Debí imaginar que estabas aquí —comentó Catherine—. Antes era raro que faltaras a alguna de las fiestas de Sue.

—¿Es ése el motivo por el que viniste esta noche?

—Sigues siendo tan engreído como siempre.

—¿Qué le ha sucedido a tu guardaespaldas?

—¿Guardaespaldas? —por un instante Catherine se sorprendió para después comprender—. Me imagino que te refieres al doctor de Meillon.

—¿A quién más?

—Él ha regresado a Francia —le contestó indiferente.

—¡Qué lástima, así que la pequeña joven está sola esta noche! —Sonrió, pasándole un brazo alrededor de la cintura, que ella evadió, alejándose—. ¡Está bien! No puedes culparme por intentarlo, No. necesitas huir de mí como si tuviera una enfermedad contagiosa. Ya te he comprendido, querida y no te molestaré más. De todas formas ¿a quién le interesa como novia un pescado frío?

Después de decirle esto, se levantó de la silla y se dirigió al otro extremo de la sala, mientras Catherine se sentaba, tranquila de que la hubiera dejado en paz con tanta facilidad.

Trató de imaginarse a Paul en una fiesta de este tipo y se sintió segura de que no le agradaría. Sí, era lo mismo que ella experimentaba en este momento. ¡Desagrado! ¿Qué clase de joven había sido para encontrar divertidas este tipo de fiestas locas? Por primera vez se sintió agradecida de que el accidente hubiera terminado con esta etapa de su vida. Fue un error venir, pero Sue había insistido tanto y su padre pensaba que quizá esto la alegrara un poco, ya que desde la partida de Paul había estado inquieta y triste. Lo inútil de sus emociones la habían deprimido, dejándola apática e incapaz de decidir sobre el futuro.

Según aumentaba la intensidad de la música, le aumentaba también el dolor de cabeza. Cuando se le presentó la oportunidad aprovechó para despedirse de Sue, disculpándose y abandonando al apartamento, aspirando el aire fresco de la noche mientras se

dirigía a su casa.

Cuando llegó a De Rust ya había decidido que jamás volvería a asistir a una fiesta en casa de Sue. Había terminado su amistad, si es que se le podía llamar así. Las diferencias de carácter las separaron demasiado para que pudiera volver a existir la relación anterior.

—Has regresado temprano —le comentó su padre al verla entrar.

—Es que me dolía un poco la cabeza —le explicó, inclinándose para besarlo en la frente.

Charles Anderson dejó a un lado el libro y la miró con fijeza.

—¿Sucedió algo que te molestara?

Catherine se quitó los zapatos y se sirvió un vaso de refresco de frutas.

—Nada me ha molestado, papá. Es que de repente me di cuenta de que ya no me gustan las fiestas de Sue, igual que otras muchas cosas que antes encontraba emocionantes. ¿Cómo pasaste la noche? —se dejó caer en una silla frente a él.

—La junta terminó bastante temprano por lo que he pasado la mayor parte de la noche aquí sentado leyendo. David Marsden llamó por teléfono mientras estabas fuera —encendió un cigarrillo.

—¿Oh? —Sintió un súbito interés—. ¿Te dijo lo que quería?

—Habló para pedirte que comieras con él mañana. Si no puedes, debes hablarle por teléfono, de lo contrario se encontrarían en el restaurante La Cabaña a la una de la tarde.

Catherine se preguntó cuál sería el motivo de esta extraña solicitud. Ella y David se habían convertido en buenos amigos durante las últimas semanas y aunque era evidente que él deseaba algo más que amistad, era un acompañante agradable y nunca trató de obligarla a nada.

—Has estado saliendo con frecuencia en compañía de David Marsden —le comentó Charles, indiferente.

—Sí, así es.

—¿Hay…? Quiero decir…—aunque no terminó la frase fue bastante evidente la insinuación y Catherine no pudo evitar reír al verlo turbado.

—No, no hay nada, papá, lo aprecio mucho y nada más.

—¿Siente él lo mismo por ti?

Vaciló por un instante. Esto era lo único que enturbiaba su

amistad.

—David está enamorado de mí, papá. Él se da cuenta que no siento igual por él y lo acepta así.

—¿Haces bien en salir continuamente con él? —insistió el padre.

—¿Debo rechazar sus invitaciones?

—Yo no diría eso, Cathy. Sales poco últimamente y no puedo escatimarte el tiempo que pasas con él. Quiero decirte que es desagradable para un hombre estar enamorado de una mujer sin que ella le corresponda sus sentimientos.

—Tienes razón, papá. No es justo; pero va a ser difícil convencer a David que es por su propio bien —dejó escapar un suspiro y se levantó—. Me voy a acostar, estoy muy cansada esta noche. Buenas noches, papá.

Después que ella se retiró, Charles permaneció sentado pensativo, estaba preocupado por Catherine. Últimamente no parecía la misma y la veía muy retraída, hasta con él, su propio padre. ¿Cuál sería el motivo de este cambio? No lo sabía, pero estaba decidido a averiguarlo.

Cuando al siguiente día Catherine llegó al restaurante La Cabaña, ya David estaba esperándola. La llevó hasta una mesa en un rincón tranquilo y pidió algo de beber, esperando a que les sirvieran la comida.

—Hace algún tiempo mencionaste que habías solicitado te admitieran de nuevo en la universidad para terminar el último año —le comentó David mientras bebían el aperitivo—. ¿Aún deseas regresar?

—Sí, David.

—Anoche vi al rector de la universidad y me dijo que habían aceptado tu solicitud. Es muy probable que recibas un aviso, desean que regreses lo más pronto que puedas.

Por primera vez en varias semanas, Catherine se sintió emocionada. Al fin podría hacer algo constructivo. Tendría que trabajar mucho y habría oportunidad de olvidar.

—Cathy —David interrumpió sus pensamientos—. ¿Sabes que no tienes que regresar a la universidad?

—No estarás sugiriendo que me pase el resto de mi vida sin hacer nada.

Él se inclinó sobre la mesa y puso una mano sobre la de ella.

—Pudieras casarte conmigo Cathy, sabes que te amo.

Durante varios segundos sus miradas se encontraron. En la de él había pasión en la de ella una disculpa.

—Sé que me amas, David —murmuró con afecto—, pero…

—Con el tiempo podrías llegar a amarme —insistió y Catherine le sonrió pensativa. ¡Qué fácil hubiera sido si fuera cierto! David no era mal parecido, con su cabello claro y ojos grises, pero entre ellos se interponía la figura de un cirujano francés de cabello oscuro. Catherine se estremeció ligeramente al concentrarse en el hombre sentado frente a ella.

—No daría resultado, David querido. Yo no… yo no puedo… —se produjo un silencio, no deseaba lastimarlo.

—¿Hay alguien más? —podía verse la desilusión en el rostro masculino.

—Sí, lo hay, lo siento —asintió despacio.

—¿Lo conozco?

—Sí.

—¡No será Paul de Meillon! —Después, al ver la verdad en sus ojos le soltó la mano y se reclinó en la silla con una expresión sombría—. Así que es él, debí imaginarlo.

—Lo siento, David —repitió, sin necesidad.

Él terminó su bebida mientras servían la comida y durante un rato comieron en silencio.

—Me imagino que te darás cuenta que amar a Paul es algo bastante inútil —le comunicó, con un ligero tono de amargura en la voz—. Está casado con su profesión, siempre lo ha estado y siempre lo estará.

Ni él ni Catherine podían saber lo equivocada que era esta afirmación. Ella jugaba con el tenedor; había perdido el apetito y por cortesía fingía comer algo.

—Lo sé, David. Desde el primer momento que conocí a Paul supe que en su vida no había lugar para una mujer —le dijo con amargura—. Sé que no le desagradan las mujeres, pero una vez que se desvanece su interés, pierden el atractivo para él.

—Entonces por qué, ¡por todos los cielos!… —explotó, sin poder terminar de decirle lo que pensaba.

—¿Por qué seguí adelante y cometí la tontería de enamorarme de él? —terminó ella la frase—. No lo sé, David. Bien sabe Dios que

no quise amarlo, pero… sucedió y no hay nada que pueda hacer sobre esto. Ahí está y nada en este mundo puede evitarlo.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y parpadeó con rapidez. ¡Qué tontería! Estaba tan segura que había rebasado la etapa de las lágrimas y aquí se encontraba a punto de llorar y para colmo en un lugar público.

David le tomó la mano y se la apretó calmándola.

—Lo siento, Cathy, no quise hacerte llorar.

—Por favor, es una tontería. Con el tiempo lo olvidaré.

Cuando David la acompañó al coche, ya ella se había tranquilizado.

—¿Lo sabe Paul? —le preguntó de repente mientras la ayudaba a subir.

—¡No! ¡Nunca debe saberlo! —le contestó emocionada.

—No te preocupes, Cathy, yo no seré quien se lo diga. Además, es muy rara la vez que nos escribimos y cuando lo hacemos, por lo general es sobre algo relacionado con el trabajo, nuestras cartas son cortas y directas al asunto —se inclinó él y colocó una mano sobre la de ella, en el volante—. Por favor recuerda Cathy que siempre estaré aquí si me llegaras a necesitar. Podemos seguir siendo amigos, ¿no es así?

—Sí, querido, podemos seguir siendo amigos. Y gracias por invitarme a comer —una sonrisa le iluminó el rostro.

David se apartó mientras Catherine ponía en marcha el coche y se dirigía a su casa.

El año pasó con sorprendente rapidez para Catherine. Una vez de regreso a la universidad no tuvo tiempo para sentarse y lamentar sus problemas; al instante se vio arrastrada por el torbellino de actividad junto con los demás estudiantes. Al igual que otros, se las arregló para encontrar un trabajo durante las vacaciones y ganar algún dinero adicional… no lo necesitaba, Charles Anderson era un hombre rico, pero Catherine deseaba mantenerse ocupada.

El día de su graduación, su padre y David Marsden se encontraban presentes cuando recibió el título. Fue una ocasión alegre que se extendió hasta la noche, cuando los tres cenaron en un restaurante frente al mar.

—Tengo una sorpresa para ti, Cathy —le dijo su padre mientras bebían el café—. Tendrás que esperar hasta que regresemos a casa.

—¿De qué se trata, papá? —Le preguntó excitada y después miró a David—. ¿Tú sabes en qué consiste la sorpresa?

—Lo sé, pero ni por un momento pienses que te lo diré —sonrió.

—Creo que ambos son bastante horribles —fingió un puchero.

—Sí, somos monstruos —aceptó el padre, sonriéndole satisfecho —, tendrás que esperar por la sorpresa hasta que estemos solos en casa. Tú también estás invitado a venir, David —le hizo un guiño.

Mientras se dirigían hacia la casa, Catherine apenas podía contener la curiosidad. Cualquiera que fuera la sorpresa estaba segura de que era obra tanto de su padre como de David. Se mostraban como dos escolares que compartían un secreto y no podían evitar reírse de vez en cuando.

—Bien —dijo con tono dramático Charles Anderson una vez que estuvieron los tres acomodados en la sala de De Rust—. Ahora vamos a la sorpresa que te prometí, Cathy.

Del antiguo escritorio Victoriano tomó un sobre y se lo entregó.

Temblando de excitación observó el sobre ligeramente abultado, preguntándose cuál sería su contenido. Nerviosa lo abrió.

Asombrada observó los documentos en sus manos.

—¡Son dos boletos para un viaje a Europa!

—Así es. Para mí serán unas vacaciones, al mismo tiempo que veré algunos asuntos de negocios; para ti sólo serán vacaciones.

Por un instante Catherine pensó en Paul y después, apartando sus pensamientos abrazó a su padre y lo besó excitada.

—¡Papá, eres un encanto! ¡Siempre he deseado ir a Europa y ahora, así de improviso todo está arreglado!

David Marsden, quien dé pie, tranquilo, la observaba, se acercó pasándole un brazo amistoso por los hombros.

—Tanto tu padre como yo sentimos que te mereces estas vacaciones mejor que cualquier otra cosa que te pudiera dar. Has trabajado muy duro este año y el año pasado fue el accidente. Confío que lo disfruten como se merecen —le dio un ligero beso en la mejilla.

—Creo que ambos han sido muy buenos al pensar en mí; quiero que sepan que se los agradezco muchísimo. Yo… yo —estaba a punto de llorar de felicidad y para evitarlo se mordió los labios temblorosos.

—Tendrás que comenzar a preparar tus cosas, jovencita. Como

ves, no tenemos mucho tiempo —habló Charles aclarándose la garganta.

—¿Se dan cuenta que he estado tan excitada que ni siquiera he mirado la fecha de salida?

—Nos iremos pasado mañana. Diciembre no es el mejor mes para ir a Europa, así que asegúrate de llevar bastante ropa de abrigo —recomendó Charles.

—¡Cielos! Tendré que apresurarme. ¿Qué me dices de tu ropa papá?

—No te preocupes por mí. Sarah me ha preparado la ropa cuando tú no has estado aquí.

—¡Eres un bribón, papá! —gritó excitada, abrazándolo de nuevo.

—¿Qué países visitarán? —preguntó David, descansando en el sillón.

Catherine miró a su padre esperando la respuesta.

—Comenzaremos en Italia, después iremos a Suiza donde pasaremos la Navidad. De ahí seguiremos a Alemania, Francia, España y después Inglaterra. Quizá no los visitemos en este mismo orden, ya que tengo varias citas de negocios que atender, pero iremos a tantos países como sea posible —le ofreció un cigarrillo a David y encendió otro para él.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera? —preguntó David, mirando a Catherine. Ella sabía que no se sentía muy contento por el viaje, a pesar del intento que hacía por fingirlo.

—Creo que unos dos meses —contestó Charles, aspirando el cigarrillo.

David la miró fijamente y Catherine deseó de todo corazón amar a este maravilloso hombre, lo suficiente como para casarse con él. Bajó la vista y para esconder su turbación jugó con el cierre de su brazalete.

—Tengo que irme —dijo David poco después, levantándose—. Ha sido un día largo y agotador para ti, Cathy. Te sugiero que te acuestes en seguida, mañana tendrás que preparar todo para el viaje.

—Sí, tienes razón —asintió sonriéndole—. Haré lo que me ordene mi médico.

—Así debe ser —continuó David en tono burlón mientras lo

acompañaban hasta la puerta.

—¿Te veremos de nuevo antes de irnos, David? —le preguntó Charles.

—Iré al aeropuerto a despedirlos.

—Entonces buenas noches —agregó Charles antes de regresar a la sala, dejándolos solos unos momentos.

Permanecieron de pie, en silencio, contemplándose, ninguno deseando despedirse del otro.

De repente David dio un paso hacia adelante y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Cathy, nos comprometemos antes que te vayas para Europa, por favor?

Lo repentino de esta sugerencia tomó a Catherine desprevenida y por un instante la pregunta quedó flotando entre ellos hasta que la joven dejó escapar un suspiro estremecedor.

—Querido David, sabes que te quiero mucho como a un amigo. Me sentiría muy triste si me comprometiera contigo ahora, para después romper el compromiso.

—Pero, Cathy.

—Mejor esperemos a que regrese de este viaje. Quizá… quién sabe… —se detuvo triste, las lágrimas brillándole en los ojos.

David la soltó y ella apartó la mirada, reclinando la frente contra la fría columna de piedra.

—¿Estás aún enamorada de Paul?

Sí. Paul de Meillon. Ella se había acordado de nuevo de él, aunque sólo por un instante.

—Es extraño que me hagas esa pregunta —le contestó despacio, mirándolo en la oscuridad—. ¿Estoy aún enamorada de Paul? No lo sé. Diez meses es demasiado tiempo y han sucedido muchas cosas desde que nos conocimos.

—¿Entonces? —insistió David, acercándose más.

Catherine sintió que su afirmación le había dado nuevas esperanzas y comprendió que tenía que desilusionarlo de inmediato.

—David, ya no tengo seguridad. Durante estos meses he tratado de analizar mis sentimientos y con frecuencia me he preguntado si no sería un profundo sentimiento de gratitud que tomé por error como amor. Ya te dije, no lo sé. Estoy segura de que lo amé… ¡con desesperación! Las actividades en la universidad me dejaron poco

tiempo para pensar sobre mis problemas. No sé qué sentiré si lo veo de nuevo, si es que alguna vez lo vuelvo a ver. Quizá sea como encontrarse con un viejo amigo —se rió insegura—. ¿Por qué hablamos de esto? Además no veré a Paul. En primer lugar él no sabe que vamos a Francia y en segundo lugar yo no lo buscaré.

—Cathy —continuó David con seriedad, haciéndole levantar el rostro—. Prométeme una cosa. Si llegaras a ver a Paul y te dieras cuenta de que han desaparecido tus viejos sentimientos hacia él, ¿tomarás en cuenta mi ofrecimiento de matrimonio?

—David yo…

—¿Lo harás? —insistió tomándola por los hombros y moviéndola ligeramente.

Ella lo pensó un momento. ¿Qué daño le haría hacerle esta promesa?

—Sí, David, lo haré como dices, pero por favor… por favor no esperes demasiado de mí —le suplicó.

Él le dio un ligero beso en los labios.

—Estaré esperando, Cathy. Esperando y confiando.

Antes que ella le pudiera contestar, David se volvió para dirigirse al automóvil. Mucho después de su partida ella aún estaba allí parada, contemplando pensativa la oscuridad. ¿No sería una tonta al no aceptar la proposición de David? Desde luego que no le faltaría nada material siendo su esposa, pero… ¿sería justa con él? ¿Sería suficiente su amor para ambos? Y, ¿por cuánto tiempo estaría satisfecho con una esposa que no lo amaba tanto como él tenía derecho a que lo amaran? Le agradaba, sí, le agradaba mucho David Marsden, era una persona maravillosa. ¿Podría amarlo?

Catherine suspiró con tristeza y entró en la casa. Estaba cansada, excitada y preocupada al mismo tiempo. Eran tantas las cosas que habían sucedido ese día… la emoción al recibir su título, la excitación del viaje planeado y ahora, la tristeza de tener que lastimar a David. Había sido demasiado para ella.

Pasó el seguro de la puerta principal y apagó la luz del vestíbulo. "Mañana tendré que correr", pensó, "pero será divertido".

Catherine paseaba por los Campos Elíseos, en París, experimentando una deliciosa sensación de alegría. Era el mes de enero e invierno en Europa; sin embargo, ni el frío podía reducir la fascinación que había sentido por los países visitados. Esa tarde se

encontraba libre, mientras su padre visitaba a un socio. En otras ocasiones lo había acompañado, pero en esta tarde encantadora no podía soportar el pensamiento de pasar horas charlando con extraños, mientras su padre se hallaba encerrado en una oficina hablando de negocios.

Subiéndose el cuello del abrigo para protegerse del frío, caminaba admirando los cafés al aire libre con sus toldos de brillantes colores. A pesar de la temperatura congelante, muchas personas seguían visitando estos cafés y pensó que le agradaría convencer a su padre para que la trajera aquí a tomar el té en algún momento.

Frente a ella estaba el Arco del Triunfo y un poco a la izquierda la Torre Eiffel que dominaba la ciudad. Dejó escapar un suspiro de felicidad. Era extraño, pensó mientras miraba a su alrededor, cómo esta gente se dirigía a sus trabajos; para ellos era una ciudad como cualquier otra, pero para Catherine era algo casi irreal por su belleza. Una ciudad muy especial, llena de historia, que condujo a la revolución y al derramamiento de sangre y, sin embargo, había mantenido su encanto.

Observó su reloj al ver cómo aumentaba el tránsito. Se hacía tarde y tendría que tomar un taxi para regresar al Hotel Boulevard, si quería llegar antes de la cena.

Una vez en el hotel se bañó y se puso un vestido de noche abrigador. El empleado de la recepción le había informado que su padre no había llegado aún; tenía tiempo de prepararse para la cena. Mientras terminaba de darle los últimos toques al maquillaje sus pensamientos regresaron al momento en que habían abordado el avión en el aeropuerto Malan.

Ya habían anunciado su vuelo cuando David llegó corriendo. Se despidió de su padre con un fuerte apretón de manos y entonces, por primera vez, la tomó en sus brazos. La besó apasionadamente, casi con desesperación. Sorprendida y consciente de que su padre había presenciado esta despedida apasionada, se sonrojó, tartamudeando la despedida. Avisaron por segunda vez el vuelo y a toda prisa abordaron el avión que los llevaría primero a Italia.

Hasta ahora habían sido unas vacaciones maravillosas, pensó cuando contemplaba la ciudad desde una ventana con la Torre Eiffel. Desde Italia habían ido a España, después a Suiza y a

Alemania. Se quedaban hasta visitar los lugares de interés y cuando comenzaban a sentirse inquietos seguían hasta el siguiente país. En Alemania decidieron que visitarían primero Francia antes de ir a Inglaterra y después regresarían a casa.

Aunque era invierno en París, nada podía quitarle a la ciudad su encanto. En ese momento África del Sur parecía estar muy lejana, en realidad lo estaba.

El fuerte sonido del timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos y creyendo que era su padre, cruzó la habitación para contestarlo.

—La habitación 209.

—*Salut, chère* y bienvenida a París.

Por un momento Catherine se quedó sin habla y casi dejó caer el auricular al escuchar esos tonos profundos al otro extremo de la línea.

—¡Paul!

Se recostó contra la pared y sintió cómo la sangre corría alocada por sus venas, dejándola aturdida.

—Me sorprende que haya reconocido mi voz después de todo este tiempo.

—No conozco a nadie más en París que hubiera podido ser tan atrevido como para llamarme *chère* —se alegraba que no pudiera ver las mejillas sonrojadas y las manos temblorosas—. ¿Desde dónde me habla?

—Desde el vestíbulo de este hotel. Casualmente me encontré con su padre esta tarde en casa de *monsieur* Berton y me invitó a cenar.

—¡Oh! —turbada por el efecto que tenía su voz sobre su sistema nervioso, no pudo encontrar nada más que decirle.

—Me encargó que le dijera que dentro de cinco minutos nos encontraríamos en el bar —continuó Paul.

—Dígale que en vez de cinco minutos serán diez y si se queja, que recuerde todas las veces que he tenido que esperar por él —le contestó mientras observaba su vestido de noche largo, seleccionando mentalmente algo más apropiado que ponerse.

—Así lo haré, *chère. Au revoir* —se rió Paul.

Oyó colgar el auricular. Durante varios segundos Catherine contempló el teléfono en su mano, como si se tratara de algo que nunca hubiera visto. ¡Paul estaba aquí! ¡En este mismo hotel! Pensó

que nunca más lo vería, tratando de convencerse dé que fue gratitud lo que había sentido por él. Sin embargó, aquí estaba y ella se estremecía de excitación ante el sonido de su voz, creyendo que los sentimientos que había pensado muertos y enterrados, estaban muy vivos y vibrantes.

A toda prisa se dirigió hacia el guardarropa y seleccionó un vestido de noche verde oscuro. Se lo puso y después se detuvo un instante contemplándose en el espejo de cuerpo entero. El corte del vestido era magnífico y le daba el aspecto mundano y seguro que necesitaba. Se retoco el maquillaje y, satisfecha de su imagen en el espejo, —tomó su bolso de noche y una estola antes de abandonar la habitación.

Mientras bajaba en el elevador, sintió que los latidos de su pulso se aceleraban. ¿Tendría miedo de encontrarse con Paul? Tonterías, se dijo y pensó que se debía a lo mucho que se había apresurado.

Minutos después llegó al vestíbulo y se dirigió hacia el bar. Tan pronto como entró vio a su padre y después… a Paul. Alto, moreno e inmensamente atractivo con un traje de etiqueta, oscuro. Se acercó al instante para saludarla, mientras una sonrisa iluminaba sus rasgos delgados. Sentía en los oídos el fuerte golpear de su corazón cuando él le tomó la mano que le había extendido y se la llevó a los labios.

—La veo muy bien, *chère* y más hermosa que nunca.

—Me está adulando, Paul, se lo agradezco de todas maneras —cuando sus ojos se encontraron con los de él sintió que se sonrojaba al ver que su mirada la recorría antes de volver de nuevo a su rostro.

—No la adulo, Catherine, digo la verdad. Venga —la tomó por el brazo y la llevó hasta la mesa—. Siéntese mientras ordeno algo de beber antes de irnos al restaurante.

Catherine le dio un beso en la mejilla a su padre y se sentó mientras Paul llamaba al camarero ordenándole unos aperitivos.

—¿Qué tiempo permanecerán en Francia? —preguntó Paul poco después.

—No estoy seguro. Quizá pocos días, tal vez más —Charles dirigió una mirada interrogadora a Catherine—. Todo depende de Cathy.

—¿Ya ha visto nuestra encantadora ciudad? —le preguntó Paul.

—No mucho. Llegamos ayer y desde entonces he estado siguiendo a papá, yo visitando algunas tiendas, y él arreglando sus negocios.

—Entonces tiene que permitirme que sea su guía —se ofreció Paul al instante—. Le hago esta invitación también a usted, *monsieur* —añadió volviéndose a Charles.

—¡Cielos! Ya estoy demasiado viejo para andar caminando por todas partes. Desde luego, puede llevar a Cathy.

—¿No tiene inconveniente, *monsieur*? —le preguntó Paul.

—De ninguna manera.

Más tarde, después de disfrutar de un licor al terminar la cena en el restaurante que había sugerido Paul, éste se levantó y le extendió una mano a Catherine.

—Venga, *chère*, esta noche los músicos están tocando como nunca.

Catherine escondió su nerviosismo detrás de una sonrisa, le dio la mano, caminando hasta la pista de baile con él. Había otras parejas bailando la suave melodía que tocaba la orquesta, Paul la dirigía con facilidad. Se dio cuenta de que él bailaba muy bien y pronto se dejó envolver por la magia del momento.

Su brazo se cerró en la cintura femenina, acercándola más a él.

—No ha hablado mucho esta noche —inclinó la cabeza, quedando los labios junto al oído de Cathy—. Aunque encuentro encantador su silencio, también tengo curiosidad por saber qué pensamientos dan vueltas dentro de esa hermosa cabeza.

—Le aseguro que son pensamientos muy poco interesantes, Paul —le contestó bajando la vista. Se sorprendería si se diera cuenta del efecto tan turbador que tenía su cercanía sobre su corazón traidor.

—Déjeme juzgar eso por mí —le ordenó con firmeza.

—Yo… yo… —falló unos pasos y se mordió el labio—. Lo siento.

—Vamos —la interrumpió—. Tomaremos un poco de aire y al mismo tiempo podremos hablar. Veo que su padre está entusiasmado charlando con la encantadora señora en la mesa junto a la nuestra, así que no nos echará de menos por unos instantes.

Paul la llevó hasta la terraza y, poco acostumbrada a las noches heladas de Europa, casi se estremeció.

—Tome —le dijo quitándose al instante la chaqueta y colocándola sobre sus hombros—. Estoy acostumbrado a este

tiempo.

Aún sentía el calor de su cuerpo en la chaqueta, le parecía que la tocaba físicamente.

—¿Qué ha hecho durante estos últimos meses? —le preguntó cuando se sentaron en un banco de piedra.

Las luces de París parpadeaban, llenándola de la misma sensación que había sentido esa tarde durante el paseo. Había algo en París que le llegaba al alma y que parecía llamarla con manos invisibles.

—Regresé a la universidad para obtener el título —le contestó, observando cómo encendía un cigarrillo. La llama del encendedor le dio una dureza poco usual a su rostro delgado.

—¡Ahí —expulsó el humo hacia el aire de la noche—. Me preguntaba si lo habría hecho.

Tomó la mano izquierda en la suya, levantándola para revisarla.

—Veo que no tiene anillo de compromiso. ¿No ha logrado persuadirla aun mi buen amigo David para que se case con él?

Catherine contempló su mano como si fuera un objeto extraño que nunca hubiera visto.

—Somos buenos amigos, eso es todo.

—Con seguridad le ha pedido que se case con él —insistió. Catherine miró hacia otro lado, evitando la interrogación directa de sus ojos oscuros. Veían mucho, demasiado y si había algo que ella no le permitiría ver, era lo que en realidad escondía su corazón.

—Sí, lo hizo —aceptó poco después—. Pero…

—¿No lo ama?

—No.

—Es una lástima —algo en su voz le hizo comprender que no lo sentía. Le dio un vuelco el corazón al retirar su mano de la de él.

—Y su hermana Adéle —trató de cambiar el tema—. ¿Abrió la pequeña tienda que deseaba?

—¡Así que lo recuerda! —exclamó contento—. Sí, lo hizo y le va muy bien. Tiene que conocerla.

—Me gustaría mucho.

—*¡Bon!*

Se detuvo la música y Catherine le devolvió la chaqueta cuando entraron.

—*Monsieur* Anderson —le dijo Paul cuando llegaron a la mesa—.

Le ruego qué me disculpe, debo visitar a una paciente y me lleva mucho tiempo llegar hasta la clínica. Muchas gracias por invitarme esta noche, lo he pasado muy bien —miró a Catherine y le sonrió—. Le hablaré por teléfono tan pronto tenga un momento libre. *Bonne nuit, chère, monsieur*.

Se despidieron y él se inclinó, saliendo después. Catherine pensó que todo el encanto de la noche se había ido junto con él. Recogiendo la estola y el bolso de noche le sugirió a su padre que se retiraran.

—Subiré a acostarme, papá —le comunicó cuando llegaron al hotel. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repitió él y la contempló pensativo mientras se alejaba.

El destino había determinado que de nuevo se cruzara Paul de Meillon en su camino y Charles sentía al mismo tiempo esperanza y temor por la felicidad de su hija.

Capítulo 5

A la noche siguiente, cuando Charles oyó el timbre del teléfono en la habitación de Catherine, supo que era Paul.

—Espero que no sea muy tarde —se disculpó él—. En este momento he regresado de la clínica.

—De ninguna manera —le aseguró ella—. Estaba sentada leyendo, es demasiado temprano para acostarme.

—¿Tiene algún plan para mañana?

—No, no lo tengo —sentía que se le aceleraban los latidos del corazón.

—*¡Bon!* He logrado preparar todo para tener libre el día de mañana —vaciló por un momento—. ¿Puedo pasar por usted en la mañana para dedicar el día a recorrer la ciudad?

—Sí —le respondió con rapidez… quizá con demasiada rapidez —. Me encantaría, Paul —se sonrojó, alegrándose que él no pudiera verla.

Paul sonrió al escuchar la vehemencia de su voz y se preguntó cómo se las arreglaría para pasar las horas antes de volverla a ver.

—¿Qué ha hecho hoy?

—Papá y yo tomamos una excursión en autobús al campo y regresamos poco antes de la hora de cenar.

—Debe estar cansada y yo estoy evitando que se acueste.

—¡No! —no deseaba que colgara tan rápido. Sé sentía feliz al escuchar su voz y disfrutaba de cada instante mientras apretaba el auricular contra su oído—. No estoy cansada y lo más probable es que demore en acostarme.

—Usted es muy bondadosa, *chère* —su voz vibrante y afable la estremecía—. No debo mantenerla despierta más, pasaré por usted mañana a las ocho. *Bonne nuit.*

—Buenas noches, Paul.

Él estaba sentado en su estudio lleno de libros y de repente la expresión de su rostro se torno sombría. Tendría que ser cuidadoso, se previno. Ella era atractiva y encantadora, con la inocencia de la juventud. Era evidente para él que ella aún no había despertado al amor y tendría que controlarse para no apresurarla. Temía que si le

pedía que se casara con él lo hiciera sólo por gratitud. Él exigiría más que gratitud a la mujer que amara y por lo tanto tenía que estar seguro de sus sentimientos antes de llegar al matrimonio.

Encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza. Estos últimos diez meses no habían sido fáciles para él. Sabía que David Marsden estaba enamorado de Catherine y cada día que pasaba tenía más temor de enterarse de que fueran a casarse. Era un riesgo que debía afrontar. La inesperada llegada a París de Catherine y su padre le había evitado un viaje a África del Sur; estaba decidido a hacerlo en fecha próxima. El propósito único de su visita sería ver a Catherine para darse cuenta si podía tener alguna esperanza.

De nuevo Paul aspiró con fuerza y frunció el ceño. El buen Dios sabía que no era un hombre paciente, su temor de que la decisión de Catherine pudiera estar influida por el sentimiento de gratitud que tenía hacia él, le había dado el valor para continuar con sus planes. ¡Cielos! sería insoportable para él descubrir después de un tiempo que ella no le importaba.

Su encuentro con Charles Anderson la noche anterior no fue casualidad como les había hecho creer. La anciana madre del señor Berton era una paciente en la clínica y en una de las visitas del señor Berton a su madre, habían hablado sobre el viaje de Paul a África del Sur el año anterior. Cuando Berton le mencionó que un señor Anderson se reuniría con él, Paul decidió llamar ese día a Berton. El inesperado descubrimiento de que Catherine había acompañado a su padre en este viaje le proporcionó una gran alegría.

Aplastó el resto del cigarrillo en un cenicero y seleccionó un libro de uno dé los estantes. Tendría que entretenerse durante la noche si no lograba dormir.

Catherine se despertó a la mañana siguiente muy excitada, ni siquiera el triste cielo invernal pudo calmar este sentimiento. Tarareando una canción en voz baja se bañó y se vistió con cuidado, ante la expectativa de pasar el día visitando la ciudad con Paul.

Escogió un vestido de lana color ámbar que había comprado en Suiza. Hacía juego con los tonos cobrizos de su cabello y acentuaba el verde de sus ojos. Antes de bajar, desayunó con rapidez.

En el momento que ella llegaba al vestíbulo, entraba Paul. Se dibujó una amplia sonrisa en su rostro cuando se acercó a Catherine que, sintió que el corazón le daba un vuelco al verlo.

Un Bentley blanco y reluciente, estaba estacionado a la entrada del hotel y él la ayudó a subirse. Al deslizarse detrás del volante se volvió hacia ella sonriéndole.

—Confío en que esté bien preparada, *chère*, va a ser un día agotador, hay mucho que ver y hacer.

Catherine hizo un gesto afirmativo con la cabeza, casi sin aliento y satisfecho Paul, concentró la atención en el tránsito.

Paul estuvo en lo cierto al decir que el día sería agotador, ya que hicieron un recorrido por el Louvre, Notre Dame y los jardines de Luxemburgo. Pasearon en un bote de remos en el lago del Bosque de Bolonia, lo cual no era aconsejable en el invierno, según le había dicho Paul; sin embargo, Catherine insistió en ello. Después de ese paseo se fueron casi hasta el otro lado de la ciudad para visitar el zoológico, donde se extasió ante un hermoso cisne, nadando con sus dos pequeños.

—Usted es encantadora, *mon enfant* —se rió Paul sentándose en un banco cercano—. En estas pocas horas le he dado una ligera visión de la grandeza de París y ahora la encuentro embelesada ante la vista de los cisnes. Ha lastimado mis sentimientos, *ma petite*.

—¡Oh, Paul, lo siento! —exclamó con voz entrecortada, algo confusa—. Hoy he visto tantos edificios impresionantes, tantas obras de arte maravillosas, que mi cerebro ya no puede absorber más. La tranquilidad del cisne con sus pequeños, contrastaba tanto con lo que ya había visto, que no pude evitarlo. Discúlpeme, por favor.

Se miraron a los ojos y el corazón de Paul latió acelerado. ¡Dios, que hermosa era! Estaba tan cerca de él que con inclinar un poco más la cabeza podía probar la dulzura de sus labios. ¡Cielos! ¿En qué estaba pensando? No quería asustarla. Hizo un esfuerzo para controlar sus emociones.

Catherine se sintió como si hubiera estado a punto de realizar un descubrimiento. Esos segundos en que sus ojos se encontraron, le parecieron horas, se dio cuenta de un magnetismo que la acercaba más a él. Sus ojos fueron como dos carbones encendidos, que la quemaban mientras él buscaba su alma. Hubo un momento en que

estuvo segura de que la iba a besar y había esperado casi sin aliento. Después sucedió algo y el momento pasó. Bajó la vista mientras él encendía un cigarrillo.

—Sólo bromeaba *chère* —aspiró con fuerza el cigarrillo, volviéndose hacia ella—. No tiene por qué preocuparse.

—Pensé que quizá estaba enfadado conmigo.

Paul le tomó las manos y se las llevó a los labios.

—Nunca podría enfadarme con usted, *ma très chère*.

—*Ma tres chère* —repitió ella con suavidad—, ¿qué quiere decir Paul?

—Quizá algún día se lo diga —le contestó sonriente, soltándole la mano. Terminó el cigarrillo en silencio, preguntándole de repente —. ¿Hasta cuándo permanecerán en Francia?

—No estoy segura —le contestó vacilante—. Pensábamos irnos a fines de semana.

Una arruga le surcó la frente.

—¿Tan pronto?

—¿Por qué me lo pregunta, Paul?

Se acercó a ella despacio, pasando el brazo sobre el respaldo del banco, detrás de los hombros femeninos. Su expresión era tranquila y pensativa, ella esperaba que él hablara.

—¿Le gustaría a usted y a su padre extender su visita, permaneciendo en Francia por todo el tiempo que lo deseen, como mis huéspedes?

La oferta fue tan inesperada que por un momento no pudo más que contemplarlo.

—Yo… no sé. Tendría que hablar con mi padre antes de poder darle una respuesta.

—Quizá yo deba ser quien le hable —decidió él con firmeza.

—¿Paul, está seguro de que no le molestaríamos?

—*Ma petite*, no le hubiera hecho la oferta si lo hubiese pensado así.

—Me encantaría —murmuró ella.

—Por supuesto. Así podrían permanecer más tiempo del que habían pensado y verían con calma más de mi país.

—Sí —y veré más de ti, se dijo.

—No hablemos más de esto hasta que lo haya discutido con su padre —le sugirió y Catherine se alegró, sabiendo que su padre

haría lo que ella quisiera.

Cuando llegaron al Hotel Boulevard, en las últimas horas de la tarde, encontraron a Charles Anderson en su habitación, escribiendo cartas. Paul no perdió tiempo para informarle de su oferta de hospitalidad y Charles, levantando las cejas, dejó a un lado la pluma y lo escuchó atento.

—Mi casa se encuentra en las afueras de París y allá todo es mucho más tranquilo. Les dejaré mi coche para que puedan ir a donde deseen.

—Es muy amable de su parte, doctor de Meillon, pero no quisiéramos convertirnos en una molestia para usted —protestó Charles.

—*Monsieur*, mi hermana y yo estamos fuera de la casa todo el día, nos encontraríamos durante las noches. Espero que no le resulte muy difícil tenerme como su anfitrión esas pocas horas del día.

—No lo sabría —se rió Charles—. Desde luego no me costaría ningún trabajo ser su huésped.

—Bien, ¿entonces?

—¿Catherine? —Charles le dirigió una mirada interrogadora y vio la respuesta bien clara en su rostro.

—Sería… sería muy agradable —se volvió hacia Paul—. Creo que es demasiado amable al hacernos este ofrecimiento.

Había mucho más que amabilidad en su mente cuando Paul hizo ésta sugerencia. Necesitaba pasar más tiempo junto a Catherine, en su hogar ella estaría más accesible y sus encuentros no serían tan formales.

—Doctor de Meillon, aceptamos gustosos su invitación —le dijo Charles.

Se pusieron de acuerdo para que Paul los recogiera al día siguiente por la tarde, Charles tenía varias citas de negocios y después, llevándose la mano de Catherine a los labios, el doctor se despidió.

Si la joven hubiera deseado prolongar su estancia en París, Charles no habría objetado, aun sin la generosa oferta de Paul. Había visto cómo su hija revivía en la compañía del francés y al fin supo la razón por la que Catherine estuvo tan triste los meses anteriores.

Si llegara a materializarse alguna relación entre ellos, la estancia

en el hogar del médico le permitiría a Charles conocer mejor a Paul de Meillon.

Las horas pasaron con lentitud para Catherine, mientras esperaba que Paul los recogiera. Charles había pasado la mayor parte del día en la ciudad, a su vez Catherine preparaba las maletas y liquidaba la cuenta del hotel. Cuando al fin llegó el doctor, estaba nerviosa e inquieta y apenas habló durante el recorrido.

Cuando llegaron al castillo de Bonheur, como les había dicho él que se llamaba, se sentía más tranquila y miró interesada el paisaje a su alrededor. El automóvil se deslizó por las puertas de hierro forjado, siguiendo por el camino bordeado de castaños. La casa era impresionante con las columnas de mármol a la entrada y los pequeños balcones en las distintas habitaciones del piso superior.

Al detenerse el coche frente a la escalera, se abrió la imponente puerta principal y salió una joven para saludarlos.

—Ven para que conozcas a nuestros huéspedes, Adéle —le gritó Paul. Llevó a cabo las presentaciones y al momento que Catherine y Adéle se miraron, se produjo un sentimiento de mutuo agrado y respeto. Así que ésta era por fin, la hermana de Paul, no se parecía a él. Aunque su cabello era oscuro así como sus ojos, tenía un rostro en forma de corazón con rasgos delicados.

—Mi hermano me ha hablado tanto de ustedes que estaba ansiosa porque llegaran —les explicó con su voz dulce y ligero acento extranjero—. Vamos Paul, toma su equipaje para enseñarles sus habitaciones.

Cargados con las maletas entraron y ascendieron por la escalera.

—Paul le mostrará, su habitación, *monsieur* Anderson —le dijo Adéle a Charles—. Venga, Catherine, la suya está por este lado.

Dio vuelta hacia la izquierda y después siguió por un corto pasillo.

—Esta es su habitación —le anunció, abriendo la puerta y dejando la maleta sobre el suelo, junto a la cama—. Da hacia el norte y desde aquí se contempla el jardín de rosas. En el verano está lleno de color y se despierta uno cada mañana con el aroma de las flores. Allí está el baño —le dijo señalando hacia la única puerta que había en la habitación—. Aquí puede disfrutar de bastante intimidad.

Después se volvió para mirar a Catherine, parada, boquiabierta,

observando las espléndidas cortinas en la cama de cuatro pilares. Los muebles eran bellos, muy femeninos. Tiró del cordón para abrir las cortinas de la ventana y dejó escapar una exclamación de deleite al observar un pequeño balcón. No era sólo una ventana, sino una puerta de vidrio que daba al balconcito privado.

—¿Le gusta? —le preguntó Adéle.

—¿Que si me gusta? —Catherine dejó escapar un suspiro—. No, puedo encontrar la palabra adecuada para expresar lo maravilloso que es esto. ¿Fue usted quien escogió esta habitación para mí, Adéle?

—Así fue —le contestó la joven con timidez.

Conmovida, Catherine le tomó la mano y se la apretó.

—Gracias por su bondad.

—No se demoren demasiado, Adéle —les gritó Paul desde algún lugar del pasillo—. El señor Anderson y yo las estaremos esperando en la sala.

—Bajaremos enseguida, *mon frére* —le respondió.

—Castillo de Bonheur —musitó Catherine—. ¿Qué significa?

—Castillo de felicidad —le dijo Adéle—. Me han contado que fue mi abuelo quien le puso este nombre al traer aquí a mi abuela cuando se casaron.

¡Qué conmovedor! pensó Catherine, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Cuántas habitaciones tiene esta casa, Adéle?

—Unas quince.

—¿Tienen todas su baño privado?

—¡Cielos, no! —contestó riendo—. Estas habitaciones son para huéspedes especiales y como Paul me dijo que usted era especial.

—¿Tienes visitas que se queden con frecuencia?

—No muy a menudo, a Paul no le gustan mucho las visitas —le dirigió una mirada a las maletas—. ¿Quiere que la ayude a sacar la ropa?

—Yo lo haré después, gracias. Quizá mejor bajamos a reunimos con los demás.

—Sí, pero antes de ir —Adéle se detuvo, ligeramente incómoda —. Perdóneme que le pregunte esto, pero… ¿hay algo entre usted y Paul?

—¿Por qué me lo pregunta, Adéle?

—Mi hermano nunca ha invitado a una mujer a esta casa, ni siquiera acompañada por su padre como en su caso.

—Su hermano me operó mientras se encontraba en Sudáfrica y nos vimos bastante, pero no hay nada más —le hubiera gustado que no fuera así.

—Mejor bajamos —dijo Adéle al fin—. A Paul no le gusta que lo hagan esperar.

Catherine la siguió por el corto pasillo y después por la escalera, observando los retratos de los antepasados de la familia Meillon a lo largo de las paredes. Adéle le indicó el camino hasta un salón con una temperatura agradable y muy bien amueblado, había fuego en la chimenea. La habitación tenía un calor que no se debía sólo al fuego, era un calor de hogar, donde se había vivido; allí se podía descansar y ser uno mismo, dejando a un lado los problemas del día.

—Así que al fin han llegado —comentó el doctor.

—Siento haberle hecho esperar, Paul —se disculpó enseguida Catherine.

—No importa. ¿Que desea beber, *chère*? —le preguntó mientras se sentaban—. ¿Quizá un Dubonnet?

—Me parece muy bien, gracias.

—¿Para ti el Pernod acostumbrado, Adéle?

—*Merci*, Paul.

—Después de la cena le mostraré la casa, Catherine —agregó Paul, entregándole una copa—. Fue mi abuelo quien la mandó construir. Después fue el hogar de mi padre y ahora es el mío —había orgullo en su voz al hablar—. Hay demasiadas habitaciones que permanecen vacías casi todo el tiempo, pero nunca vendería el castillo Bonheur para comprar algo más pequeño.

—No le culpo doctor de Meillon —afirmó Charles—. Tiene una casa hermosa.

—Gracias, *monsieur* —Paul hizo una ligera inclinación antes de sentarse—, por favor llámeme Paul.

—Está bien, Paul. Dígame, ese cuadro en la pared, ¿es…?

—Es un retrato de mamá —aclaró en seguida Adéle a Charles—. Lo pintó un artista inválido que se refugió aquí durante la guerra. Es muy bueno, ¿no le parece?

—Sí, muy real. Usted se parece mucho a su madre, querida.

—*Merci, monsieur*, es muy amable su comentario —continuó Adéle sonriendo con agrado—. No conocí a mamá. Murió poco después que yo nací. En mi vida no tuve más que a papá y a Paul y ahora… sólo a Paul.

Catherine observó la ligera vacilación y de repente deseó poder conocer más sobre Adéle.

—Paul me dice que le va bien con la tienda —comentó Charles.

—Sí.

Charles sabía cómo tratar a la gente y casi siempre tenía éxito en hacer que hablaran sobre ellos mismos. Acosó a Adéle con preguntas que le contestó gustosa, encantada de que mostrara tanto interés por ella.

La mirada de Catherine se encontró con la de Paul a través de la habitación y sintió un estremecimiento extraño. Decidió que tendría que controlar más sus emociones en el futuro. Parecía sentirse muy cómodo, sentado en el sillón de piel junto al fuego, tomando sorbos de su bebida. Sin embargo, a pesar de la apariencia calmada, creyó notar en él, algo de intranquilidad.

De nuevo se cruzaron sus miradas y esta vez él le sonrió, levantando el vaso en un saludo silencioso. Catherine le devolvió la sonrisa y el brindis y consciente de que él continuaba mirándola, se sonrojó e intentó concentrarse en la conversación entre su padre y Adéle.

Paul, agitando el líquido ámbar en el vaso, estaba impaciente. ¡Qué bien la veía allí, sentada cerca del fuego, con el resplandor de las llamas jugando en su cabello cobrizo! Las manos que sujetaban la copa en su regazo eran pequeñas y delicadas, las uñas, pintadas con un tenue color rosa. ¡Qué suaves las había sentido en las ocasiones que se las llevó a los labios! Recordó el ligero aroma de su perfume cuando, en ocasiones, había estado cerca de él. Tan fresco, tan atractivo, tan delicioso a los sentidos. Volvió a la realidad, terminando su bebida y levantándose.

—Es hora de cenar —anunció, Paul colocando la mano de Catherine sobre su brazo y dirigiéndose hacia el comedor.

Aunque vivían bajo el mismo techo, rara vez Catherine veía a Paul a solas. Durante el día ella y su padre salían al campo en un automóvil alquilado… Charles se había negado a usar el coche de Paul… y exploraron Francia a su placer. Pasaban juntos las noches,

discutiendo lo que habían visto o pidiéndole a Paul consejo sobre el viaje que planeaban para el día siguiente.

Dos semanas después de su llegada al castillo de Bonheur, Paul y Catherine se encontraron a solas durante un momento. Charles se había acostado poco después de la cena y Adéle fue a ver a su costurera para llevarle nuevos diseños que presentaría en la exhibición de modas de primavera que preparaba.

Paul colocó un disco en el tocadiscos y durante un rato se sentaron en silencio oyendo las notas agradables de "Humoresque" de Dvorak. Era agradable descansar allí en el sillón, escuchando con atención la música, sin embargo, cada nervio estaba consciente de su presencia. La alarmaba el efecto que este hombre tenía sobre ella. Deseaba huir y al mismo tiempo quedarse.

—Está muy tranquila, *chère* —comentó Paul cuando terminó la música—. ¿No le gusta el disco que he seleccionado?

—¡Oh, no! Lo he disfrutado mucho. ¿Le gusta la música clásica?

Él se encogió de hombros y encendió el inevitable cigarrillo, estirando las largas piernas hacia el fuego que ardía en la chimenea.

—Depende por completo de mi estado mental. Tengo que confesarle, que no me interesa mucho esta cosa moderna que llaman música.

—No lo culpo, algunas de ellas son horribles.

¿Soy yo la que habla? La joven a quien le gustaban todas las últimas canciones modernas y nunca se perdía una fiesta, que pensaba que mientras más loca era la fiesta, resultaría mejor.

—Está frunciendo el ceño, *ma chère* —la voz de Paul era suave —. ¿Piensa quizá en algo desagradable?

—No —Catherine vacilo. Sería imposible explicarle a Paul el cambio que él había provocado en ella.

—¿Ya han visto todo lo que querían ver de mi país durante las dos semanas últimas? —dejó caer la ceniza del cigarrillo en el cenicero.

—He visto mucho y siento que no podré ver el sur de Francia.

—¿Por qué no? ¿Está pensando regresar ya a su país?

—Así es, Paul, lo haremos en los próximos días, así que el sur de Francia no podremos explorarlo —sonrió, tratando de esconder su tristeza.

—Quizá aún pueda ver la Costa Azul, *ma chère*. ¿Quién sabe?

—¿Quién sabe? —repitió con tristeza.

Se produjo un momento de silencio, cada uno reflexionaba sobre sus propios pensamientos y fue Paul quien finalmente Habló.

—Tengo que salir a Grasse temprano en la mañana. Hay un paciente que un colega desea que vea —se inclinó hacia adelante y había un tono apremiante en su voz que Catherine nunca le había escuchado—. No estaré fuera más de tres días. Prométeme, que no se irán hasta que regrese. Prométalo *ma très chère*.

De nuevo esa frase, *ma très chère*. ¿Qué quería decir? Quizá Adéle se lo dijera si se lo preguntaba.

—Se lo prometo, Paul. No nos iremos hasta que haya regresado.

Charles aceptó la sugerencia de su hija de posponer su partida hasta que Paul regresara de su visita a Grasse. De nuevo se acercaba el momento de la separación y Catherine sabía que ahora no le sería posible calmar el dolor de su corazón como había hecho antes.

Durante la ausencia de Paul, Catherine lo extrañó muchísimo.

A la segunda noche después de la partida de Paul, Catherine salió a pasear por el jardín. Dentro de unas horas regresaría y se sentía como un niño en la víspera de una fiesta. La brisa helada chocó contra su rostro excitándola. Por primera vez pensó en David Marsden esperando por su regreso en Ciudad del Cabo. Le envió varias tarjetas postales, pero no había podido sentarse a escribirle una carta larga. Decidió que le contaría todo cuando volviera a Sudáfrica.

David la amaba y quería casarse con ella, pero… sus pensamientos regresaron a Paul iba a ser mucho más difícil despedirse por segunda vez y aún más imposible olvidarlo, si tan sólo al escuchar su voz el amor revivió. Este amor, aunque inútil, era para siempre. ¡Para siempre! Suspiró, y escondiendo las lágrimas, regresó a la casa. En el patio se detuvo un instante para contemplar el camino. Si mañana ella pudiera ver su automóvil acercándose pensó impaciente.

Suspirando, dio la vuelta, quedándose inmóvil. Allí frente a ella, estaba parado Paul, sonriente, extendiéndole los brazos. Sin pensarlo, corrió hacia él y hundió el rostro en su hombro, la abrazaba como protegiéndola.

—¡Paul! ¡Paul! ¿Cuándo llegó? ¿Cómo no lo escuché?

—Llegué hace unos minutos —la apartó ligeramente de él y se

rio—. Dejé el coche afuera y vine caminando, por eso no me oyó. ¿Fue una sorpresa agradable, *chère*?

—¡Oh, sí, Paul! No lo esperábamos hasta mañana por la mañana.

—Me las arreglé para salir más temprano y… aquí estoy.

Catherine, turbada, se soltó del abrazo y se maldijo por lo espontáneo de su saludo. ¿Qué pensaría de ella?

—Venga —la asió del brazo—. Vamos hasta mi estudio. Le he traído un pequeño regalo y estoy ansioso por saber si le gusta.

—¡Oh, no, Paul! —exclamó avergonzada, él hizo un gesto acallando sus protestas mientras entraban en la casa. Había estado una sola vez en el estudio de Paul y fue la noche de su llegada.

Volvió a impresionarla lo masculino del mobiliario y las filas de libros que llenaban las paredes. Comprendió que le agradaba la poesía, había libros de Keats y Milton que le llamaron la atención. De su maletín de médico sacó un pequeño paquete, envuelto con cuidado y atado con una cinta.

—Esto es para usted, *chère*.

Durante un momento lo sujetó sin abrirlo, después, sintiendo la creciente agitación de Paul, rompió la envoltura hasta tener en sus mano un pequeño frasco de perfume. Lo abrió y aspiró la fragancia delicada y tentadora. Era sutil y caro.

—Paul, no debió hacerlo, aunque es maravilloso que haya pensado en mí.

—Grasse es famoso por sus perfumes, ¿le gusta?

—¿Si me gusta? ¡Oh, Paul, me encanta! —un destello de tristeza cruzó por su rostro sensible—. Pensaré en usted y recordaré su bondad cada vez que use este regalo, muchas gracias.

—¿Se va pronto? —la miró con fijeza.

—Sí —colocó el frasco sobre el escritorio y caminó hasta la ventana—. Hemos hecho reservaciones para Londres pasado mañana.

Los castaños a ambos lados del camino parecían gigantes oscuros que se movían con la leve brisa. La calma del hogar de Paul y los hermosos jardines era algo que siempre recordaría. Las luces de París parpadeaban en la distancia y Catherine estaba segura que no se podía visitar esta gran ciudad sin sentir una gran nostalgia.

No pudo seguir disfrutando de la vista, las manos de Paul la tomaron por la cintura. Sintió que la excitación recorría sus venas y

le aceleraba los latidos del corazón.

—*Mon coeur* —susurró angustiado—. ¡No permitiré que se vaya!

La joven dio la vuelta entre sus brazos, con los ojos muy abiertos y suplicantes. Un momento después estaba apretada contra el musculoso cuerpo, los labios de Paul descendían sobre los de ella, depositando un beso que la estremeció.

Una y otra vez la besó, susurrando palabras cariñosas en su propio idioma que, aunque no las comprendiera, pudo apreciar el gradó de su pasión. Nunca ni por un instante, ni siquiera en sus fantasías más locas se había imaginado que pudiera sentir este intenso deseo que recorría todo su ser, mientras él la acariciaba de manera posesiva, como si deseara imprimir cada parte de su cuerpo en su memoria.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, aceptando sus caricias; las disfrutó, devolviéndole los besos hasta que se encendió la pasión, y el sentido común y la lógica casi los abandonó.

De repente la soltó y ella chocó contra la pared ante lo inesperado de esta acción.

—Perdóneme, *chère* —se disculpó con voz áspera—. ¡Perdóneme! No tenía derecho a hacer esto. *¡Mon Dieu!* —se pasó una mano por el rostro mientras se apartaba de ella. Catherine vio su expresión adolorida y la severidad en esa boca que había besado con tanta pasión unos segundos antes.

Aturdida por un momento no pudo reaccionar y después corrió hacia él, tomándolo por el brazo y obligándolo a mirarla de frente.

—¡Paul! ¿Qué sucede? ¿Por qué dices que no debiste besarme así?

—Porque no debí hacerlo, *chère* —insistió, con una calma que casi la enfureció.

Desesperada por llegar hasta el fondo de su extraño comportamiento, gritó sin detenerse a escoger con cuidado las palabras.

—Si me pides que crea que vas por ahí besando a las mujeres sólo por divertirte, para lamentarlo después, tendrás que hacer algo mejor.

—Catherine, está molesta. Después de todo, ¿qué es un beso?

—¡Ese no fue un beso cualquiera! Me besaste como… como si te importara y desde luego que te diste cuenta de la forma en que yo…

yo… te devolví los besos y que yo…

—*Chère* —la interrumpió, decidido a terminar este tema—. Usted es joven e impresionable. Si cualquier otro hombre la hubiera besado en la misma forma que lo hice hace un rato hubiera reaccionado igual.

—¡Tonterías! —las lágrimas estaban brillando en sus ojos mientras hizo un esfuerzo por controlarse. Ahora luchaba por su propia existencia—. No seas tan escéptico, Paul, ni tan cauteloso para recibir el amor que te ofrezco. Sí, te amo —repitió al ver cómo se alzaban sus cejas—. Sin duda piensas que soy una desvergonzada, quizá lo sea el tiempo se nos va, enfrentemos la realidad esta vez, Paul.

El verla luchar le encantó. ¿Cómo podía estar seguro de ella? Decidió que necesitaban más tiempo, quizá él los visitaría en Sudáfrica. Allí no tendría que dividir su tiempo entre la clínica y ella.

—No me ama, Catherine, lo que siente por mí es gratitud. Está agradecida por lo que hice por usted. Me di cuenta por su actitud hacia mí después de la operación en Ciudad del Cabo y aunque usted me agrada, de una esposa quiero algo más que gratitud.

Catherine se encogió, adolorida, mientras hablaba, dándose cuenta de que su tarea sería casi imposible. Sin embargo, había una pregunta que tenía que hacerle.

—¿Me amas, Paul?

—*¡Bon Dieu!* —exclamó enfadado—. No tiene derecho a preguntarme eso.

—Creo que sí, mi adorado Paul —insistió tranquilamente, sintiendo los fuertes latidos del corazón—. Si tu respuesta es "no", no volveremos a hablar sobre esto, regresaré a mi país dentro de dos días y nunca más nos veremos.

Paul la contempló un instante. En sus ojos brillaba una luz de sinceridad y… ¿sería amor? ¿Se habría cegado él mismo a lo que todos los demás podían ver? ¿Serían infundados sus temores? Pronto se alejaría de su vida y quizá nunca la viera de nuevo. ¿Podría, se preguntó desesperado, soportar esta separación definitiva?

La expresión de Paul continuaba siendo inexorable y Catherine se apartó de él. Había luchado y perdido.

Al llegar a la puerta se encontró de repente que él le cerraba el paso.

—¿De veras que me amas, *chère*?

—Sí —el corazón le seguía latiendo apresurado.

—¿No se trata de gratitud?

—¡No, no! ¡Mil veces no!

—¡*Adorée*! —Milagrosamente se encontraba de nuevo en sus brazos y sus labios hicieron abrir los de ella ante la pasión de sus besos—. ¡*Je suisfou de toi*! Estoy loco por ti —le tradujo.

—¿Paul? —le preguntó varios minutos más tarde—. ¿Qué significa *ma très chère*?

Él se rió y le dio un ligero beso antes de contestarle.

—Quiere decir "mi muy querida".

—¿Cuándo te diste cuenta de que me amabas? —le hizo la pregunta inevitable.

—Desde el primer momento que te miré a los ojos, me fascinaron.

—No puedo creer que de veras me ames —le dijo suspirando maravillada.

Del bolsillo interior de su chaqueta sacó una bufanda que reconoció al instante como la que él le había pedido conservar de recuerdo.

—¿Llevaría siempre esto conmigo si no te amara?

—¡Oh, Paul! —susurró temblorosa mientras le observaba guardar la bufanda antes de abrazarla de nuevo.

—¿Y tú, *mignonne*? ¿Cuándo lo supiste? —le preguntó deslizando sus labios por las mejillas.

—Creo que lo supe aquella noche que entraste en mi habitación y te encontraste a Ronnie Jansen molestándome —hundió su rostro en el cuello de Paul—. ¿Por qué hemos perdido tanto tiempo, mi amor?

—Ya no lo perderemos más, *mon coeur*. Añora mismo voy a pedirle autorización a tu padre para casarnos tan pronto como sea posible —la miró serio, pasándole los dedos por los rizos cobrizos hasta que la mano descansó en su nuca—. ¿Te importaría mucho no casarte en tu propio país?

—¡Querido Paul! —Exclamó rodeándole la cintura con los brazos—. No me importa dónde nos casemos, siempre y cuando

permanezcamos juntos ahora y para siempre.

Palabras proféticas, quizá dichas sin pensarlo, ya que el futuro siempre es un misterio que se va revelando día a día.

Capítulo 6

Charles Anderson de nuevo pospuso su partida debido a la próxima boda de su hija. A él no le sorprendió, ya hacía tiempo que sospechaba que Paul de Meillon se había ganado el corazón de su hija. Las pocas semanas que había pasado en el Castillo Bonheur le dieron oportunidad de conocer mejor a su futuro yerno y lo que había visto le agradaba mucho. Catherine y Paul se casaron en una ceremonia sencilla días más tarde, ante la presencia de Charles, Adéle; y un colega de Paul, John Dunbury y su esposa Susan. Abandonaron la iglesia y se dirigieron a la casa de Paul, donde los empleados habían preparado una excelente comida como correspondía a tan feliz ocasión. Adéle estaba encantada por poder brindarle a Catherine un vestido de novia de su tienda y estuvo aún más encantada ante la posibilidad de tener una cuñada, que aprobaba de todo corazón.

Muy emocionada, Catherine despidió a su padre en el aeropuerto, más tarde, ese mismo día. Aunque llorosa ante su partida, se sentía sorprendida por el conocimiento maravilloso de que era la esposa de Paul de Meillon y todavía no se acostumbraba a sentir el pesado anillo de oro que brillaba en el dedo de la mano izquierda. Era increíble que sólo hubieran pasado unos pocos días desde que Paul le pidiera que se casara con él. La rapidez con que se preparó todo no les había permitido dudas de último minuto.

Cuando desapareció entre las nubes el avión de Charles Anderson, abandonaron el aeropuerto y se dirigieron hacia el sur para una corta luna de miel en la costa. Al fin estaban casados y ya no habría más separaciones en el futuro, pensó Catherine, admirando su anillo de bodas y maravillándose de la felicidad que la inundaba.

Varios kilómetros después de salir de París, Paul detuvo el coche y se quitó la chaqueta y la corbata. Cuando se deslizó detrás del volante, de nuevo la tomó en los brazos y disfrutaron de un largo beso.

—Al fin estamos solos —suspiró él, contemplando a Catherine—. Estos últimos días han sido agotadores para ambos, *mon coeur*.

Ahora podemos comenzar a relajarnos y disfrutar.

—¡Qué pensamiento tan maravilloso! —susurró feliz, sonriéndole.

—¿No te has arrepentido, *mignonne*?

—No, a menos que resultes un abusador y un tirano —se burlaba con un destello de risa en los ojos.

—¡Te azotaré cada día! Y si no me haces caso, te encadenaré a la pared de las mazmorras del Castillo de Bonheur, ten cuidado.

—¡Me muero del susto! Estaré temerosa el resto de mi vida.

—Mejor lo haces así.

¡Qué agradable era ser un poco tonta! Burlarse y que se burlaran de una, amar y ser amada. Este era un Paul que tenía que conocer aún más y el pensar en esto la emocionó.

—Te amo, Catherine —gimió Paul deslizando los labios por sus mejillas hacia el oído—. Si no te aparto ahora y comienzo a conducir, te haría el amor aquí mismo y se demoraría nuestra llegada a Cannes.

Él se rió al ver que Catherine se sonrojaba y le dio un beso en la punta de la nariz antes de poner en movimiento el coche para continuar el viaje.

La Costa Azul era todo lo que le había dicho Paul y aún más… cálida, llena de color, cerno una fotografía salida de un folleto de viajes. La villa de Paul estaba situada sobre una loma en una estrecha, franja de playa, donde se bañaban diariamente en el mar azul y se secaban en la arena dorada.

—No se puede venir a Cannes sin visitar alguno de los casinos —le comentó Paul una noche y así Catherine pudo contemplar los lugares donde se jugaban grandes sumas de dinero cada día. Paul se quedó parado a su lado mientras probaba su suerte en la mesa de la ruleta, viendo cómo tenía suerte y doblaba el dinero.

—Suerte de principiante —reía excitada, y uno de los empleados del casino le insistía para que continuara.

—Con toda seguridad tendrá suerte de nuevo —insistió un hombre moreno tomándola por el brazo—. Una dama tan hermosa como usted no puede perder —Paul lo interrumpió.

—Creo que mi esposa ya ha tenido suficiente, *monsieur* —agregó con fría cortesía, pasándole un brazo por los hombros.

Catherine lo miró agradecida y el hombre se alejó con un ligero

encogimiento de hombros.

—¿No crees que ya hemos visto suficiente por una noche, *mon amour*? —le preguntó Paul, sonriente—. Ya has demostrado tu destreza en la ruleta y también que tienes un encanto fatal para el sexo opuesto.

—No seas tonto, Paul, no fui yo quien lo encantó sino el dinero que había ganado.

—No discutiremos sobre eso, *ma petite* —Paul se burló de ella y le colocó la estola sobre los hombros—. Creo que es hora de que me lleve a mi esposa a la casa antes que me la roben delante de mi nariz.

—Paul de Meillon, eres un tonto y un encanto.

—Cuando lleguemos a la villa —la ayudaba a subir al coche—, me repetirás esas palabras. Además, asegúrate de que haya una mirada de amor en los ojos, no me gusta que me digan que soy un tonto y un encanto al mismo tiempo.

—¿Piensas azotarme, querido esposo? —le preguntó, en el mismo tono burlón.

—Eso depende de ti, mi amor —la amenazó sonriente.

Cuando llegaron a la villa ella le repitió su afirmación, y él, riendo la tomó en sus brazos y subió con ella por la escalera, llevándola hasta el dormitorio, donde la risa se convirtió en susurros de pasión.

Permanecieron en la Costa Azul lo suficiente como para asistir al carnaval de Niza que, como le explicó Paul se lleva a cabo todos los años en el mes de febrero. Aunque él le había explicado algo sobre esta costumbre, Catherine no había esperado que se tratara de algo tan elaborado. Había hermosas exhibiciones florales y fuegos artificiales que la dejaron sin aliento. La música, el desfile de carros alegóricos con sus figuras grotescas hechas en papier-má-ché la cautivaron.

Paul, quien ya había visto todo esto, divertido se dedicó a observar las reacciones de su esposa y a burlarse de su entusiasmo infantil.

—Pareces un niño en su primer día de campo dominical.

—Lo siento, Paul, si todo esto te aburre, para mí ha sido encantador y excitante. La animación de la multitud aumentaba y Catherine vio que la apartaban de Paul.

—Ven —él la tomó con fuerza de la mano—, mejor te sujetas de mí, *chère* o nos separarán. En esta multitud será casi imposible encontrarnos de nuevo.

Se abrieron paso hacia un pequeño café y bajo la sombra de un entoldado, Paul pidió unas bebidas frescas, que tomaron observando cómodos él desfile.

—¿Te has divertido, *mon coeur*? —le preguntó Paul, más serio—. ¿No estás arrepentida de haberte casado conmigo y dejar que tu padre regresara solo a su país?

Catherine le tomó las manos a través de la mesa y la risa en sus ojos desapareció para mostrar una expresión de sinceridad.

—No lo he lamentado ni un solo momento, mi amor. Te amo, Paul, más de lo que creí posible.

Ningún hombre podría soportar una declaración tan ardiente y Paul no era más que un humano. Con su mano libre atrajo hacia él su cabeza y besó con pasión los labios rosados.

—Termina de beber, mi amor, aún hay mucho que quiero enseñarte. Es un día perfecto y regresáremos despacio a la villa para que puedas observar la costa mediterránea en su mejor momento.

Disfrutaron del viaje como lo había dicho Paul. Se detuvieron varías veces para permitirle admirar la belleza del escenario que la rodeaba. A su izquierda se encontraba el mar, que brillaba con intensidad bajo la luz del sol. A su derecha, el profundo verde aterciopelado del follaje; eran eucaliptos y naranjos. Las mimosas floridas en las laderas de las lomas parecían el ramo de una novia y frente a ella, las rocas rojas de la costa de Esterel contra el cielo sin nubes?

—¡Oh, Paul, esto es hermoso! —se volvió hacia él—. ¿Volveremos algún día?

—Siempre tenemos la villa disponible y mis empleados están listos para mis arribos inesperados. Te parece que mi país es muy hermoso Catherine —le comentó Paul esa noche, cuando estaban sentados en el patio, observando cómo la luna convertía en plata el mar—. No te olvides de que para mí, tu país también es muy hermoso.

—Hay una belleza de mundo antiguo en Europa qué me fascina —jugaba con la mimosa que Paul había cortado para ella al regreso de la villa—. Es diferente de la belleza tosca de mi país y no puede

compararse. Uno se acostumbra a lo que ve y quizá se extrañe un poco cuando otros muestran entusiasmo hacia algo que forma parte de la vida diaria de uno. Es cuando se ve a través de los ojos de un extraño que uno observa las montañas majestuosas, los verdes valles, con sus viñedos y sus viejas residencias. Las llanuras de mi país tienen su propia belleza.

Había una mirada ensoñadora en sus ojos mientras hablaba y Paul sintió un ligero remordimiento por haberla arrancado del país que amaba, trasplantándola al medio ambiente desconocido de Francia.

—Nunca me opondré si deseas visitar a tu padre. Dímelo cuando lo ansíes y te prepararé todo para el viaje.

De repente lo miró y le sonrió con ternura.

—Mi lugar está contigo, Paul y no tengo intención alguna de estar viajando entre Francia y África del Sur por capricho.

—¡*Adorée*! —Exclamó, haciéndola levantarse de la silla y tomándola en sus brazos—. No me merezco un amor como el tuyo.

Catherine le ofreció sus labios para recibir los de él, encantada por el sentimiento lánguido que la recorría cada vez que Paul la sostenía de esta forma. Sus manos la acariciaron, encendiéndole una pasión que la asustaba.

—Paul —gimió con suavidad, apretándose contra él—.Te amo mucho.

Él la levantó para llevarla a la oscuridad íntima de la villa, sus pasos silenciosos sobre el piso alfombrado.

En el patio, ahora desierto, yacía olvidada una mimosa. En la mañana la sirvienta la barrería, de la misma forma que habían pasado con rapidez estas dos semanas, para convertirse en un recuerdo de los días felices y libres de preocupaciones que habían disfrutado juntos.

—Estás muy silenciosa, Catherine —le comentó al siguiente día mientras viajaban por las lomas cerca de Grasse. Se sentía en el aire el perfume de los lirios, los claveles y las mimosas—. ¿No te alegra regresar a París conmigo?

Se había dado cuenta de su silencio, casi triste, tan pronto como abandonaron Cannes y esto lo preocupó. Sensible a cualquier cambio que se experimentara en ella y preso en la red de sus propios temores, permaneció silencioso también, hasta que la

intranquilidad le obligó hablar.

—No me has contestado —insistió mientras ella se volvía para quedar frente a él, con una sonrisa vacilante en sus labios.

—No puedo apartar de mi mente el pensamiento ridículo de que nuestra felicidad es como una delicada burbuja de jabón que pudiera explotar en cualquier momento —le contestó, frunciendo el ceño.

Paul detuvo el coche en una loma desde donde podían contemplar el valle. Él también estaba serio al mirarla.

—¿Estás lamentando nuestro matrimonio?

Catherine se estremeció. Durante las dos semanas de casados, Paul le había hecho esta pregunta constantemente. ¿Dudaría de los sentimientos de ella hacia él, nublando sus momentos más felices?

Se podía leer con claridad en sus ojos expresivos, el temor que había en su corazón cuando le tomó el rostro en sus manos y lo miró con fijeza a los ojos.

—Paul, mi amor, te amo. Suceda lo que suceda, nunca lo dudes.

Él sintió el apremio en su voz y en sus manos. ¡Qué tonto era en poner en duda su amor, su sinceridad! ¿No le había probado ella en estas dos semanas llenas de dicha en la costa, que era suya y sólo suya.

Durante los siguientes minutos se olvidaron de los hermosos paisajes a su alrededor y abrazados, se juraron de nuevo su amor.

Adéle los recibió con efusión y hasta Greta, el ama de llaves de Paul, abandonó la cocina para decirles lo contenta que se sentía de que *Monsieur le docteur* y *Madame* hubieran regresado al fin.

El Castillo Bonheur había sufrido un pequeño cambio en su ausencia. De acuerdo con las instrucciones de Paul, el dormitorio principal, que no se había ocupado durante tantos años, fue abierto de nuevo y redecorado elegantemente en un delicado tono rosa.

Paul le explicó que la cama con las cuatro columnas espléndidamente talladas, con su dosel de encaje blanco pertenecía a la familia de Meillon desde varias generaciones. Catherine admiró el magnífico trabajo de los artesanos y satisfecha inspeccionó sus nuevos dominios. Junto al dormitorio principal había una habitación más pequeña que podía usarse como vestidor. En la habitación había además un sofá, una cómoda con cajones, un espejo, para verse de cuerpo entero y un cómodo sillón.

—¿Estás satisfecha, *mon coeur*? —le preguntó más tarde Paul, sonriente.

Catherine abrió los brazos maravillada.

—¿Mandaste hacer todo esto para mí?

—Por supuesto que sí.

—¡Paul! —gritó, rodeándole el cuello con los brazos y besándolo —. Es muy hermoso y te amo por hacerlo.

Adéle estaba parada a un lado, observando esta muestra de afecto con expresión melancólica en su joven rostro, su hermano y su esposa estaban demasiado ocupados en ellos mismos para observarla.

Para no sentirse sola, Catherine pasó la mayor parte de los días trabajando en el jardín, o en la casa, supervisando la preparación de la cena, aunque esto último no era necesario, Greta era demasiado hábil, así como el resto de los empleados.

Llegó una carta de su padre. El viaje de regreso a Sudáfrica había sido muy agradable y la extrañaba. Su único consuelo era que sabía que se encontraba en las manos de Paul y estaba seguro de que la cuidaría bien. Venía una nota de Sarah en la que le deseaba a ambos que fueran muy felices y confiaba en que recibieran la bendición de tener muchos niños. Catherine se rió feliz ante esto.

"Los hijos eran necesarios para consolidar la unión y brindar la mayor felicidad", según pensaba Sarah.

También recibió una carta de David Marsden, dirigida a los dos.

"Mis queridos amigos, no me sorprendió saber de vuestra boda. Siempre supe que tu corazón le pertenecía a Paul, Cathy, pero tontamente confiaba en que lo olvidarías. Quizá nunca debí dejarte partir en ese viaje, el día que nos separamos comprendí que te había perdido.

Paul, amigo mío, el mejor ganó. Les deseo la mayor felicidad. Cuida a Cathy, la quiero mucho, de lo contrario tendrás que vértelas con David Marsden".

Paul se rió al leerlo, David era mucho más bajo que Paul y de constitución delgada.

"Confío que nos veamos en el futuro —terminaba diciendo David —, en una de mis raras visitas a Europa o en una de la que hagan ustedes a África del Sur. Recuerdos, David".

Paul dejó caer la carta en el regazo de Catherine y le pasó un

brazo por los hombros, sentados junto al fuego, antes de acostarse.

—Visitaremos con frecuencia tu país, *mon coer*, no quiero separarte de tu padre y aún tengo mucho que conocer de allá.

Catherine le sonrió feliz y descansó la cabeza en su hombro.

—Ya es hora de que mis colegas conozcan a mi encantadora esposa —comentó Paul—. Invitaré a varios a cenar la noche del viernes, si crees que ya te has acomodado lo suficiente para ello.

—Por supuesto que sí —le dijo para tranquilizarlo, a pesar del sentimiento de ansiedad que se había apoderado de la boca de su estómago—. ¿A cuántos piensas invitar?

—Creo que invitaré a los Dunbury, que ya conociste en la boda y a los Chilton. Ambas parejas son inglesas así que no hablaremos francés, que te hace más difícil comprender la conversación —por un instante Paul se quedó pensativo—. Quizá también invite a Félix le Clergé, es nuestro patólogo y así seremos todos parejas.

Catherine tragó con esfuerzo y le aseguró de nuevo que todo estaría bien. Si ella fallara, Greta, que era una excelente cocinera, podría resolverlo.

La noche de la cena llegó demasiado rápido. Catherine estaba nerviosa. Sería la primera vez que haría de anfitriona para los colegas y amigos de Paul y todo tenía que salir perfecto. Adéle, para quien no tenía importancia el éxito de esta reunión, se reía del nerviosismo de Catherine y la ayudó en todo lo que pudo.

Greta trabajaba aquí desde que Adéle era una niña. Paul confiaba en ella, nunca le había fallado.

—Madame no necesita preocuparse —le había dicho a Catherine —esa mañana—. Todo se hará de acuerdo con los deseos de usted.

—Lo siento, Greta —se disculpó Catherine—. Nunca he dudado de su habilidad.

—Lo comprendo —le dijo sonriente—, la señora está nerviosa. Satisfecha, Catherine dejó a Greta para que siguiera con sus preparativos.

Paul no había estado de acuerdo con la idea de una cena tipo "buffet", por lo que se preparó el comedor principal con su larga mesa impresionante.

—¿Estás segura de que no he olvidado nada, Adéle? —le preguntó Catherine, nerviosa, recorriendo la mesa con los ojos, mantel de damasco y cubiertos de plata brillante.

—¡Por supuesto que no! ¡Todo resultará perfecto!

—¿Y la cena?

—*Chère*, ya le diste instrucciones a Greta, ¿no es así?

—Sí, lo hice, pero…

—Entonces deja de preocuparte por todo —insistió Adéle, pasándole un brazo por los hombros y dándole un abrazo tranquilizador—. Vamos, pronto regresará Paul y aún no hemos comenzado a vestirnos —miró a Catherine con curiosidad mientras subía por la escalera—. ¿Qué te pondrás, Cathy?

—He pensado en él vestido azul —mostraba inseguridad en la voz—. Es suave, tiene el largo justo y no es muy elaborado.

—*Oui*, tienes razón. Acentúa tu esbeltez y te da un aspecto casi… etéreo.

—¡Cielos! No creo que me guste mucho la idea de parecer etérea.

—Angelical, entonces —añadió Adéle sonriente—. Te verás angelical y le encantarás a todos.

—¡Eso no le gustará mucho a Paul! —reía mientras se separaban.

Paul llegó un poco más tarde, Catherine aún se estaba arreglando el cabello. Se quedó parado observándola, con la mano aún descansando sobre el pomo de la puerta. Cuando se encontraron sus ojos, ella sintió que se le aceleraban los latidos del pulso al ver que recorrían su figura escasamente cubierta.

Aún no se había acostumbrado a su mirada ardiente. La felicidad que habían compartido seguía siendo demasiado nueva para ella, increíble para comprenderla. Hasta los momentos de mayor felicidad, resultaban nublados por un intenso temor de que en cualquier momento pudiera perderlo para siempre.

Paul se había reído de ella cuando una noche le comentaba sus temores, descansando en sus brazos, con la cabeza recostada sobre su hombro. Aunque trataba de apartar estas dudas, regresaban a su mente. Ahora, que él se le acercaba sintió de nuevo el doloroso temor. ¿Siempre sentirían así ambos? ¿Sería su amor lo suficientemente fuerte para convencerlo de que no se había equivocado al casarse con ella?

Él la tomó en sus brazos y Catherine apartó de su mente todos los demás pensamientos, rindiéndose a su cálido abrazo y a la

pasión que le despertaban sus besos.

—Nuestros invitados llegarán pronto, susurró cuando al fin pudo separar sus labios de los de él.

—Sí, nuestros invitados —suspiró él, soltándola.

—¿No estás nerviosa? —le preguntó más tarde cuando, ya después de bañarse y rasurarse, se anudaba la corbata y ella revisaba su maquillaje en el espejo.

—Un poco, siempre lo estoy ante extraños.

—No hay necesidad de que te sientas así. Los Dumbury son personas normales y ya los conoces, también los Chilton. Félix de Clérge es un poco… bueno, hablaremos de eso más tarde.

—Ahora has despertado mi curiosidad —hizo un puchero divertido; Paul permaneció callado, le levantó la barbilla, dándole un beso en los labios.

—Ya es hora de que bajemos para esperarlos —le sonrió provocativo, abriendo la puerta y apartándose para dejarla pasar.

El conocer a los colegas de Paul no resultó una experiencia tan penosa como había imaginado Catherine y después de beber un jerez ligero, se sirvió la cena.

Según avanzaba la comida, Catherine se sentía más a gusto. Se había preocupado sin necesidad, ahora se daba cuenta, al observar el agrado con que recibían cada plato. Al igual que en su boda, encontró al doctor John Dunbury agradable, así como a su esposa. Por el contrario, los Chilton eran habladores y lo preguntaban todo. Eileen Chilton, sentada a la derecha de Catherine, charlaba constantemente, haciéndolos reír a todos con sus comentarios agudos. A pesar de su comportamiento, algo en la mente de Catherine le previno de que debería tener cuidado con lo relacionado a Eileen Chilton.

Adéle, sentada frente a Félix de Clergé, parecía tener dificultad para concentrarse en su comida. Ambos se miraban con cierta reserva.

Si había alguna relación entre ellos dos, pensó Catherine, Paul sentado a la cabecera de la mesa no tenía la menor idea. Si fuera así, Adéle hubiera demostrado algo al descubrir que Félix se encontraría entre los invitados. ¿O estaría ella tan encerrada en su propia felicidad que no se había dado cuenta?

En ese instante Eileen Chilton le habló y por un momento se

olvidó de Adéle y Félix y su extraño comportamiento.

—Debe sentirse sola en esta casa tan grande, mientras Paul está en la clínica —le comentó Eileen—. ¿Ha hecho muchos amigos?

Catherine observó que Paul escuchaba qué le decía John Dunbury y al mismo tiempo estaba atento al giro que tomaba su conversación con la señora Chilton.

—No me siento sola —contestó Catherine llevándose a la boca la servilleta—. Pasó gran parte del tiempo en el jardín y leo mucho.

—¿Sale a menudo?

—A veces voy a la ciudad, cuando necesito algo.

Eileen Chilton hizo un gesto elegante con su mano llena de joyas.

—Tiene que venir a nuestra casa algún día.

—Muchas gracias —le contestó Catherine, pensando que era una invitación que aceptaría.

—He sabido que usted es de Sudáfrica —por primera vez Susan Dunbury participó en la conversación.

—Sí, así es.

—Mi hermano trabaja como ingeniero civil en Johannesburgo —continuó Susan—. No creo que…

—Catherine es de Ciudad del Cabo —le interrumpió con suavidad su esposo—. No creo que conozca muchas personas de Johannesburgo.

—¿Ciudad del Cabo? —preguntó Eileen sorprendida—. ¿Se conocieron ustedes en Ciudad del Cabo?

Catherine le lanzó una mirada rápida a Paul y observó la rigidez alrededor de su boca, demasiado conocida para ella. Comprendió que estaba molesto con el giro que tomaba la conversación.

—Sí, nos conocimos en Ciudad del Cabo —se estremeció, temerosa.

—No sabía que hubieras dado conferencia allá Paul —insistió Eileen, mirándolo.

—Tienes razón —contestó el doctor, con una sonrisa forzada—. No di conferencias en Ciudad del Cabo. Fui hasta allá para visitar a un viejo amigo, quien me presentó a Catherine —dejó caerla servilleta sobre la mesa y se levantó—. ¿Regresamos a la sala a tomar el café allá?

Todos estuvieron de acuerdo con esta sugerencia y al instante la

conversación se desvió a otros temas.

¿Por qué se había mostrado tan agitado Paul? Se preguntó Catherine mientras servía el café, poco después. ¿Por qué se negaba a mencionar que había sido su paciente ¿Aún no estaba lo suficientemente convencido de lo profundo de sus sentimientos como para poder discutir ese tema con los demás?

Susan, sentada junto a Catherine en el sofá, susurró una disculpa.

—Siempre parece que digo las cosas equivocadas en el momento equivocado —continuó con tristeza.

Catherine le sonrió tranquilizándola. Sería mucho mejor tener por amiga a esta mujer, de carácter afable, que a Eileen Chilton, quien en ese momento se reía de su propia broma.

—No ha dicho nada por lo que deba disculparse —le aseguró Catherine a Susan Dumbury—. No existe secreto en la forma que Paul y yo nos conocimos. Quizá se lo cuente algún día y entonces usted podrá hacer su propio juicio.

Satisfecha, Susan se relajó, bebía su café en silencio.

El resto de la noche resultó agradable para Catherine. En un momento Félix se acercó a ella y le ofreció traerle otra copa y cuando se negó, permaneció a su lado, preguntándole si la vida en Francia era muy diferente a la de su país.

—De ninguna manera —se apresuró a decirle.

—París adquiere vida en la noche para los turistas.

—Quizá, pero en mi país el turista no necesita esperar a la noche para disfrutar de los placeres que le ofrece.

—¿Es usted una sudafricana convencida? —le dirigió una sonrisa malévola.

—Es el país donde nací, *monsieur* le Clergé. ¿No le parece que es natural?

—Mi comentario no quiso ser un insulto, *madame*. Discúlpeme —inclinó ligeramente la cabeza.

—No es necesario que se disculpe *monsieur*. Me encantaría contarle más sobre mi país algún día.

Había cierto encanto alrededor de Félix le Clergé que le agradó. Estaba segura de que la mayoría de las mujeres lo encontrarían atractivo, en particular cuando hablaba inglés con ese fuerte acento francés. Él le hizo preguntas sobre ella, que le contestó con gusto

hasta que varias cabezas se volvieron hacia ellos. Félix, malhumorado, regresó a su asiento, y Catherine se preguntaba por qué se habían interesado todos al ver que Félix pasara varios minutos conversando con ella.

Catherine se volvió hacia Susan Dunbury y se propuso olvidar las muchas preguntas que le bullían en la mente.

Los primeros que se fueron esa noche fueron los Dunbury, después los Chilton y por último Félix le Clergé. Adéle ayudó a recoger los vasos y los ceniceros sucios, antes de retirarse a su habitación. Cuando al fin Catherine regresó a la sala se encontró allí a Paul fumando un último cigarrillo antes de acostarse.

Lo veía pensativo, contemplando los restos del fuego. De nuevo volvieron a la mente de Catherine los acontecimientos de la noche. Aunque deseaba hacerle las preguntas que la preocupaban, se dio cuenta que éste no era ni el momento ni el lugar. Entonces le preguntó:

—¿Viene con frecuencia Félix de Clergé?

—Algunas veces, cuando es necesario discutir ciertas pruebas de laboratorio.

—Parece muy agradable.

—¿Si te gusta este tipo especial de encanto —respondió irónico, lanzando, el cigarrillo al fuego antes de mirarla. De nuevo observó esa dureza peculiar en su rostro.

—No sabría mucho sobre eso —le sonrió con un brillo malicioso en los ojos—. Sólo sé que cierto caballero con el nombre de Paul de Meillon tiene todo el encanto que yo necesito.

Paul le pasó un brazo alrededor de la cintura y la mantuvo cerca de él, con la otra mano le levantó el rostro. Había una inquietud en sus modales que no pasó desapercibida.

—¿Me amas, Catherine? —la necesidad de confirmación lo estaba obsesionando. La incertidumbre que mostraba, la hizo estremecer.

—¿Por qué tienes tantas dudas de mí?

Paul la soltó de repente. Después de varias semanas de permanecer dormidas, habían reaparecido sus dudas.

—¿Quieres decirme que no encontraste atractivo a Félix?

—Por supuesto que es atractivo —confeso con sinceridad—. Una mujer tendría que ser ciega para no darse cuenta. Es encantador,

atento… y en extremo francés. Estoy segura de que las mujeres lo encuentran irresistible, aunque yo no pudiera decir que un hombre así me atraiga en particular.

—Es un hombre muy conocido por sus aventuras. Un galán… un donjuán —Paul encendió otro cigarrillo y comenzó á caminar de un lado a otro—. Han habido tantas mujeres en su vida que ya he perdido la cuenta. No puede dejar en paz a una mujer atractiva y al parecer ellas no se le resisten —aspiró con fuerza el cigarrillo—. Eres una mujer atractiva, Catherine, muy atractiva. ¿De qué te hablaba esta noche, cuando parecía tan interesado?

¿Era una muestra de celos? ¿O tal vez curiosidad?

—No hablamos sobre nada en particular. Me preguntó si me gustaba París y si extrañaba el clima cálido de Sudáfrica; si por casualidad yo era una enfermera y cuando le dije que tenía un título en Literatura pareció muy interesado. Era evidente que quería preguntarme algo más sobre esto, y al darse cuenta de cómo todos nos contemplaban… se disculpo y regresó a su asiento.

Se había enfadado y por algún motivo sintió el deseo de proteger a Félix le Clergé… una acción que lamentaría más tarde.

—Félix fue amable y amistoso, en ningún momento tuve la impresión de que tratara de galantearme. AI contrario, me parecía un poco retraído.

—¿Félix? ¿Retraído? ¡*Nom de dieu!* ¡Debes estar loca! —exclamó Paul lanzando al fuego el cigarrillo a medio consumir—. Félix nunca ha sido retraído en lo que se refiere a mujeres, quizá está utilizando una táctica distinta, que al parecer ha dado resultados contigo. ¡Buenas noches!

Con este último comentario, Paul abandonó la habitación, dejando a Catherine preguntándose por qué motivo habría invitado a Félix le Clergé cuando era tan evidente que le desagradaba.

Acababan de tener su primera disputa, comprendió Catherine con tristeza, dejándose caer en un sillón, contemplando las cenizas en la chimenea. Era la primera y desde luego que no sería la última, comprendió con tristeza.

Capítulo 7

Cuando Catherine se despertó a la mañana siguiente, Paul ya había salido. Sus ojos buscaron la acostumbrada nota que dejaba en la mesita al lado de la cama y al no encontrarla se levantó, se bañó y vistió haciendo un esfuerzo para alejar la depresión que la embargaba. No tenía idea a qué hora se había acostado Paul la noche anterior. Permaneció despierta, le parecieron horas, esperándolo, hasta que ya no pudo luchar más contra el cansancio. Si hubiera podido hablar con él esta mañana, pensó, la noche anterior había estado muy nerviosa y tensa, quizá habría dicho demasiado.

Adéle estaba desayunando cuando Catherine entró.

—Paul se fue ya hace rato —le comunicó a Catherine antes de morder un panecillo con mantequilla—. Yo también me tendré que apresurar, si no, llegaré tarde.

Catherine tomó una rebanada de pan tostado. Aún no se había acostumbrado a los panecillos que le gustaban tanto a Paul y a Adéle.

—¿Conoces bien a Félix le Clergé? —preguntó a Adéle cuando se servía una taza de café negro.

La expresión en el rostro de la muchacha fue de reserva.

—No muy bien… ¿Por qué?

—Por nada —le replicó Catherine sin darle mayor importancia. Se produjo un silencio incómodo entre ellas y permaneció así hasta que Adéle bebió a toda prisa el resto del café y se disculpó apresurada.

Catherine se dio cuenta de que la premura de Adéle no se debía a lo tarde que era, y ya no tuvo la menor duda de, que ésta conocía a Félix le Clergé mucho mejor de lo que aparentaba y por alguna razón que no comprendía estaba decidida a mantenerse en silencio.

Pensó que de seguro Paul estaría en contra de una amistad entre su hermana y este nombre, a quien había denominado un donjuán, sintiéndose apesadumbrada por la cuñada, a quien le había tomado gran afecto. Esta debía ser una situación insostenible tanto para Adéle como para Félix. ¿Era de veras un donjuán como decía Paul?

Si era así, ¿qué podría obtener Adéle de una relación como esa, más que penas?

Susan Dunbury la llamó por teléfono esa misma mañana.

—Voy a la ciudad esta tarde y me preguntaba si me quisiera acompañar. Le puedo mostrar algunos lugares donde obtener artículos a más bajo precio, ya que usted no conoce París muy bien.

Catherine aceptó con gusto la oferta. Era algo en qué entretenerse y, además, sería un descanso temporal para sus problemas.

—Pasaré por usted alrededor de las dos —dijo Susan al terminar la conversación.

Catherine pasó el resto de la mañana escribiendo cartas, una de las cuales era para su padre. Tuvo mucho cuidado de no mencionar nada relacionado con la pequeña discusión que habían tenido ella y Paul y trató de que la carta fuera lo más agradable posible.

Ese día Paul no regresó a comer, tampoco Catherine lo esperaba. Por lo general comía algo en la clínica y cuando estaba operando ni siquiera lo hacía. Esto preocupaba a Catherine al principio, Paul no le había prestado atención a su insistencia de que comiera algo al medio día. Él le dijo que por lo general tomaba una taza de café y algunos bocadillos entre operaciones; con esa afirmación dio por terminado el tema.

A pesar de conocer esto, Catherine había esperado que por esta vez Paul hiciera una excepción y viniera a comer a la casa, aunque fuera para liberarla de la inquietud que le producía un distanciamiento entre ellos. Deseaba suavizar lo áspero de su ligero desacuerdo.

Según se lo había prometido, Susan Dunbury llegó poco después de las dos y Catherine dejó a un lado sus problemas al salir de compras con ella. Susan la llevó a lugares que nunca hubiera encontrado y aunque no pensaba comprar nada, cuando regresó a la casa traía un vestido de seda que no sólo realzaba los hermosos contornos de su joven figura, sino que también le había hecho estragos apreciables al saldo de su cuenta de banco.

—¡Cómo desearía poder usar algo así! —Comentó Susan con un suspiro mientras Catherine se probaba el traje de noche para contemplarse en el espejo—. Estoy tan delgada que sería un desperdicio colgar una cosa tan hermosa como ésa sobre mis

huesos.

Catherine observó en el espejo la mirada de envidia de Susan y de nuevo contempló su espléndida figura. A pesar de los comentarios desdeñosos de Susan sobre ella misma, Catherine estaba segura de que su esbeltez le permitiría lucir bien vestida con cualquier ropa.

Pasándose las manos por las caderas y sintiendo la suavidad de la seda, Catherine vacilaba sobre si debería o no comprar un vestido tan lujoso.

—Vamos, Catherine, no te preocupes y llévatelo —la apremió Susan.

La vendedora hacía gestos afirmativos con la cabeza y dijo algo en francés con lo que al parecer Susan estuvo de acuerdo.

—*Madame* —se volvió ante la mirada interrogadora de Catherine—, estaba diciéndole a *madame* Dunbury que debe llevarse el vestido. ¡Está hecho para usted!

¡Eso la decidió! Catherine regresó a la casa con el costoso modelo, pensando cuál sería la reacción de Paul al verla por primera vez con ese magnífico vestido.

Eran más de las cinco cuando Susan la dejó en la casa. El timbre del teléfono se oía en el vestíbulo y dejando el paquete sobre una silla corrió a levantar el auricular. Era Paul.

—¿En dónde has estado? —El tono de su voz era acusador—. Llevo una hora llamando.

—Fui de tiendas con Susan Dunbury esta tarde y acabo de llegar —le explicó, cautelosa.

En la clínica Paul se preguntaba si sería cierta esta afirmación. Había pasado una noche muy intranquilo y un día aún peor y cuando la sirvienta le dijo que Catherine no estaba en casa, cruzaron por su mente varias situaciones poco agradables en las que pudiera estar mezclada Catherine. Sabía que Félix le Clergé estaba en su laboratorio y allí permaneció toda la tarde. Pudieran haber otros, se dijo, quienes estarían encantados de cortejarla. *¡Dieu!* Se endureció su mentón y la presión sobre el auricular aumentó de manera considerable. ¿Se estaría volviendo loco para permitir que sus dudas se sobrepusieran al sentido común?

—¿Paul? —le preguntó Catherine, vacilante, al ver que se prolongaba el silencio. Algo estaba mal, podía sentir las vibraciones

a pesar de la distancia entre ambos.

—Llegaré tarde esta noche —al fin escuchó su voz—. Tengo que entrar en el salón de operaciones dentro de pocos minutos, no esperes por mí.

—Te guardaré caliente la comida.

—*Merci.*

—¿Paul? —De nuevo Catherine vacilaba, pero tenía que convencerse de que no había ningún problema entre ellos—. ¿Estás enfadado conmigo por algo?

—No es el momento para discutir esos asuntos —respondió con brusquedad antes de colgar.

Se quedó parada con el auricular en la mano y frunció el ceño. No había tiempo para preocuparse por el comportamiento poco usual de Paul; al rato llegó Adéle y su entusiasmo juvenil en relación con las actividades en su tienda, borraron las preocupaciones de Catherine.

Después de la cena Cathy recorrió intranquila la casa. Tenía muchas cosas que hacer, pero con la preocupación que la dominaba no podía concentrarse en nada. Adéle estaba en su habitación en la planta alta, revisando varios dibujos para la selección de primavera, cuando Catherine escuchó un automóvil que se acercaba a la casa.

Curiosa por conocer quién las visitaría tan temprano en la noche, Catherine se dirigía hacia la puerta cuando oyó el timbre.

—¡*Monsieur* le Clergé! —Exclamó, sorprendida al encontrarse con Félix, alto, moreno y vestido con ropa impecable, parado en la escalera frente a la puerta—. Pase.

—*Merci, madame,* espero no molestarla.

—De ninguna manera —Catherine le sonrió, apartándose para dejarlo pasar y preguntándose a qué se debería esta visita inesperada.

La mirada de Félix fue más allá de ella y el brillo en sus ojos era evidente.

—*Bon soir,* Adéle.

Catherine se volvió para observar a la joven, parada al pie de la escalera, sujetándose con fuerza del pasamanos. Preocupada, su mirada iba de Félix a Catherine y regresaba de nuevo a él.

—Hola, ¿qué haces aquí? —su tono era poco amable.

—Sabía que Paul se demoraría en la clínica, así que vine a ver a

madame de Meillon. Confío en que pueda ayudarme.

—¿Ayudarlo? —Preguntó Catherine—. No comprendo.

—No creo que Félix tenga algo que discutir contigo, Cathy —interrumpió Adéle, acercándose con rapidez y lanzándole al hombre una mirada intencionada—. Posiblemente haya cambiado de idea.

Durante varios segundos se pudo sentir la tensión en el ambiente, mientras las dos voluntades chocaban en una batalla silenciosa. Fue Félix quien al fin habló.

—*Non,* Adéle —insistió con suavidad—. No he cambiado de idea, *chère.*

—Miren, no podemos quedarnos aquí parados en la puerta discutiendo. Pase, Félix… ¿puedo llamarlo así? —Aclaró de inmediato Catherine—. Pasen a la sala para que podamos discutir lo que sea, cómodamente.

Adéle seguía con deseos de discutir.

—Cathy, sería mejor si…

—¡Adéle! —Catherine la hizo callar—. No soy tan tonta. Hay algo, me di cuenta anoche y ahora estoy aún más segura. Deja que Félix me diga de qué se trata y después, si puedo ayudar, lo haré con gusto.

—*Merci madame*. Usted es muy bondadosa —le agradeció y al momento pasaban a la sala y se sentaban.

—Por favor, antes que comencemos…llámeme Catherine.

—*Merci,* Catherine así será mucho más fácil.

—¿Bien? —preguntó al ver que no rompían el silencio.

—En realidad no sé por dónde comenzar —confesó Félix, sacando la cigarrera y encendiendo un puro con dedos inseguros.

—Lo mejor es comenzar por el principio —le sonrió para tranquilizarle.

—*Oui,* el principio —afirmó con la cabeza, lanzando el humo del puro—. ¿Sabe que no tengo una reputación muy buena?

—Mi esposo tuvo buen cuidado de informarme. Sí.

—¡Ah! —sonrió con una expresión amarga que la apesadumbró —. Ya me lo imaginaba. Catherine, no voy a disculparme, pero para que pueda ayudarnos… tengo que decirle todo sobre mí —vaciló, un momento, mirando a Adéle, sentada a la izquierda de su cuñada —. No conozco a mi padre, nunca lo conocí. Dejó a mi madre cuando yo era un bebé y después mi madre tuvo muchos hombres.

Se convirtió en una mala mujer, una… —pareció tener dificultad en encontrar la palabra correcta.

—¿Prostituta? —le ayudó Catherine con calma.

—*Oui* —asintió con la cabeza—. Así es como ganaba el dinero y como pagó mi educación. Me envió a una escuela privada en el sur de Francia y aunque pasaba las vacaciones con mi madre, estaba demasiado ocupada con sus amigos para preocuparse por mí. Cuando tenía tiempo era sólo para insistirme en que debería tomar todo lo que pudiera de la vida y que no debía nunca creer que existía esa tontería llamada… amor. El amor, decía ella, no era más que una firma elegante de nombrar al deseo.

Félix contempló la punta de su puro con el ceño fruncido y en ese momento Catherine sintió lástima por él. Fue un medio ambiente espantoso para que un niño creciera en él y encaminar su vida futura.

—Esto era lo que yo creía —continuó despacio Félix—, nunca contradijo esa afirmación. En realidad continuó insistiéndome en ello. Según fui creciendo comencé a vivir mi vida igual que ella. Han habido muchas mujeres en mi vida, Catherine. Ni siquiera puedo recordar todos sus nombres. Quizá si las veo de nuevo no pudiera ni reconocerlas. Tomé todo lo que pude de la vida y lo disfruté, esto formaba parte de mi propia naturaleza. Las mujeres quedaban satisfechas y yo también, o al menos eso pensaba. Hasta… hasta que conocí a Adéle.

—¡Félix, por favor! —Adéle le interrumpió emocionada—. ¡No vale la pena!

—Adéle, tengo que hablar —insistió él—. Sabes tan bien como yo que no podemos seguir así, no nos llevará a ninguna parte.

Cuando Adéle se tranquilizó, Félix continuó:

—Desde el momento que conocí a Adéle, aquí, en el Castillo de Bonheur en una de mis raras visitas, comprendí que lo que siempre creí no era cierto. Había algo llamado amor. Amo a Adéle y ella, a pesar de mi reputación, me ama. No necesito las demás mujeres y nunca las necesitaré. Sólo deseo tener a Adéle como mía. La respeto y quiero cuidarla. *¡Dieu!* Juro que nunca la avergonzaré o la lastimaré. No quiero una aventura, una amante. Mis intenciones son honorables. ¡La quiero como esposa! —Félix aplastó el puro en el cenicero con un movimiento violento—. Lo único que se interpone

en nuestra felicidad es…

—¿Paul? —sugirió Catherine al ver que Félix vacilaba.

—*Oui* —asintió él—. Adéle prefiere que dejemos que las cosas… sigan su propio curso. Está segura de que Paul con el tiempo se dará cuenta de que ya no soy el gigoló de antes y que no le preocupará tanto que me interese su hermana.

—¿Y usted no cree que esto resulte? —le preguntó Catherine.

—*Non*. Sé que no. Una vez que un hombre adquiere una reputación, le persigue por el resto de su vida. Yo insisto en que debemos hablar con Paul, pero Adéle no quiere. ¿Qué nos aconseja?

—por un instante Catherine pensó en sus propios problemas. Si Félix hablaba con Paul, desde luego aliviaría la presión sobre su situación. Paul no era un hombre duro por naturaleza. ¿No había experimentado su cariño y comprensión después que la había salvado de pasarse el resto de su vida en una silla de ruedas? ¿Qué consejo debería darle a Félix? se preguntó desesperada.

Miró a Adéle, sentada oprimiendo las manos sobre su regazo, con una mirada de preocupación y después a Félix, sentado, esperando impaciente su respuesta. Él también parecía preocupado, no tenía la menor duda sobre la profundidad de sus sentimientos hacía Adéle. Con seguridad Paul no estaría tan cegado por la reputación de este hombre que no pudiera captar la verdad en los ojos de Félix, en su actitud, ella lo veía en este momento con claridad.

—Creo que usted tiene razón, Félix —dijo Catherine, con la firme convicción de que había tomado la decisión correcta—. Debe hablarle a Paul. Él no es un hombre sin compasión y además comprensivo.

—¡No! ¡Paul no comprenderá! ¡Lo sé, lo sé! —Gritó Adéle, levantándose y recorriendo la habitación de un lado a otro, como si ya no pudiera controlarse más—. Él nunca ha ocultado lo que piensa de Félix. En el pasado siempre ha criticado a mis amigos, ninguno de ellos le pareció lo bastante bueno —se enfrentó a ellos, con una súplica en los ojos—. Oh, Cathy, por favor comprende. Paul no es duro, es un hermano maravilloso, pero tiende a ser demasiado protector, muy crítico. Si no ha aprobado los otros jóvenes con los que he salido algunas veces, no creo que pueda aceptar a Félix.

—Paul no se da cuenta, ni siquiera conoce las circunstancias…

—¡No, no, no! —la interrumpió Adéle casi histérica—. ¡Paul no debe saberlo! ¡No aún! —Apretó con fuerza el brazo de Catherine con la angustia retratada en el rostro—. Por favor, Cathy… Félix… dejen pasar un poco más de tiempo. Dejen que Paul vea cómo ha cambiado Félix. Tan pronto como me dé cuenta de un cambio en la actitud de mi hermano, le diré la verdad. ¡Por favor!

Catherine le dirigió una mirada interrogadora a Félix. Él se encogió de hombros resignado. Al igual que ella, él era un poco mayor y un poco más conocedor de la vida. Ambos sabían que no sería tan fácil como pensaba la otra muchacha.

—Muy bien, Adéle —aceptó Catherine con suavidad—. Si te afecta tanto, no hay nada que podamos hacer.

—¿Guardarás nuestro secreto? —le suplicó preocupada.

—Sí, guardaré el secreto.

—¡Oh, Cathy, eres maravillosa! —exclamó, abrazando agradecida a Catherine.

—Lo siento, Félix —Catherine le habló con dulzura.

—Yo también lo siento, pero puedo esperar —contestó con firmeza_. Por Adéle esperaré para siempre si tengo que hacerlo.

Catherine estaba sentada en una silla frente a la chimenea, con un libro sobre el regazo. Había tratado de leer, pero sus pensamientos estaban demasiado preocupados con Félix y Adéle, para poder concentrarse en cualquier otra cosa. Cuando al fin Paul llegó a la casa, había una atmósfera de fría reserva alrededor de él, que evitó que corriera a sus brazos y esto la lastimó mucho más de lo que su esposo pudiera imaginarse.

—Debes estar cansado —observó, al ver cómo se dejaba caer en el sillón frente a ella—. Greta te ha mantenido la comida caliente. ¿Quieres comer ahora o más tarde?

—Más tarde —encendió un cigarrillo—. Primero, cuéntame qué has hecho durante el día.

—No mucho. Fue un día largo y solitario sin ti —le contestó, haciendo un esfuerzo por romper su frialdad. Después, en tono casi acusador continuó—. Te fuiste antes que me despertara esta mañana.

—Sí… sí lo hice —contestó despacio—. ¿No tuviste visitas?

—No.

Esta era la primera vez que le mentía a Paul, pensó adolorida

mientras recorría las páginas de su libro. ¡Cuánto deseaba decirle la verdad!

—¿Haz comenzado a fumar puros de repente?

—¡Oh! —que tonta había sido en no limpiar el cenicero que había utilizado Félix, se regañó mientras se sonrojaba—. Bueno… sí, tuve una visita esta noche temprano.

—¿Félix le Clergé? —le preguntó adivinando. Después de todo casi nunca se veía a Félix sin sus puros.

—Sí.

—¿Y no pensabas decírmelo?

La miró enfadado y Catherine, temerosa, sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

—Yo… yo pensé que no tenía importancia.

—¿De veras? —Paul se levantó y lanzó su cigarrillo al fuego—. ¿Un hombre como Félix, que tiene la reputación de seducir a todas las mujeres que conoce, te visita mientras yo estoy fuera y piensas que no tiene la importancia suficiente como para decirlo?

—¡Paul, por favor! —Catherine lanzó a un lado el libro y se levantó. Ahora estaba tan agitada como Paul—. Sólo vino a darme las gracias por la excelente cena de anoche.

Otra pequeña mentira, le recordó su conciencia.

—Esa pequeña diligencia no debió tomarle más de un minuto, pero sin embargo, permaneció aquí lo suficiente como para fumarse uno de sus puros —bajo el resplandor del fuego la expresión de su rostro era severa—. ¿Te habrás dejado cautivar por su encanto?

—¡Eso es ridículo!

—¿Lo es? —de repente Paul, enfadado se encontraba muy cerca de ella. En sus labios había una sonrisa irónica mientras la contemplaba y por un instante, Catherine pensó que la iba a golpear al verle levantar la mano con la respiración agitada y los ojos más oscuros de lo normal. Cerró los párpados con fuerza, esperando el impacto de su mano y en ese momento de tensión comprendió la enormidad de la promesa que le hizo a Adéle. Una promesa de silencio que había hecho en un instante de piedad y que en estos momentos afectaba su felicidad como nunca lo imagino.

Paul retrocedió de repente como si no pudiera tolerar estar tan cerca de ella.

—¿No te ha tomado mucho tiempo cansarte de mí, no es así?

¿Has descubierto ya que Félix es un amante muy atento?

—¡Paul! —sus ojos se abrieron enormemente, no podía creerlo que oía. La implicación detrás de sus palabras la dejó temblorosa y sin poder hablar. ¿Qué había hecho ella para merecer su ira? y lo más importante, ¿qué le sucedió al hombre afectuoso, amistoso y comprensivo con el que se había casado? Este ser extraño, frío y desconfiado no era el Paul que ella conocía y amaba y estaba asustada. Le hizo un gesto suplicante, pero Paul ya se había vuelto y se dirigía a la puerta.

—Tengo trabajo que hacer —le dijo con frialdad.

—Tú cena…

—Dásela a los perros, no tengo hambre. Y Catherine —la miró y ella se estremeció ante la severidad de su expresión—, no quiero que me molesten.

Ella dejó caer las manos a los costados y se quedó allí, parada contemplando cómo se alejaba.

Era comprensible que pensara que ella tenía una aventura con Félix, pero si no confiaba en Félix, debía saber que era posible confiar en ella. Si pudiera decirle la verdad, pero sus labios estaban sellados hasta que Adéle la liberara de esa promesa.

—¿Cathy? —levantó la vista mientras Adéle, preocupada entraba en la sala—. ¿No se lo dijiste a Paul? ¿Mantuviste tu promesa?

—No se lo dije —le contestó Catherine como autómata—. Mantuve mi promesa.

—¡Oh, *merci chère, merci*! —Catherine se estremeció bajo el impacto del beso de Adéle—. ¿En dónde está mi hermano ahora?

—En su estudio y no quiere que lo molesten.

—¿Ha habido problemas? —Adéle, frunció el ceño. Catherine le dio la espalda y se quedó contemplando el fuego, para que la joven no viera su expresión de angustia.

—Por desgracia Paul descubrió que Félix había estado aquí esta noche y tuvimos una pequeña pelea.

—¿Está molesto Paul?

—¿Molesto? —Contempló a Adéle y casi histérica continuó—: No, no es que esté molesto. No le gusta la idea de que Félix venga aquí cuando él no esté en casa, le ha desagradado mucho.

—Quizá esté cansado —sugirió esperanzada Adéle—. No te

preocupes. Cuando Paul está así lo mejor es dejarlo solo. Ya verás que en la mañana lo ha olvidado todo.

—Eso me imagino —Catherine, dudosa, dejó escapar un suspiro.

—¿Cuál fue el motivo que le diste sobre la visita de Félix?

—Le dije que había venido a darme las gracias por la cena de anoche.

—Cathy, eres una verdadera amiga y te lo agradezco mucho. —Adéle le dio un ligero beso en la mejilla—. Buenas noches, *chère*.

Catherine le contestó las buenas noches, sintiendo un nudo en la garganta.

Por primera vez esa noche Paul no vino al dormitorio. Lo escuchó en la habitación adyacente a la suya, caminando inquieto hasta que al fin escuchó el crujido de la cama y vio cómo el rayo de luz que salía por debajo de la puerta desaparecía.

Después, Catherine permaneció despierta. Las lágrimas empaparon la almohada mientras daba vueltas de un lado a otro, hasta las primeras horas de la mañana, cuando al fin se quedó dormida debido al agotamiento.

Capítulo 8

Era primavera en París. Había algo en esta época del año que llenaba a todo el mundo de renovado vigor. En los árboles brotaban tiernas hojas nuevas y la dulce fragancia de los azahares perfumaba el aire.

Catherine observó todo esto mientras en su corazón permanecía el invierno. Paul había mantenido su actitud fría y retraída desde aquella desdichada noche en que había regresado para descubrir que Félix la había visitado en el Castillo de Bonheur, permaneciendo más tiempo del que su esposo creyó necesario. Ella trató de atravesar la barrera de reserva que él había puesto sobre ambos, todo fue en vano. Él contemplaba con suspicacia sus esfuerzos y lo único que obtuvo fue aumentar la separación existente entre ellos y el doloroso conocimiento de que su burbuja de felicidad había reventado demasiado pronto.

Susan Dunbury se había convertido en una buena amiga de Catherine durante este tiempo de prueba y fue a ella a quien Catherine le pidió consejo.

—Tienes que hablar con Paul —le aconsejó una tarde cuando Catherine tomaba el té con ella—. No puedes permitir que esta situación continúe.

—¿Cómo puedo abordar un tema tan delicado si apenas me da la oportunidad de estar a solas con él más de un instante? —Le replicó angustiada Catherine—. Pasa la mayor parte del tiempo en la clínica y cuando está en casa se encierra en el estudio hasta tarde en la noche y además… le prometí a Adéle.

—Tonterías —la interrumpió Susan—. Adéle nunca te debió obligar a hacer esa promesa. ¿No se da cuenta de lo que le está haciendo a tu matrimonio?

—Yo no le he dicho la verdad —bajó la vista, Susan movió la cabeza con tristeza.

—Cathy eres una persona muy leal, tu lealtad debe ser para tu esposo y no para su hermana.

—Me doy cuenta, pero Adéle estaba tan obstinada en que Paul no debería saberlo, que me vi forzada a prometerle que

permanecería en silencio.

—Espera a que yo hable con Adéle —le dijo Susan apretando los labios—. Le diré lo que pienso.

Catherine no pudo evitar reírse, aunque sólo fuera para aliviar un instante la tensión.

—Siento mucho preocuparte con mis problemas, Susan. Esto no ha sido justo de mi parte.

—¡Tonterías! —repitió enfadada—. Para qué son los amigos.

Cuando regresaba al Castillo de Bonheur esa tarde, Catherine decidió que hablaría con Paul a su regreso de la conferencia médica a la que asistiría durante la semana siguiente. Él le había dicho, con bastante indiferencia, que estaría fuera tres o cuatro días y ahora se alegraba de contar con esos días para ensayar con cuidado lo que le diría. Confiaba que se encontrara de mejor humor a su regreso de Londres y no tan distante como había estado últimamente.

Al acercarse el momento de la partida de Paul, Catherine se sintió cada vez más ansiosa de encontrar la oportunidad para aclarar la situación entre ellos. Sería inútil hablarle a Paul antes de la conferencia, estaba bastante malhumorado. No iba a serle fácil romper la promesa que había hecho a Adéle, pero como Susan le había recordado, su lealtad debía ser para su esposo. Cuando supiera la verdad se daría cuenta de que sus dudas eran infundadas y podría resolver la situación existente entre Félix y Adéle.

Catherine comprendía que su cuñada tampoco se sentía feliz por el engaño. Como cualquier otra joven, deseaba que el hombre que amaba, la cortejara a la vista de todos, pero el miedo de que Paul rechazara a Félix era mucho mayor de su deseo que su hermano conociera el amor que sentía por este hombre. Estas circunstancias poco normales estaban dando sus frutos, comprendió Catherine preocupada, ya que Adéle palidecía notoriamente y se mantenía muy retraída.

El día antes de la partida de Paul para Inglaterra para asistir a la conferencia médica, le sorprendió a Catherine verlo entrar en su dormitorio, por primera vez en las últimas semanas. Con una bata de casa de seda sobre el pijama, entró en la habitación por la puerta que comunicaba ambos cuartos y se quedó parado un momento, mirándola con aspecto severo.

Muy consciente de que sólo tenía puesta una delgada bata de

dormir, Catherine dejó de cepillarse el cabello y volvió el rostro, sobre todo para esconder las mejillas sonrojadas.

—¿Deseabas verme por algo, Paul? —le preguntó al fin al comprender que se alargaba el silencio.

Paul hizo un esfuerzo para recuperar la compostura. Se dio cuenta que la estuvo contemplando, nunca le había parecido más deseable que ahora. Se había cepillado el cabello hasta dejarlo sedoso, enmarcándole el rostro. En sus ojos se leía una dulce súplica, mantenía los labios abiertos. Observó la transparencia de la camisa de dormir, que apenas cubría las suaves curvas de su figura y se le aceleraron los latidos del corazón al recordar la calidez de su cuerpo en los brazos de su esposo.

—¿Paul? —le preguntó de nuevo, controlando el pánico que sentía.

—Yo… yo saldré antes del desayuno mañana por la mañana, pensé que debía decírtelo.

Últimamente no se había preocupado de informarle lo que pensaba hacer, ¿por qué ahora entonces? se preguntó.

Había una tensión en el ambiente que Catherine no podía explicarse. Después de informarle de sus intenciones, esperaba que Paul se retirara… pero permaneció allí, mirándola con esa expresión peculiar, casi interrogadora en los ojos. Sintió que el corazón se le apretaba al quedarse allí parados, frente a frente… esperando. Había el deseo de acortar la brecha que los separaba, aunque ambos estaban reacios a hacer el primer movimiento.

Fue Catherine, nerviosa, quien al fin dio un paso hacia adelante, mientras se le caía de las manos el cepillo.

—¿Paul?

No necesitó otro estímulo, al instante la abrazó, oprimiéndola contra su cuerpo. Su boca recorrió su cuello, buscando los labios que se le ofrecían en un beso profundo y después recorrieron la línea del cuello, echando a un lado el tirante de su camisa de dormir, mientras sus labios seguían acariciándola.

—¡Oh, Paul, Paul, mi amor! —gimió con suavidad mientras el fuego doloroso y ya conocido recorría sus venas. Los músculos de sus hombros se movieron bajo sus dedos mientras se apretaba contra él, rindiéndose sin hacer resistencia a sus caricias y pensando con alegría que quizá esto terminaría con las semanas de

sufrimiento que había padecido.

Con una exclamación, Paul la levantó para llevarla a la cama.

Al día siguiente, Catherine se despertó con una sensación de bienestar. Se estiró perezosa y después, al recordarlo todo volvió la cabeza, descubriendo que Paul se había ido. Con una sonrisa dibujada en sus labios estiró un brazo para tomar la nota que le había dejado sobre su almohada.

La expresión de su rostro se volvió sombría mientras leía la nota. Visiblemente pálida y temblorosa se sentó e incrédula la leyó de nuevo.

"Catherine, te ruego me disculpes por lo de anoche. Estabas terriblemente atractiva y perdí la cabeza; después de todo sólo soy humano, pero no volverá a suceder. Paul".

Sus dedos apretaron con fuerza la nota. Él había escrito que perdió la cabeza. ¿Si hubiera sido cualquier otra mujer, hubiera reaccionado de la misma forma? ¿Había necesitado una mujer la noche anterior? ¿Cualquier mujer? Y al tenerla allí disponible, ¿pensó que no era necesario buscar más?

Estos pensamientos la atormentaban y la avergonzaron. ¡Qué tonta había sido la noche anterior, al pensar que Paul deseaba restablecer su relación anterior, tanto como ella! ¡Qué ingenua fue al suponer que al fin él había comprendido su error!

Catherine miró a su alrededor aturdida. ¿Cómo iba a pasar estos días hasta que regresara Paul? Las paredes del Castillo Bonheur parecían querer desplomarse sobre ella. ¡Castillo de Felicidad! ¡Qué burla era este nombre, su felicidad en esta hermosa casa había sido demasiado breve!

Cuando pasó junto al desayunador una hora más tarde, Adéle la llamó.

—¿No vas a desayunar hoy?

—No tengo hambre —desde luego que en esos momentos no toleraría la comida.

—¿No puedo ni siquiera ofrecerte un café? —insistió Adéle. Catherine vaciló un momento y después se rindió.

—¿Sucede algo? —le preguntó Adéle al ver cómo temblaba la mano de Catherine al sujetar la cafetera.

—Un ligero dolor de cabeza —le mintió—. Creo que con un paseo por el jardín se me quitará.

—Paul me habló temprano esta mañana y me pidió que lo llevara al aeropuerto. Te dejó esto.

Adéle dejó caer sobre la mesa un pequeño grupo de llaves, junto a la taza de Catherine.

—¿Las llaves del Bentley?

—*Oui*, Paul dijo que no te preocuparas, que tomaría un taxi desde el aeropuerto cuando regresara.

—Ya veo…

¿Formaba esto parte de la disculpa, se preguntó Catherine, el dejarle las llaves del Bentley? De repente sintió una rabia impotente, ¡Como se atrevía a tratarla así!

—¿Puedes conducir el Bentley?

—Sí, lo he hecho algunas veces. Aunque por lo general tomo el autobús.

—Deberías pedirle a Paul que te comprara un mini auto como el mío.

—Quizá.

—¿Qué piensas hacer hoy?

—Aún no lo sé. Hay muy poco que hacer en la casa, todos los que trabajan aquí son muy eficientes. Pudiera supervisar la cena, pero como seremos nosotras dos, le diré a Greta que no prepare nada demasiado complicado.

—No cenaré contigo esta noche, Cathy, Félix me ha invitado.

—Ya veo.

"Ahora que el gato está lejos, los ratones pueden jugar con más libertad", pensó Catherine con ironía.

—Lo siento —Adéle interrumpió sus pensamientos.

—No te preocupes, comeré algo ligero y me acostaré a leer.

—Pudieras venir con nosotros.

—No seas tonta —le replicó irritada y después continuó en un tono más amable—: Hay un antiguo proverbio inglés que dice: "dos son compañía, tres es una multitud". Nunca pensaría en echarles a perder las pocas horas que pueden pasar juntos.

Adéle terminó el desayuno en silencio, mientras Catherine se servía otra taza de café.

—Ya tengo que irme —se puso la cuñada el abrigo, tomando su bolso de mano—. Que te diviertas.

"Que te diviertas". Mucho después de la partida de Adéle, las

palabras seguían sonando en el mente de Catherine. ¡Qué te diviertas! Sí, pensó con cinismo y a punto de llorar, disfrutaría ese día y los siguientes, después de la pequeña nota enigmática que Paul le había dejado y lo que implicaban esas desdichadas palabras.

Desesperada tomó las llaves que le había dejado Adéle y subió a su habitación para retocarse el maquillaje y recoger el bolso de mano. Un día en el campo le haría mucho bien, decidió mientras se pasaba un peine por el cabello. ¿Por qué no? Nadie la detendría y además, a nadie le importaría o la necesitaría en el Castillo Bonheur.

Tomando por el primer camino que se le ocurrió, Catherine condujo despacio sin saber a dónde iba. No se perdería, en varios lugares estratégicos había letreros bien visibles. No obstante, era un viaje solitario y no se sentía con humor para disfrutar del paisaje que revivía después del largo invierno. Comió ligero en una pequeña villa y decidió regresar a la casa. Sería mucho mejor estar sola en lugares conocidos, que ver cómo la gente la miraba extrañada, preguntándose qué hacía una mujer conduciendo sola.

Esa noche Catherine se quedó en la cama sin poder dormir. Nunca se había sentido tan sola como en este momento, en una casa desierta y sus propios pensamientos tristes para hacerle compañía. Los sirvientes hacía rato que se habían retirado a sus casas, dejando todo en silencio.

Eran más de las once cuando escucho un automóvil que se acercaba y después las voces apagadas de Félix y Adéle en la planta baja. Al fin escuchó cómo cerraban las puertas del frente, vio las luces del coche que alumbraron por un momento su ventana y después desaparecían.

Llamaron con suavidad a la puerta de su dormitorio.

—Catherine, ¿estás despierta?

—Pasa, Adéle —encendió la lámpara junto a la cama. Se abrió la puerta y Adéle entro vacilante.

—¿No estabas dormida?

—No —le indicó que se sentara en la cama—. Ven, siéntate y cuéntame cómo pasaste la noche.

—¡Oh, Cathy! —Adéle emitió un suspiro, dejándose caer en la cama—. Ha sido una noche encantadora. Félix me llevó a un pequeño restaurante para cenar, bailamos un poco y después nos

sentamos y hablamos y hablamos.

"¡Qué pocas veces deben tener la oportunidad de verse así!" pensó Catherine con tristeza.

—Es rara la vez que Paul sale, ¿cómo se las arreglan para verse cuando él está en casa?

—Hay un pequeño café, cuyos dueños son amigos de Félix. Son una pareja ya mayor y no dirán nada. A veces nos encontramos allí para comer o para tomar una taza de café en la cocina de ellos.

Catherine sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. ¡Qué ingenioso era su método de verse!

—¿Bajamos a la cocina y nos preparamos un vaso de leche tibia? —le sugirió poco después.

—*Oui*, me parece bien —comentó Adéle.

Después de todo, el día terminaba sentadas junto a la mesa de la cocina y bebiendo la leche caliente. Habían estado tan entretenidas conversando que cuando el reloj del pasillo dio la una de la mañana se miraron sorprendidas.

—Tienes que acostarte, Adéle o mañana serás una persona inútil —le comentó Catherine mientras lavaba los vasos y los dejaba secándose.

—No quisiera que esta noche terminara.

—Lo sé querida —Catherine le dio un ligero beso en la mejilla —, ya es hora de acostarte.

—*Bon nuit*, Caty —susurró Adéle cuando se separaban.

—*Bon nuit* —repitió Catherine.

La noche antes del regreso de Paul, Félix vino a la casa para ver a Adéle. Catherine los dejó juntos en la sala mientras se retiraba a su habitación para arreglar el largo de uno de sus vestidos de noche. Más tarde, al bajar a la cocina para planchar el borde del vestido, le sorprendió escuchar fuertes voces procedentes de la sala. Era evidente que Adéle y Félix estaban discutiendo, sin que Catherine pudiera comprender una sola palabra, hablaban en francés y con mucha rapidez.

Al llegar al pasillo se abrió la puerta de la sala y Adéle pasó corriendo por su lado llorando.

—¿Qué sucedió? —le preguntó Catherine a Félix pocos momentos después de escuchar como Adéle cerraba la puerta de su dormitorio de un golpe.

Félix hundió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Es la misma discusión que siempre tenemos. Yo quiero que hablemos con Paul, pero Adéle se niega. ¿Qué debo hacer? —era una situación molesta que no sólo afectaba las vidas de Félix y Adéle sino también la de Catherine. No podía decirle su decisión de hablar con Paul a su regreso, no sabía cuándo tendría la oportunidad o si él estaba dispuesto a escucharla.

—Dele tiempo —le sugirió en voz baja.

—¿Tiempo? ¿Tiempo? ¡Ya hemos perdido demasiado tiempo!

—Lo sé…

—Catherine, ¡no podemos seguir así! —exclamó Félix haciendo un gesto suplicante con las manos.

—Estoy de acuerdo con usted, Félix, no podemos seguir así.

Catherine se volvió con los ojos muy abiertos para encontrarse con Paul parado en la puerta, con una mano descansando sobre el marco. Su corazón latía demasiado rápido.

—¡Paul! No te esperaba tan pronto —de todas las palabras en que hubiera podido pensar, éstas eran las peores.

—No, estoy seguro que no —respondió con frialdad—. Siento que mi regreso tan inesperado haya echado a perder este delicioso pequeño tète-a tète.

—Paul, no es lo que tú… —Catherine y Félix comenzaron a hablar al mismo tiempo y se detuvieron, mirándose el uno al otro.

—Quizá sea mejor que se vaya, Félix —le dijo Catherine antes que dijera algo que perjudicara más.

—Pero yo…

—¡Por favor, Félix, váyase! —le suplicó.

—Sí, Félix —repitió Paul con sarcasmo, apartándose—. Por favor vete para que yo pueda hablar con mi… esposa —recalcó la palabra con cinismo—. En privado y sin que nos interrumpan. ¡Vete, antes que pierda el control y te lance fuera!

Félix le dirigió una mirada preocupada a Catherine y cuando ella de nuevo le hizo un gesto para que se fuera, dio la vuelta y salió de la habitación. Confiaba en que Catherine no sufriera ningún daño, nunca había visto a Paul tan enfadado.

Paul cerró la puerta de la sala y se quedó allí recostado en ella, los brazos cruzados sobre su ancho pecho. El silencio que se produjo era explosivo y Catherine se estremeció. Tengo que permanecer

calmada, se dijo, o la situación puede convertirse en algo irremediable.

Contemplando el vestido de noche que tenía en las manos, Paul le dijo:

—Parece que pensabas salir.

—No, yo…

—¡Cómo te atreves! ¡*Nom de Dieu,* cómo te atreves! —rugió Paul mientras se acercaba amenazador—. ¡Cómo te atreves a seguir tú… aventura, aquí en mi casa!

—Pero, Paul, yo.

—Me imagino que te sentías bien feliz porque estaría lejos varios días, tener libertad para pasar el tiempo con Félix, sin miedo de que los pudiera sorprender.

—No sabes lo que dices —luchaba por calmarse mientras él, parado a su lado la dominaba con su estatura, los ojos negros de rabia, los labios apretados en una línea delgada de desaprobación —. Me doy cuenta que al encontrar aquí a Félix parece que…

—¿Piensas que no puedo ver lo que está sucediendo ante mí? ¿Crees que soy un tonto?

—Paul, sé lo que piensas, pero.

—Te diré esto, Catherine —la interrumpió con un tono de voz que la hizo estremecerse—. Pensé que podía confiar en ti, parece que no es así. Sabía que no debía casarme contigo, pero en forma muy astuta —se rió con cinismo y con un tono de amargura en la voz—, sí, en forma muy astuta me hiciste creer que me amabas. Me convencí debido a que por una vez permití que el corazón mandara sobre la cabeza. No te llevó mucho tiempo aburrirte de mí, ¿no es así?

La tomó por los hombros y la sacudió hasta que sintió que se le iba a romper el cuello. El vestido de noche cayó al suelo formando un montón arrugado.

—Por favor, Paul, déjame explicarte —le suplicó, con las lágrimas pugnando por salir, la estaba lastimando.

—¿Explicar? —Paul la soltó con un gesto de repugnancia—. ¿Qué hay que explicar? ¡Mentiras! Eso es todo lo que obtendré de ti. ¡Mentiras! Te diré esto, no me divorciaré de ti para que te puedas ir con Félix. Estás casada conmigo y así permanecerás. Y otra cosa más, no traigas tus… aventuras a casa. En el futuro procura ser más

discreta.

—¡No tienes derecho a hablarme así! —exclamó enfadada.

—Tengo todos los derechos de hablarle a mi esposa insubordinada en la forma que lo desee.

—¿Insubordinada? ¿No eres capaz de pensar que puedes estar equivocado?

—Félix no es el tipo de hombre que visita a una mujer para pasar el día hablando sobre el tiempo.

—No conoces la realidad y te niegas a darme la oportunidad de explicarme.

—No quiero oír más mentiras.

—¡Maldito seas, Paul! Es a Adéle a quien ama Félix y a quien viene a ver no pudo evitar las palabras.

Confusa y enfadada, se había dejado llevar por la desesperación, descubriendo la verdad, no en la forma en que lo había planeado Se desprecio por permitir que Paul destruyera la calma que había luchado por lograr ahora no había nada que hacer. Dijo las palabras y estaban surtiendo su efecto.

Pálido Paul la miró en silencio. Si le hubiera dado un golpe no lo hubiese lastimado más. Sintió el deseo ridículo de abrazarlo, de borrar el golpe que ella le había asestado.

—¡Mientes!

Después se volvió, abriendo la puerta de golpe. Cruzó el pasillo dando largas zancadas y subió los escalones de dos en dos. Si Catherine había dicho la verdad lo arreglaría con Adéle al instante.

La puerta del cuarto de su hermana estaba cerrada y sin molestarse en llamar la abrió con violencia y se quedó parado allí por un instante, respirando agitado, mientras Adéle se sentaba en la cama con una expresión de terror en el rostro.

—¿Es eso cierto? —Le reclamó en francés—. ¿Es cierto que tú y Félix se aman y que él vino a visitarte aquí esta noche y no a Catherine? No me mientas, Adéle —le suplicó, ahora un poco más calmado, acercándose a la cama—. Ha habido demasiadas mentiras en esta casa, quiero la verdad.

Adéle luchó consigo. Por primera vez comprendió el gran daño que había ocasionado al obligar a Catherine a guardar silencio. Y Catherine, la querida y leal Catherine, se había mantenido callada, a pesar de la desdicha que le había ocasionado. Los escuchó discutir

en la sala y como Paul estaba hablando en voz muy alta pudo seguir la conversación y lo comprendió. Por Catherine debía aceptar la verdad; sin embargo, la expresión de Paul la asustó. No podría razonar con él mientras se encontrara así.

—Lo siento, *mon jrere*, esa afirmación no es cierta.

Catherine recorría la habitación de un lado a otro mientras esperaba el regreso de Paul. Estaba segura que Adéle nunca la perdonaría. Ella no había pensado decírselo de esa manera. Si Félix no hubiera venido esta noche. ¡Qué pensamiento tan inútil! se regañó enfadada.

Cuando al fin Paul regresó a la sala su rostro tenía el color de la ceniza y se dibujaban líneas de tensión alrededor de la boca. Comprendió que su sufrimiento era tan grande como el de ella, pero en este asunto no se podrían ayudar el uno al otro mientras Paul siguiera tan obstinado, sosteniendo su equivocada teoría.

—Así que me has mentido de nuevo.

El corazón de Catherine le dio un vuelco y se sujetó del respaldo de una silla en busca de apoyo.

—Eres una mujer sin vergüenza —continuó con frialdad—. Nunca pensé que pudieras ser así, Catherine que tuvieras la audacia de mezclar a mi hermana en tu sórdida aventura, es algo que no puedo imaginarme. ¡Creo que te desprecio!

—¡Paul, no! —exclamó casi sin aliento, con una dolorosa sensación en la boca del estómago.

Él le dio la espalda y salió dé la sala.

—¡Paul, por favor espera! —gritó, trataba de detenerlo.

—No quiero escuchar nada más —se acercó a la puerta principal de la casa.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Salir! —le gritó, cerrando la puerta de un golpe, haciendo que cimbrara toda la casa.

Atontada Catherine se quedó allí parada, contemplando la puerta por la que acababa de desaparecer Paul. ¡Oh Dios! pensó desesperada, ¿qué ocurrirá? ¿Qué puedo hacer? ¿A quién le pediré consejo?

—Cathy.

Se volvió, cansada, para encontrarse a Adéle parada allí, sujetando su vestido de noche.

—Cathy, lo siento —gritó, lanzándose a los brazos de Catherine sollozando—. ¡Perdóname, por favor, perdóname!

—Soy yo quien tiene que pedirte que me perdones —le contestó Catherine, tratando de tranquilizar a la joven—. Rompí la promesa que te había hecho, mi intención era decírselo con suavidad y no en la forma que lo hice. Permití que Paul se enfadara y lo eché a perder todo. Encontrar a Félix aquí esta noche le hizo perder la razón y…

—No es necesario que me expliques nada —la interrumpió Adéle —. Lo comprendo.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Catherine mientras se miraban desesperadas.

—Se lo diré a Paul —respondió Adéle, decidida—. Cuando no esté tan enfadado le diré toda la verdad, dame un poco de tiempo para pensar qué debo decirle.

Sí, pensó Catherine, Paul le haría caso. No tenía motivo para desconfiar de ella y por lo tanto aceptaría sus explicaciones.

Sintió que se le apretaba la garganta. Deseaba llorar, ¿de qué servirían las lágrimas en una situación como ésta? ¿A quién buscaría para que la consolara y comprendiera? ¿A Susan Dunbury? No decidió no abrumarla con estos problemas.

De repente le vino a la memoria la predicción de la vieja Sarah aquella mañana en que había ido a pasear a Franschhoek con Paul en ese momento vio con claridad asombrosa su significado.

"Le esperan penas. Él es un hombre que piensa con la cabeza y no con el corazón. Nunca creerá que usted lo ama de veras y que se trata sólo de gratitud por todo lo que él ha hecho por usted".

"Tendrá que ser paciente", le había dicho Sarah y Catherine dejó escapar un profundo suspiro. Tendría que aprender a ser paciente, sin importar lo difícil que pudiera ser.

Capítulo 9

En su oficina, en la clínica, Paul trabajó febrilmente durante la siguiente hora. Tenía mucho papeleo que resolver y al estar fuera durante tres días se había acumulado gran cantidad de papeles.

Cuando abandonó la casa esa noche, había salido furioso. Siempre se consideró capaz de juzgar el carácter de otras personas, pero había fallado en el caso de Catherine. Debió darse cuenta a tiempo de que era una joven impresionable como él había pensado y que sería incapaz de discernir entre el amor y la gratitud. ¡Cómo odiaba esa palabra gratitud!

Él permitió que ella lo convenciera de su amor en un momento en que sus emociones habían dominado su sentido común y se despreciaba por ello. Era lógico que al cansarse de él, buscara un hombre como Félix, que siempre estaba disponible para una hermosa mujer qué se hubiera aburrido de su esposo.

Paul lanzó la pluma sobre el escritorio y se levantó. Era imposible trabajar con estos pensamientos en la mente. Durante años había tenido conocimiento de las aventuras amorosas de Félix y, sin embargo, Catherine esperaba que él pensara otra cosa. ¡Por supuesto que había una aventura entre ellos! ¿Por qué otro motivo habría visitado Félix a Catherine? pensó con terquedad Paul.

Nunca creyó que Catherine pudiera ser tan baja como para sugerir que era Adéle a quien iba a ver Félix. Desde luego que Adéle no era el tipo de mujer que atrajera a un hombre como éste, pero tampoco lo era Catherine. ¡*Bon Dieu!* Ya no sabía qué pensar. ¡El pensamiento de otro hombre con Catherine en sus brazos y haciéndole el amor, le hacía desear cometer un asesinato! ¡Ella es mía! pensó Paul con violencia. ¡Es mía y seguirá siéndolo!

Ya era tarde cuando Paul al fin llegó a la casa esa noche. Encontró aún encendida la luz de la sala y en el suelo, al lado de una silla, el vestido que Catherine tenía en sus manos cuando él llegó de pronto. Lo recogió, lo sostuvo en sus manos y se quedó contemplándolo un instante. Después, con una exclamación de angustia, hundió el rostro en la suave tela, aspirando el perfume impregnado en él. Perfume que le había traído como un regalo de

Grasse y que le había dado el día que le había pedido que se casara con él. Un brillo de metal le llamó la atención y al examinar más de cerca el vestido descubrió una aguja enhebrada, prendida en el dobladillo. ¿Habría ella estado arreglando el vestido cuando él llegó? Por lo tanto no pensaba ponérselo. ¿Y Félix? ¿Habría sido su visita platónica?

Recordó que al momento en que él entró en la sala Félix le decía "no podemos seguir así". ¿Qué otra cosa podría significar más que él y Catherine no podían continuar viéndose en forma tan secreta? ¿Adéle? No, se dijo violento, a pesar de las insinuaciones de Catherine, no podía creer que su hermana estuviera envuelta en este sórdido romance. Cuando él llegó, ya ella se había acostado.

Sabía que buscaba, sin éxito, un escape para Catherine. Trataba de encontrar alguna otra explicación para la presencia de Félix en su casa esa noche, pero no pudo pensar en ninguna.

Paul dejó caer el vestido sobre la silla y salió, apagando la luz. Mañana, decidió con firmeza, hablaría con Félix y le exigiría que le dijera la verdad. ¿Qué podría escuchar? pensó abatido mientras entraba en su habitación. Con seguridad que Félix lo negaría todo. Si los hubiese visto abrazándose, sería distinto, por supuesto. No, decidió al fin, quizá fuera mejor esperar y asegurarse antes de hacer nada. ¿Le asustaría saber la verdad?

Catherine se dedicó a los quehaceres de la casa, con gran disgusto de los empleados. Greta frunció el ceño cuando la muchacha entró en la cocina una mañana.

—¿No se siente bien, *madame*? —le preguntó al ver a Catherine pelar las papas y planear la cena.

—Greta, si no hago algo me volveré loca en esta enorme casa sin nadie con quien hablar.

El tono de desesperación en su voz no escapó a los oídos sensibles de Greta. Aunque nunca soñara en intervenir en los asuntos de *madame*, no podía evitar preguntarse cuál era la causa de esa mirada triste.

Una mañana, mientras tomaba una taza de té con Greta en la cocina, oyó el teléfono.

—Yo contestaré, *madame* —se ofreció Greta y se dirigió con rapidez al vestíbulo, para regresar segundos después—. Es para

usted *madame*. Es *monsieur* Félix desde la clínica.

—Hola, Félix —habló en voz baja, observando con mirada de culpabilidad por encima del hombro, como si esperara que Paul se apareciera de repente en la puerta.

—*Bon jour*, Catherine siento molestarla. Estaba preocupado por usted y quiero hablarle. ¿Puede comer conmigo hoy?

—No lo sé —temía las repercusiones que pudieran provocar esa acción.

—Por favor, Catherine. El teléfono… no puedo hablar aquí.

—Muy bien —aceptó después de vacilar un instante, preguntándose qué sería lo que Félix tendría que discutir con ella con tanta urgencia—. ¿En dónde y a qué hora?

Él le mencionó un restaurante cerca de L'Etoile, sabiendo que lo podría encontrar sin dificultad.

—¿Está bien las doce y treinta?

—Sí, Félix, allí estaré —ignoró el aviso de peligro que le llegó desde el subconsciente.

A las doce y treinta, Catherine entró en el restaurante y al instante sintió un nudo en el estómago. Son los nervios, se dijo. No había desayunado esa mañana y estaba, segura que no podría comer tampoco.

De repente apareció Félix.

—Por aquí —la llevó hasta una mesa en un rincón alejado, donde estarían más tranquilos.

Llegó un camarero.

—¿Qué desea usted, Catherine? —le preguntó Félix, ofreciéndole el menú.

—Pida usted, algo ligero, si no le importa.

Félix ordenó la comida y cuando se retiró el camarero se inclinó sobre la mesa, hacia ella.

—Estaba preocupado por usted —la miró con fijeza—. Paul se veía tan furioso cuando salí aquella noche que creí que la golpearía.

—No es necesario que se preocupe, no lo hizo —sonrió.

—¿Ocasionó algún problema mi presencia en su casa?

—Por supuesto que no —le contestó sin mirarle—. ¿Por qué lo cree?

—Vamos, Catherine, usted sabe que tengo una… reputación. Paul también lo sabe. ¿No pensó que… bueno que, nosotros… se da

cuenta de lo que quiero decir?

Catherine sintió cómo se ruborizaba y Félix lo observó enseguida.

—Ya me lo imaginé —contestó con amargura, golpeando la mesa con los puños—. Ya es hora que Paul y yo hablemos. No voy a permitir que Adéle me detenga.

—No, no lo haga —le dijo enseguida—. Adéle me prometió que hablaría con Paul tan pronto como se presentara la oportunidad. No haga nada ahora. No hasta que… no aún.

¿Cómo podría explicarle la situación en su casa? No podía hablarle de la indiferencia, de los silencios a que Paul la estaba sometiendo y de la dificultad para comunicarse con él. Apenas estaba en la casa y cuando se dignaba honrarla con su presencia, se encerraba en el estudio durante toda la noche. A Adéle también le resultaba difícil acercársele, se daba cuenta del humor en qué se encontraba, que no la estimulaba para la confesión que tenía que hacerle.

—Le daré esta última oportunidad pero si no tiene éxito yo. Se detuvo en seco, el rostro pálido mientras su mirada iba más allá de Catherine deteniéndose en algo, o en alguien detrás de ella. El miedo la ahogó, mirando a su alrededor. ¡Paul! pensó al instante, pero no era él. En ese momento se dirigía a ellos Eileen Chilton. Catherine no la había vuelto a ver desde la noche que cenaron en el Castillo Bonheur y desde luego que no tenía el menor deseo de verla en este momento.

—Catherine, querida, ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos? —comentó Eileen efusiva—. Y tú también, Félix. ¿Cómo estás?

—Bastante bien, gracias —le replicó con sequedad.

—Nunca pensé que los vería a ustedes dos comiendo juntos —agregó Eileen con sorna. Era obvio que estaba muerta de curiosidad—. ¿Se conocen bien ustedes?

La insinuación que había detrás de esa pregunta, al parecer inocente, hizo que Catherine se sintiera enferma.

—Olvidas Eileen —le contestó Félix sin vacilar mientras le dedicaba una de sus más encantadoras sonrisas—, que el esposo de *madame* de Meillon es mi colega. También olvidas que tu propio esposo es mi colega. Eso nunca evitó que tú y yo comiéramos juntos, ¿no fue así? —le dirigió una mirada intencionada—. Y

comimos juntos con bastante frecuencia en el pasado, ¿no fue así? —repitió.

Eileen se sonrojó turbada y no había duda alguna del veneno que encerraba su mirada.

—No quiero interrumpirles la comida —comentó recuperando el control—, Catherine, ten cuidado. Félix es un joven bastante atrevido… ¿o ya lo has descubierto? Hasta luego.

Se quedaron sentados, observándola cómo abandonaba el restaurante contoneándose, dejando en el aire lo que implicaba su comentario.

—¡Esa mujer es una arpía! —Exclamó enfadado Félix—. Siempre he despreciado una mujer que persigue a un hombre y Eileen Chilton no me dejó en paz hasta que no me quedó más remedio que ser descortés con ella. ¡*Mon Dieu*!

—¿Cree…cree que hable? ¿Quiero decir que diga que nos ha visto juntos?

—No tengo la menor duda de que lo hará —Félix habló entre dientes—. Eileen Chilton nunca pierde la oportunidad de hablar y hacer comentarios sobre otras personas.

—Sabía que no debí venir —se quejó Catherine en voz baja.

—Ahora ya es demasiado tarde —le recordó Félix—. Confiemos que por algún milagro permanezca silenciosa. Aquí llega nuestra comida.

Cuando regresó a la casa era tarde, Catherine se sintió enferma. Había padecido de náuseas durante las últimas semanas y no podía encontrar otra explicación para ello más que se trataba de un problema nervioso.

Cuando al día siguiente Susan vino a visitarla al Castillo, se encontró a Catherine sentada en el jardín pálida y demacrada.

—¡Cielos! No te veo nada bien.

—No me siento bien, pensé que si me sentaba un rato al sol mejoraría. Tengo frío.

La mirada de Susan se hizo más penetrante al sentarse junto a Catherine.

—¿Ya has visto al médico?

—Se trata de un problema estomacal, se me pasará.

—¿No has considerado la posibilidad de que estés embarazada?

—¿Embarazada? —Exclamó incrédula—. No, no sería posible

que…

—Estás casada y estas cosas ocurren.

Los pensamientos de Catherine corrían alocados. Era imposible y sin embargo… había estado tan preocupada últimamente por el abismo cada vez mayor entre ella y Paul que no había pensado en lo que sucedía.

Le dirigió una mirada interrogadora a Susan.

—¿Crees?

—Es algo en lo que nunca pienso querida, le dejo eso al doctor —la interrumpió sonriente—. Ponte el abrigo y vamos al médico ahora mismo.

No le tomó mucho tiempo al anciano doctor de Susan determinar la causa de la incomodidad de Catherine y cuando salió a donde Susan la esperaba en el coche había una mezcla de emociones en su interior.

—¿Bien? —le preguntó la amiga al ver a Catherine sentarse pensativa.

—Tienes razón —confirmó las sospechas de Susan—. Voy a tener un niño.

—¡Oh, querida, me siento tan contenta! ¡Piensa en lo emocionado que estará Paul!… —Susan interrumpió con brusquedad lo que decía al ver que Catherine se cubría el rostro con manos temblorosas. Pasándole un brazo tranquilizador por los hombros le preguntó—: ¿Qué sucede, Cathy? ¿He dicho algo malo?

—No —Catherine buscó un pañuelo en los bolsillos de su abrigo y se secó las lágrimas—. Es sólo que… oh, Susan, ¿qué voy a hacer?

—¿Hacer? No hay nada que puedas hacer, querida, excepto permitir que la naturaleza siga su curso.

Mientras se dirigían al castillo, Catherine se preguntaba si esta noticia cambiaría la actitud de Paul hacia ella. ¿Estaría más dispuesto a escuchar sus explicaciones? ¿O le resultaría desagradable la idea de convertirse en padre?

—¿Quieres hacerme un favor, Susan? —Le preguntó al llegar al castillo—. No se lo digas a nadie, ni siquiera a tu esposo.

—¿No quieres que Paul lo sepa? ¿Deseas sorprenderlo?

—Sí, eso mismo.

—Muy bien, Cathy, cuenta con mi silencio.

Mucho tiempo después que Susan se retiró, Catherine

permaneció donde estaba, temiendo entrar en la casa para enfrentarse a los ojos vigilantes de los sirvientes hasta que pudiera controlarse y detener las lágrimas.

Esa noche Paul regresó más temprano de lo acostumbrado. Catherine escuchó sus pasos lentos ascendiendo por la escalera y esperó, agitada, hasta que al fin se detuvieron frente a la puerta de su habitación. Rápidamente se retocó la pintura de labios antes que él tocara con suavidad para entrar.

—¿No te sientes bien? —le preguntó, observando por primera vez las ojeras y lo hundido de las mejillas.

—Estoy…estoy bien gracias, Paul —tartamudeó, evitando su mirada profunda e interrogadora.

—John Dunbury vino a verme a mi oficina esta tarde.

—Oh—¿no habría guardado el secreto Susan?

—El viernes es su aniversario de bodas y nos han invitado a cenar en su casa.

—Oh —repitió tontamente, aliviada de que aún no supiera su secreto—. ¿Aceptaste?

—Le dije que consultaría contigo.

No era una perspectiva muy agradable pasar la noche soportando la cortesía fingida de Paul.

—¿Tenemos que ir? —le preguntó ella, nerviosa, retorciendo las manos.

—En realidad no podemos negarnos. ¿Quieres llamar a Susan y confirmárselo?

Esa noche después de la cena, cuando Paul ya se había encerrado en su estudio, Catherine llamó por teléfono a Susan.

—¡Cathy! —exclamó cuando se dio cuenta de quién hablaba—. ¿Cómo te sientes, querida?

—Mejor, gracias —dudo un momento—. Tengo entendido que nos han invitado a cenar con ustedes el viernes por la noche.

—Cielos, sí —se rió Susan—. En realidad a eso fui a tu casa esta mañana, pero al verte tan enferma se me olvidó por completo, soy muy distraída. Por suerte le había pedido a John que se lo dijera a Paul en la clínica, para no tener que molestarte por teléfono —se produjo un breve silencio—. ¿Van a venir?

—Por supuesto.

—Bien.

—¿A qué hora?

—¿Sería demasiado temprano a las siete?

—Me parece perfecto —le confirmó Catherine—. Eso le dará tiempo a Paul para cambiarse. Confío que no se demore en la clínica esa noche.

—Cruzaré los dedos. En realidad lo haré también por John.

Catherine decidió ponerse el vestido de seda verde pálido que había comprado aquella tarde que Susan la llevó a las tiendas. Por suerte Paul llegó temprano de la clínica, así que no tenían que apresurarse, había tiempo suficiente para llegar a casa de los Dunbury.

Se tomó más tiempo de lo acostumbrado en maquillarse, tratando de esconder las sombras bajo los ojos, no tenía deseos de escuchar comentarios relacionados con su salud. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer sobre la delgadez y después de una última mirada en el espejo, bajó a la sala donde sabía que Paul estaría esperando por ella.

—¿Quieres beber algo antes de salir? —le preguntó, apenas mirándola cuando entró—. Aún tenemos tiempo.

—Sí, por favor —respondió casi sin aliento, preguntándose si al fin él le diría lo bien que la veía, si es que posaba sus ojos en ella.

Le dirigió una mirada de soslayo mientras él estaba parado de espaldas a ella, sirviendo los aperitivos. ¡Cómo le gustaba la forma en que el cabello le cubría la nuca y contemplar sus anchas espaldas! Pero siempre fueron sus ojos los que habían tenido el efecto mayor sobre ella. Con una mirada podía hacer que su pulso corriera alocado o, como había sucedido últimamente, hacerla sentir escalofríos por el miedo.

—Tu copa —le dijo entregándosela.

Sus ojos se encontraron un instante antes que la mirada de él le recorriera todo el cuerpo, haciéndole estremecer. Ahora dirá algo, pensó emocionada.

Paul sintió el impacto de su belleza como un golpe físico, pero en una ocasión anterior había sucumbido a su apariencia y juró no hacerlo de nuevo.

—Termina tu bebida —le dijo con frialdad, tomando un sorbo de la suya.

Cuando llegaron a la casa de los Dunbury había otros dos

automóviles estacionados afuera. Uno de ellos era el de los Chilton, se dio cuenta disgustada Catherine y el otro era de una pareja francesa con un apellido imposible de pronunciar.

—Llámeme Mignon —le sugirió la joven de pelo oscuro y ojos rasgados, en su inglés con fuerte acento—. Mi esposo se llama Louis.

Catherine, agradecida, aceptó al momento esta oferta, sonriendo.

—Querida —la saludó Eileen Chilton de repente, dirigiéndose hacia ellos—¿Puedo decir que la veo encantadora? ¿No lo crees Paul?

—Mucho —aceptó con brusquedad.

—¿Quieren pasar y dejar los abrigos en mi dormitorio? —las interrumpió Susan enseguida y Catherine hizo un gesto afirmativo. No había pensado que Eileen Chilton pudiera estar aquí y presintió que la noche sería desastrosa para ella.

—Te traje un pequeño regalo —le dijo Catherine cuando estuvieron solas y dándole un ligero beso en la mejilla le dijo a Susan.

—Feliz aniversario.

—¡Oh, querida! —Contestó Susan emocionada, sosteniendo el pequeño paquete—. De veras que no debiste…

—Ábrelo —la interrumpió Catherine.

Susan luchó con la envoltura hasta que por fin logró quitar el papel, dejando ver una pequeña réplica de una estatua griega que Susan había admirado mucho en uno de sus paseos por la ciudad.

—¡Oh, Cathy! —exclamó excitada—. Este es un regalo muy caro y ha sido muy amable de tu parte. ¡Cómo puedo agradecértelo!

—No tienes que agradecérmelo. Soy yo quien debe agradecerte toda tu bondad y tu amistad.

—¡Oh, Cathy! —exclamó Susan de nuevo, casi no podía hablar.

—Vamos —rió Catherine—. Ya me quité el abrigo, regresemos a donde están los demás, antes que comiencen a preguntar qué le ha sucedido a su anfitriona.

Louis y Mignon vivían a dos puertas de los Dunbury. Era una pareja divertida y mantuvieron animada la conversación todo el tiempo. Catherine estaba contenta de que fuera así, nadie se daría cuenta de la situación entre Paul y ella. La única persona que la

preocupaba era Eileen Chilton. No le llevó mucho tiempo a Catherine darse cuenta de que Eileen estaba preparándose para el gran momento en que pudiera dar a conocer su información en forma dramática. Sus miradas sarcásticas y pequeños comentarios de doble sentido no tenían significado alguno para los demás, pero a Catherine le hacían presagiar problemas, según avanzaba la noche. Tensa y sin poder participar en la conversación frívola de los demás, esperaba el momento en que Eileen dejara caer la bomba, que ya la estaba quemando.

—¿Quieres más ensalada, Cathy? —Susan interrumpió sus pensamientos mientras fingían comer.

—No, gracias, Susan, tu cena ha sido exquisita.

—Esperen hasta probar el postre —agregó—. Nunca he visto una mezcla tan rara. Hasta ahora hemos logrado sobrevivir, pero no lo garantiza después que coman el postre.

—¡Hombres! —Exclamó Susan en medio de las risas—. No aprecian que preparar la comida es un arte.

—Después de esta noche nunca lo negaré —aceptó John estremeciéndose por la risa—. Con el postre llegaste al máximo.

Se produjo un desorden alrededor de la mesa, todos rieron a carcajadas; hasta Catherine se sintió más tranquila. Observando a Paul, lo veía también más calmado.

Fue una cena agradable, a pesar del desastre que ella presentía y de nuevo comenzaron las risas cuando Susan trajo al comedor la bandeja del postre. Consistía en helados, decorados con frutas.

Más tarde, mientras tomaban el café en la sala, Catherine de nuevo se sintió nerviosa y tensa. Sabía que se encontraba al borde del desastre… un desastre que tenía que evitar a toda costa. Se produjo una pausa momentánea en la conversación que la aterrorizó. Y entonces sucedió lo que había estado temiendo durante toda la noche.

—Hay un pequeño restaurante cerca de L'Etoile donde sirven una comida deliciosa —comenzó Eileen, dirigiendo a Catherine una mirada malévola.

Fue un comentario bien planeado, ya que la conversación aún giraba alrededor del tema de los platos exóticos y por consiguiente no le extrañó a nadie. Excepto a Catherine, quien se sentó rígida en su silla, dándose cuenta que esto era exactamente lo que había

estado preparando Eileen durante toda la cena.

Sin tomar en cuenta la mirada suplicante de Catherine, Eileen continuó imperturbable.

—Catherine puede confirmarlo. Me encontré con ella comiendo allí hace pocos días.

Susan frunció el ceño al darse cuenta de la palidez de Catherine, así como su extrema desesperación. Iba a intervenir cuando Eileen se le adelantó. Con la atención de todos fija en ella, no tenía intención de permitir que Susan interrumpiera su pequeño discurso.

—En realidad creo que deberías vigilar más a tu esposa, Paul —se volvió para mirarlo, satisfecha de que ahora tenía toda su atención—. No deberías permitir que Catherine comiera con un hombre tan malvado como Félix.

Catherine sentía los latidos del corazón golpeando contra sus sienes, aumentando en forma ensordecedora, mientras la habitación parecía inclinarse. De lo único que estaba consciente era de la quemante acusación en los ojos de Paul.

Estaba segura de que esto era el fin. Sólo le quedaba una carta por jugar y si esta fallaba…

Durante el silencio que siguió, Louis y Mignon se miraron entre sí, buscando cambiar la conversación. John tosió, Susan ofreció más café y Harold Chilton se movió incómodo en su silla, enviándole una mirada de desagrado a su esposa, que ella pareció no captar.

Eileen Chilton había hecho bien su trabajo. Si la situación hubiera sido distinta, su afirmación sólo hubiese provocado unos comentarios burlones.

Después de esto la conversación se mantuvo tensa y cuando al fin Paul tuvo la oportunidad de pasar junto a ella, le susurró en tono desdeñoso:

—Eres una experta en decir mentiras, así que prepara alguna disculpa para irnos.

Pálida, Catherine le pidió a Susan y a John que los disculparan, no se sentía bien. Esto en realidad no era una mentira, Catherine en ese instante estaba grave.

—¿Qué sucede? —le susurró Susan preocupada cuando se encontraron solas unos momentos en su dormitorio, mientras Catherine se ponía el abrigo.

—No puedo explicártelo ahora, de veras me siento mal.

—¿Ya se los has dicho a Paul? Quiero decir, ¿sobre el bebé?

—Aún no.

—Querida, ¿qué esperas?

¿Qué estaba esperando ella? Se preguntó Catherine mientras se dirigían a la casa en silencio. Soñar con un momento de ternura entre ellos, algo inútil. El silencio en el coche era aterrador, la tirantez se mantuvo todo el tiempo. Cuando llegaron a la casa, Catherine se decidió a jugar su última carta.

Siguiendo a Paul hasta el estudio, cerró la puerta y se le encaró temblorosa. Había decidido que esta situación no podía continuar ni un momento más.

—Paul, quisiera explicarte —comenzó a decirle.

—¿Explicar? —le preguntó con sequedad y una sonrisa cínica—. ¿Qué hay que explicar? A menos que esperes que escuche más mentiras.

Sus ojos la miraron con fijeza y la furia contenida que vio en los mismos la hizo estremecerse de temor.

—Félix me pidió que me encontrara con él porque estaba preocupado por mí. Se había dado cuenta de que su presencia me ocasionaría problemas.

Paul se rió. La risa estremeció cada nervio de su cuerpo.

—Félix nunca se ha preocupado por las consecuencias de sus aventuras. Trata de nuevo Catherine, quizá crea tu próximo intento.

Durante un momento Catherine se quedó silenciosa mirándolo. Se dio cuenta de su actitud inexorable e inconmovible en lo que se refería a ella.

—Tengo una razón muy importante para pedirte que me permitas explicarte.

—¿Cuál es?

—Voy a tener un bebé —las palabras salieron junto con un suspiro y si Paul rio hubiera estado tan enfadado con ella hubiese escuchado la nota desesperada de súplica en su voz. Sin embargo, lo único que hizo fue reaccionar en la forma más violenta en que podía ofender y lastimar a la única persona que amaba sobre todas las cosas.

—¿Quién es el padre?

Estas palabras golpearon a Catherine como si le hubiera pegado físicamente y se encogió bajo su impacto, allí parada rígida, al lado

de su escritorio, mientras se sonrojaba intensamente primero y después se quedaba con una palidez mortal.

—A pesar de toda la evidencia que me condena —pudo esforzarse para decirle—: no creerás que yo… que Félix…

No pudo seguir más, en esos momentos las lágrimas inundaron sus ojos mientras se mordía el labio para controlar su temblor.

—No tengo intención alguna de reconocer como mío un niño que no lo es.

Catherine lo miraba, incrédula, sujetándose de la silla porque su cuerpo comenzó a temblar con violencia.

—Pudiera perdonarte casi todo, Paul —logró decirle al fin—. ¡Pero nunca te perdonaré esto!

Mucho después que Catherine había abandonado el estudio, Paul aún contemplaba la puerta sin ver. Se sentía avergonzado, se movía incómodo. Se había dejado llevar por el demonio de los celos y la duda para convertirse en un bruto insensible. A pesar de todas las "evidencias condenatorias" como le había llamado Catherine, él sabía que no era capaz de las cosas que la acusaba, pero no había podido controlarse ni derribar la pared que él mismo había construido entre ellos.

Se pasó una mano por los ojos como si intentará borrar de su memoria la expresión adolorida del rostro de Catherine cuando le había hecho aquella terrible pregunta. Esa mirada era algo que nunca podría borrar de su memoria.

Félix tendría que pagar por ello, decidió Catherine mientras él salía corriendo de la casa y conducía a gran velocidad el coche.

En su dormitorio Catherine escuchó a Paul salir. Ella también había tenido tiempo para tomar algunas decisiones. Para ella las acusaciones de Paul fueron el insulto final y había convertido su relación en algo sin sentido. Su vida se había alterado en forma drástica durante los últimos meses. Desde una felicidad ideal al inicio, la habían arrastrado a la más profunda desesperación. Estaba segura de que nada podría alterar la situación actual y no estaba preparada para criar su niño en esta atmósfera de desconfianza e intranquilidad.

Bajando la escalera a toda prisa, buscó en el directorio telefónico el número que necesitaba y levantó el auricular con mano temblorosa marcando el número.

—Siento llamar tan tarde —dijo Catherine cuando le contestaron —, quisiera hacer una reservación para el próximo vuelo a Sudáfrica.

—Un momento *madame* —le contestó el hombre y se produjo un silencio mientras la persona revisaba sus papeles—. Ha tenido usted mucha suerte, *madame*. Hubo una cancelación para el vuelo directo a Ciudad del Cabo que sale esta noche a las diez y treinta.

Contaba con menos de una hora para recoger sus cosas y llegar al aeropuerto, pero estaba determinada a no pasar otra noche en esta casa que sólo le traía recuerdos amargos.

—Por favor, resérveme ese asiento —le ordenó al funcionario encargado de los boletos del aeropuerto de Orly, dándole su nombre antes de colgar y correr a su habitación para preparar las maletas. Sentía la necesidad de irse antes que regresara Paul. No podía enfrentarse a él de nuevo, sabiendo que había rechazado a su niño; con ese rechazo había manchado todo lo que fue puro y hermoso entre ellos, dejando sólo las cenizas de los recuerdos y una amargura que lo abarcaba todo.

Capítulo 10

Paul no se sentía con ánimo para esperar por el elevador en el edificio donde Félix tenía su apartamento, en el tercer piso. Subió corriendo la escalera y golpeó la puerta en lugar de tocar el timbre. Si Félix, no hubiese abierto al instante era muy probable, que Paul hubiera roto la puerta. Su aspecto era agresivo y Félix lo notó al apartarse para dejarlo pasar.

—Buenas noches, *mon ami* —lo saludó Félix afablemente. Estaba a punto de apagar las luces para acostarse cuando llegó Paul, golpeando su puerta—. ¿A qué debo el placer de esta visita inesperada?

—Cierra la puerta —le ordenó Paul, violento, sin hacer caso del saludo.

Así lo hizo Félix y lo siguió hasta la sala de su lujoso apartamento. No sé sentía muy feliz por esta visita, tenía la vaga sospecha de que se relacionaba con la amistad existente entre él y Adéle y por consiguiente también con Catherine.

Paul no tenía intención de demorarse en esta visita, por lo que fue directamente al asunto.

—¿Tienes una aventura con mi esposa? —le preguntó con brusquedad y con la respiración agitada.

—No.

—¡Mentiroso!

Paul lanzó su puño con la velocidad del rayo y un instante después Félix yacía en el suelo en bata de casa y pijama y con una silla tirada junto a él. Se llevó la mano a la barbilla, donde le había golpeado Paul. Al encontrar que no había nada roto le sonrió con tristeza…

—Hace tiempo que no me golpea un esposo enfadado —comenzó a decirle sin intención de levantarse—. Esta vez no era necesario, *mon ami*.

—Levántate y defiéndete —le exigió Paul parado junto a la figura postrada de su colega—. ¡Esta noche sabré la verdad aunque para ello tenga que hacerte polvo!

Félix se levantó, manteniendo las manos a sus costados.

—Paul, ambos sabemos que no debemos pelear. Siéntate y hablemos como personas sensatas. Si lo que deseas es la verdad, te la diré.

La calma con que Félix hablaba sorprendió a Paul y comprendiendo la lógica que había en la afirmación del colega, se calmó y dejó que llenara dos copas de coñac.

—Tienes una esposa muy leal —le dijo Félix mientras le entregaba su copa—. Su lealtad incluso se ha extendido a Adéle y a mí.

—¿Adéle? ¿Qué tiene que ver Adéle en esto?

—Todo.

Al momento Paul se sobresaltó. En una ocasión Catherine había tratado de mezclar a Adéle en este asunto y ahora Félix hacía lo mismo. No iba a permitir que arrastraran el nombre de su hermana por el lodo.

—Explícate —le exigió con violencia y así lo hizo Félix mientras bebía el coñac… le contó de su niñez, de su vida posterior, de su amor por Adéle y sus temores de que él no lo considerara un esposo apropiado para ella. Le confesó todo a Paul. De igual, forma le contó cómo Adéle le había hecho prometer que no le hablaría a él de esto, a pesar de que su deseo era plantear en forma abierta su relación y, por último, la parte de Catherine en todo este asunto.

—Así que ya vez, no siento por tu esposa otra cosa más que admiración y respeto y que, por lo tanto, tus sospechas son infundadas.

Paul, aturdido, quedó en silencio y auto recriminándose. ¡Qué acusaciones tan terribles le había lanzado a Catherine en las últimas semanas! La había tratado de manera abominable. Una hora antes le confesó que iba a tener un niño… su niño… y él cometió la acción más imperdonable al preguntarle quién era el padre. ¿Qué había hecho? ¿Por qué permitió que sus mezquinas dudas lo dominaran y arruinaran su vida… sobreponiéndose al sentido común?

Contempló a Félix, que seguía sentado sin moverse, esperando por su reacción. En el rostro de este hombre sólo se leía la sinceridad y el pesar; de este hombre a quien él había catalogado como un "gigoló" y un "donjuán". ¿No cometemos todos alguna tontería de vez en cuando? ¿No acababa de ser él uno de los

mayores tontos?

—¿Me rechazas como cuñado, Paul? —le preguntó Félix un rato después y Paul detectó el tono de ansiedad en su voz.

—Les doy mi permiso para que se comprometan pero… —levantó la mano interrumpiendo a Félix cuando éste iba a decir algo —. Adéle aún es muy joven y quiero que esperen por lo menos un año para casarse. Durante ese tiempo podrás probar tu sinceridad y yo me sentiré satisfecho.

—Félix le extendió una mano temblorosa.

—*Merci,* Paul.

Se estrecharon las manos y Paul salió de inmediato. Estaba ansioso por regresar con Catherine. Tenía mucho de qué disculparse y quería hacerlo de inmediato.

Cuando llegó el castillo estaba oscuro; sólo había una luz en el dormitorio principal. Catherine aún está despierta, se dijo con alegría mientras subía corriendo por la escalera y llamaba a su puerta.

—¿Catherine? —llamó al no recibir respuesta. Por primera vez en su vida Paul conoció el verdadero temor mientras abría y entraba.

La cama no la había usado y el traje de noche de seda estaba colgado en la puerta del guardarropa. Sintió el ligero aroma de su perfume, pero había retirado del tocador todos sus artículos de aseo. Al abrir los cajones y encontrarlos vacíos se confirmaron sus sospechas.

Bajó a toda prisa hasta el estudio y buscó en un cajón del escritorio el pasaporte de Catherine. ¡No estaba! Ahora comprendía que ella pensaba dejarlo para regresar con su padre y sin pérdida de tiempo dejó la casa y condujo el coche al aeropuerto, sin respetar ninguno de los límites de velocidad que encontró en el camino.

Á pesar de la hora había mucho movimiento en el aeropuerto de Orly y Paul fue blanco de muchas miradas de enfado cuando se abría paso hasta la oficina de boletos.

—¿Tiene registrada una pasajera con el nombre de *Madame* de Meillon en un vuelo para Sudáfrica? —le preguntó al empleado en el mostrador.

—*Oui, monsieur* —le confirmó el empleado—. En el vuelo de las diez y treinta a Ciudad del Cabo.

El reloj en la pared marcaba esa misma hora.

—¿Por dónde?

El empleado le señaló hacia la salida de pasajeros.

—¡No llegará a tiempo! —le gritó, ya Paul había desaparecido. ¡Tenía que alcanzar a Catherine antes que despegara el avión! ¡Tenía que detenerla! Cuando llegó a la puerta el Boeing se dirigía hacia la pista de despegue y se dio cuenta de que era demasiado tarde, mientras se pasaba una mano por el cabello despeinado. En algún lugar dentro de aquel monstruo brillante se encontraba su adorada Catherine y por primera vez comprendió el gran dolor que debió sentir para llegar a tomar una decisión tan drástica. No iba a ser fácil convencerla de su sinceridad y arrepentimiento, mas tendría que intentarlo. Era imposible pensar en la posibilidad de vivir sin ella.

Paul no pudo dormir esa noche. Antes de abandonar el aeropuerto había reservado un asiento para el primer vuelo, temprano en la mañana, para Ciudad del Cabo. Ya tenía preparada la maleta y aunque se había puesto el pijama, no logró dormir. Caminó de un lado a otro de la habitación, fumando un cigarrillo tras otro y recriminándose continuamente por su comportamiento.

Tan pronto como, amaneció se sentó y le escribió una nota a Adéle.

"Catherine se fue anoche para África del Sur. Cuando leas esta carta ya estaré volando hacia allá. Mi intención es traerla conmigo, si es que me perdona todo lo que le he hecho.

Cuando regrese hablaremos muy en serio tú y yo. Para más detalles habla con Félix. Paul".

Al salir dejó la nota sobre la mesa del desayuno donde estaba seguro de que Adéle la vería. Ya se encontraba en camino el taxi que había pedido y llamó a la clínica para explicarles que estaría fuera del país unos días.

Fue un viaje aburrido, el avión hizo varias escalas. Cuando al fin aterrizaron en el aeropuerto Jan Smuts de Johannesburgo, le explicaron que tendría que esperar una hora para el primer vuelo a Ciudad del Cabo. Cuando al fin llegó a su destino tomó el autobús hasta la ciudad y después siguió hasta Constahtia en un coche que alquiló.

Fue Sarah la que abrió la puerta ante su insistente llamado y lo

miró asombrada al ver a Paul parado frente a la puerta.

—*Bonjour* —la saludó—. ¿En dónde está Catherine?

—Señor ella…ella no está aquí —tartamudeó mientras Paul entraba.

—¿Entonces en dónde está?

—No lo sé, señor.

Bajó los ojos, contemplando el suelo. No estaba acostumbrada a mentir y le resultaba aún más difícil cuando Paul la miraba.

—Sarah, es muy importante que hable con ella —le dijo con voz controlada—. Dígame dónde está.

Sarah suspiró y se encogió de hombros, no podía mentir.

—La señorita Cathy llegó esta mañana temprano y salió de nuevo después de tomar la llave de la cabaña que está en la bahía de Gideón. Me hizo prometer que no se lo diría a su papá ni a nadie más —siguió diciendo con tristeza—. Ya he roto mi promesa.

—No se preocupe —agregó Paul, dándole unas ligeras palmadas en el hombro—. Sé que la perdonará.

Le preguntó cómo llegar a la bahía de Gideón y cuando subía al coche ella le preguntó:

—¿Hay algún problema, señor Paul?

—Un mal entendido —Paul le sonrió tranquilizándola—. No se lo cuente a nadie Sarah. Regresaremos mañana y si todo sale bien nos quedaremos unos días.

Sarah movió la cabeza mientras se alejaba el coche. ¿Un malentendido? ¡Vaya! Ella no era tonta.

Vestida con unos pantalones viejos y una camisa que encontró en un armario, Catherine se dedicó a limpiar y ventilar la cabaña. Ya había dejado de llorar y ahora estaba decidida a mantenerse ocupada hasta que se sintiera capaz de sentarse a pensar con calma.

Esa mañana había tomado el tren hasta la bahía de Gideón, para llegar después hasta la cabaña en la carreta tirada por un caballo, guiada por el anciano cartero que iba a la estación del ferrocarril a recoger el correo. En la bahía todo era aún muy rústico y a los residentes les interesaba mantenerlo así.

La paz y tranquilidad de esta pequeña localidad, era como un bálsamo para su alma atormentada. Necesitaba tiempo para pensar en el futuro… un futuro sin Paul.

"No tengo intención de reconocer a tu hijo como mío", le había dicho con tanta violencia. La habían atravesado hasta el alma dejándola con un solo pensamiento... huir del hombre que en un tiempo había sido el dueño de su corazón.

No tenía dudas de que cuando supiera la verdad por Adéle comprendería su error, pero sería demasiado tarde, el daño ya estaba hecho. ¿Fue mucho pedirle a Paul que confiara en ella, como ella lo había hecho en él? La amargura de sus pensamientos se hizo aún mayor mientras dejaba de limpiar por un momento y miraba absorta por la ventana abierta.

Después, por la tarde, caminó por la playa desierta. No podía pensar y estaba cansada. Había dormido poco durante el vuelo y ahora se sentía demasiado inquieta para acostarse y tratar de descansar. Ascendió por las rocas hasta encontrar un lugar lo suficientemente alto desde donde pudiera observar el mar y contemplar cómo las olas se deslizaban hacia la playa rocosa. Era peligroso nadar en esta parte de la costa, pero era un paraíso para los pescadores. Al anochecer se les podía ver sobre estas rocas, lanzando sus anzuelos a las profundidades del mar. Una y otra vez repetían sus acciones con una enorme paciencia, hasta obtener la recompensa con una buena pesca.

Los pensamientos de Catherine tenían la misma turbulencia de la masa de agua espumosa que chocaba constantemente contra las rocas, lanzando al aire un fino rocío que le mojaba la cara y los brazos.

Paul demostró tener muy poca fe en ella si la había creído capaz de todas las cosas de que la acusaba. ¿Cómo reaccionaría su padre cuando se lo dijera? En este momento le resultaba imposible enfrentársele. Necesitaba tiempo para sanar su orgullo lastimado... tiempo para acostumbrarse al quemante vacío en su interior. No resolvería nada llorando, cuando le explicara los motivos de su regreso a casa. No sentía orgullo alguno en aceptar que su matrimonio había sido un desastre. Al menos tendría el niño... el niño de Paul aunque él lo negara.

"No tengo intención de reconocer como mío un niño que no lo es" seguía escuchando su acusación.

¡No le pediría ayuda aunque fuera el único hombre sobre la tierra! Se daba cuenta de que no le sería fácil educar al niño ella

sola, pero el bebé era suyo. ¡Suyo! Era todo lo que le quedaba de un hermoso sueño.

No pudo contener más las lágrimas que rodaron con toda libertad por sus mejillas ya humedecidas por el rocío de las olas. Estaba subiendo la marea y según pasaban los minutos era más violento el asalto del mar contra las rocas, no se daba cuenta de nada; excepto de sus pensamientos dolorosos.

Un movimiento en la playa llamó su atención. Paul se acercaba hacia ella, vestido con un ligero traje gris, saltaba de una roca a otra.

Se extrañó ante el vacío interior que sentía al verlo acercarse. Cuando al fin llegó a su lado no sintió más que una ligera curiosidad por su presencia aquí. ¿Qué haría él? ¿Golpearla? ¿Suplicarle? ¿O sólo llevarla de regreso a Francia para continuar ese matrimonio sin sentido, nada más para salvar su reputación, su orgullo?

¡No! ¡Nada lograría convencerla para que regresara con él!

—Te estás mojando. ¿Quieres enfermarte?

¡Qué típico de él! pensó con creciente histeria. Siempre el médico primero y después el hombre.

—¿Qué importancia tendría?

Se ensombreció la expresión en el rostro de Paul. No había esperado una recepción bulliciosa, pero la frialdad en su voz lo asustó. Hasta este momento estaba confiado en que la recuperaría, ahora ya no se sentía tan seguro. No iba a ser fácil derribar el muro de reserva que ella había construido a su alrededor en el breve espacio de tiempo transcurrido desde su última discusión, la más dañina.

Le extendió la mano, pero ella lo ignoró y se levantó. Caminaron en silencio entre las rocas y regresaron por la suave arena hasta la pequeña cabaña frente a la playa. El sol se había ocultado entre las nubes y la frialdad del aire la hizo estremecer. Ciertamente estaba mojada… y tenía frío.

El automóvil que Paul alquilara estaba estacionado en el camino y Catherine sacó las llaves de la cabaña, abrió la puerta y entró. Paul la siguió en silencio, cerrando la puerta.

—Debes darte un baño de agua caliente, *chère* y ponerte algo que te abrigue.

En ese momento Catherine se volvió quedando frente a él.

—¡Quieres hacerme el favor de no decirme más lo que tengo que hacer y lo que no puedo hacer!

A Paul nunca le había parecido más hermosa que en este momento, en que sus ojos verdes lanzaban chispas de enfado, con las piernas abiertas y las manos descansando sobre las bien formadas caderas. Su aire desafiante lo excitó y le costó gran trabajo no tomarla en sus brazos. ¡*Dieu*, cuánto deseaba sentir su cuerpo cálido en sus brazos y la temblorosa aceptación de sus labios bajo los de él!

Encogiéndose de hombros, caminó hasta la pequeña sala. Poco después escuchó correr el agua en el baño y se dibujó una sonrisa involuntaria en sus labios.

Registró el armario, encontrando una botella de vino. La abrió y se sirvió un vaso, acomodándose en un sillón. Si conocía bien a Catherine, tendría que esperarla un rato y el sillón acojinado con su alto respaldo le permitirían al menos estar cómodo mientras tanto.

¡*Dieu!*, que cansado estaba, pensó cerrando los ojos un momento. No había logrado dormir la noche anterior y durante el viaje sólo pudo pensar en Catherine y en su propia estupidez que había provocado que huyera de él con tanta prisa.

Debió dormirse ya que cuando de nuevo abrió los ojos la habitación estaba oscura y escuchó que alguien se movía en la cocina. Terminó de beber el resto del vino y se encaminó hacia donde se escuchaba el sonido de ollas y sartenes. Encontró a Catherine parada frente a la estufa de gas, vestida con un traje de lana y con un delantal alrededor de la cintura.

—¿Qué haces?

—Preparando algo de cenar —le contestó sin mirarlo—. Me imagino que tendrás hambre.

—¿Me invitas? —le llegó el agradable aroma de lo que estaba friendo.

—No creo que haya otra alternativa ¿no es así? Sin embargo, debo prevenirte que no tengo una alacena bien surtida, no esperaba huéspedes.

Paul se acercó un poco más y continuó friendo las cebollas, mientras ella preparaba las tortillas de huevos.

—Me parece escuchar una nota de sarcasmo en tu voz, *chère* y

eso no te queda bien.

Lo contempló un instante antes de contestarle.

—Lo siento, ¿esperabas que te recibiera con los brazos abiertos?

Paul retiró la sartén de la estufa con una expresión adolorida.

—No exactamente —le respondió dejando la sartén a un lado y cruzando los brazos la observó tomar los platos y comenzar a servir la comida.

Se produjo un silencio incómodo que duró toda la cena, Catherine jugó con los alimentos en su plato y por último lo dejó a un lado, observando cómo Paul devoraba la humilde comida que le había preparado, como si no tuviera la menor preocupación.

—¿No tienes hambre? —levantó la vista del plato, buscando el salero.

—No.

Paul se encogió de hombros con un gesto característico de él y siguió comiendo sin intentar reanudar la charla.

Más tarde él le ofreció ayudarla a lavar los platos, ella se negó y le indicó que esperara en la sala a que le llevara el café, tan pronto como terminara.

Su presencia en la cocina la turbaba y no deseaba prolongar el molesto silencio. Sola podía meditar, pero con Paul moviéndose a su alrededor sus pensamientos eran caóticos y dominados por su presencia.

—No perdiste mucho tiempo en seguirme —después de lavar los platos, sirvió el café en la sala.

—¿No crees que te apresuraste un poco? —le preguntó él, sus ojos parecían dos lagunas oscuras e insondables.

Catherine estudió en silencio su pregunta y cuando habló le resultó difícil controlar el temblor en su voz.

—¿A pesar de las circunstancias… crees que… me apresuré? —Tragó con dificultad—. ¿No hubieras hecho lo mismo de encontrarte en mi lugar?

—Soy hombre y reaccionamos distinto ante ciertas situaciones.

—¡Por supuesto! Tú hubieras reaccionado de otra manera. Eres frío hasta llegar a la crueldad, sin emociones de ningún tipo e incapaz de comportarte como un ser racional.

Pudo observar la palidez alrededor de la boca de Paul.

—Esas son palabras muy duras, *chère* y sabes que no son ciertas.

—¿Lo sé? ¿Lo sé, Paul? —Le preguntó mordiéndose los labios para contener su temblor—. Ya no sé ni qué pensar.

—Catherine, hay algo que tengo que explicarte.

—No hay nada que explicar, Paul —lo interrumpió levantándose y recorriendo la habitación como buscando alivio al dolor que se albergaba en su corazón.

Catherine emitió un suspiró y continuó:

—Desde que regresamos a París del viaje de luna de miel, cambiaste —detuvo su inquieto caminar quedando ahora frente a él mientras toda la amargura se volcaba en sus palabras—. Te volviste frío y lejano, buscando cualquier pretexto para profundizar la división entre nosotros. Todo comenzó la noche que ofrecimos aquella cena. Poco después te cambiaste de nuestro dormitorio al vestidor y a partir de entonces sólo fui para ti una sirvienta en tu casa.

—¡Eso no es cierto!

—Sí —se rió con cinismo—. Me olvidé mencionar la noche en que entraste a mi dormitorio para informarme que te irías temprano a la mañana siguiente para asistir a una conferencia en Londres. ¡Entonces por lo menos eras humano! —Otra vez se rió con amargura—. Pensé que en cierta forma aún me necesitabas y que, a pesar de todo, me amabas. Tontamente creí que la situación podría mejorar. Sin embargo, a la mañana siguiente me encontré tu pequeña nota enigmática y comprendí que lo único que necesitabas era una mujer. ¡Cualquier mujer! Sólo que era yo la que se encontraba disponible. ¡Oh, Dios que disponible he estado!

En ese momento no pudo contener más las lágrimas que corrieron por sus mejillas y los sollozos angustiados la estremecieron. Mientras la contemplaba Paul se sintió como si lo hubieran clavado en la silla. Por primera vez comprendió lo profundo que la había herido con su comportamiento insensible y se maldijo mil veces por haber sido tan tonto.

—Traté de comprender lo que motivaba tus acciones —continuó ella una vez que pudo controlarse de nuevo—. Te perdoné porque no conocías la verdad y porque sabía que temías que me hubiera casado contigo por gratitud. Lo que no puedo perdonarte es que hayas pensado que el bebé que voy a tener sea de otro hombre.

En ese momento Paul se levantó para consolarla y suplicarle que

lo perdonara.

—No me toques —gritó al darse cuenta de su intención.

Resignándose a sus deseos dejó caer las manos a los costados. Comprendió que tendría que actuar con cuidado, ya que el futuro de ambos dependía de ello.

—Cuando te dejé anoche me fui directamente a casa de Félix —observó un destello de interés en sus ojos—. No fue una visita agradable, mas ahora conozco todos los hechos, tal como son.

—¿Por eso es que me seguiste con tanta rapidez?

Sus palabras lo hirieron profundamente, reconoció que, hasta cierto punto, se las merecía.

—Aun sin saber esto hubiera venido.

—¿Hubieras venido, Paul? ¡Lo dudo!

De nuevo apareció esa mueca cínica en los labios de ella, tan distinta a su modo de ser. Lo contempló pensativa ¿Podía creerle o sólo lo diría para evitar la vergüenza de un matrimonio roto? Su mente estaba llena de preguntas y con ellas miles de nuevas dudas que se habían presentado de repente.

—¿Por qué no viniste a mí de inmediato? —La voz de Paul interrumpió sus pensamientos—. Si lo hubieras hecho no habría sucedido nada de esto.

—De todas maneras hubiese sucedido, era como una herida supurada que había que limpiar. Además le había prometido a Adéle que no hablaría.

—¿Por qué?

—Temía lo que pudieras hacer —le explicó Catherine agitada—. Y debes saber todo esto, me imagino que Félix te lo habrá contado.

Se escucharon los golpes del reloj sobre la repisa, en el pesado silencio que se produjo en la habitación. Fue entonces que Catherine observó lo caído dé los hombros de Paul, el color gris de su piel y las líneas de sufrimiento a cada lado de la boca. Por un momento se suavizó su corazón y después se endureció de nuevo. ¿No la había hecho sufrir él también?

—¿Soy tan poco comprensivo que ni tú ni Adéle pudieron presentarme ese problema? —le preguntó lentamente, encendiendo un cigarrillo y hundiéndose aún más en el sillón. Por un instante observó cómo ascendía el humo hacia el techo, antes de mirarla inquisitivo—. ¿Lo soy *chère*?

Ahora le correspondió a Catherine sentirse lastimada por su regaño y caminó hasta la ventana contemplando la negra oscuridad exterior.

—No, Paul, no puedo decir que no seas comprensivo —le contestó con sinceridad, de espaldas a él—. Cuando necesité de tu comprensión me la ofreciste sin vacilar, no lo he olvidado.

Un silencio lleno de paz siguió a este comentario. Era como si se hubiera desintegrado la tensión que existía entre ellos, dejándolos tranquilos y en posibilidad de pensar con claridad.

—¿Por qué me seguiste? —le preguntó después de un rato, evitando mirarlo.

Escuchó cómo aplastaba el cigarrillo en el cenicero y de repente lo vio a su lado. En realidad estaba tan cerca que podía sentir el olor de su crema de afeitar y el ligero aroma a tabaco que siempre se percibía en él. Su traidor corazón comenzó a golpear con fuerza.

—Vine a llevarte conmigo —fue lo único que le dijo. El aliento sobre su nuca la llenaba de un loco deseo de escapar de allí antes que fuera demasiado tarde.

—¿Así de sencillo? —le preguntó con brusquedad—. ¿Me has seguido hasta tan lejos sólo con un pensamiento en la mente, llevarme de regreso a Francia contigo? Lamento que hayas hecho un viaje tan inútil no pienso regresar.

Las manos de Paul la tomaron por los hombros haciéndola volverse hacia él.

—Me parece que no me he expresado con claridad. Te estoy diciendo… no, te estoy suplicando, que regreses conmigo —había un sincero arrepentimiento en sus ojos, fijos en ella y un toque de desesperación en la dolorosa presión de los dedos en sus hombros. Dejó escapar un gemido—. ¡*Dieu Catherine*! No puedo perdonarme todo lo que te he lastimado y me desprecio por lo que te dije anoche sobre… sobre el niño. Me arrepentí tan pronto como saliste del estudio, en ese momento estaba muy enfadado… sí, y demasiado orgulloso para seguirte y pedirte perdón. *Mon coeur*, ¿no me perdonarás?

La atrajo hacia él sin que ella se resistiera. Después se soltó y en su rostro se dibujó la expresión de un pequeño animal asustado.

—¡No! ¿Cómo sé que no volverás a dudar de mí? —Gritó retorciéndose las manos desesperada—. Nunca podría resistir volver

a pasar por lo que acabo de sufrir.

—*Chère*, tienes mi palabra.

—No, Paul —lo interrumpió de inmediato, con voz temblorosa—. Aprecio el hecho de que estés arrepentido y acepto tus disculpas, pero… siempre tendrás esa duda molesta escondida en tu mente, la duda de que me he casado contigo por gratitud solamente. Después, con el menor motivo, volverás a sospechar y nos encontraremos de nuevo en esta misma situación.

Se miraron y Paul se sintió impotente al comprender el alcance de sus palabras. No había manera de probarle que ya no existían sus antiguas dudas y si no le daba la oportunidad de demostrárselo regresando a él, entonces su súplica era inútil.

—*Chère*, hay un hiló sutil que une el amor y la gratitud y esta última puede confundirse muy fácilmente con el otro, con el amor. Fuiste mi paciente y con la ayuda del *bon Dieu* hice un milagro. Era muy posible que influyera en ti el éxito de esa operación. No puedes culparme por haber tenido esta duda y el conocer quién era Félix sólo la aumentó —le resultaba difícil seguir hablando ante la tensión en los músculos de su garganta—. Ahora me doy cuenta que nunca debí dudar de ti, todo fue creación de mi mente, provocado por mis temores —vaciló y hubo un repentino brillo en sus ojos—. Sólo quiero tu felicidad, *chère*, si deseas que me vaya lo haré. La decisión depende de ti.

Sus palabras fueron como un dolor que le llegaba al corazón. Estaba dispuesto a regresar a Francia sin ella, si no deseaba continuar con su matrimonio. Vio ante ella, como un abismo los largos años de soledad, años durante los cuales sólo tendría a su hijo en quien depositar su amor y sus cuidados. De pronto todo su ser se reveló contra la imagen que se presentaba frente a ella. Sintió un nudo en la garganta y la emoción le impidió hablar; tomando su silencio como un rechazó Paul se volvió lentamente y caminó hacia la puerta, abatido por completo.

—¡Paul!

Su voz no fue más que un susurro, pero en el silencio de la noche otoñal, donde sólo se escuchaba el sonido de las olas rompiendo contra la playa, Paul la oyó. Giró sobre los talones con rapidez, a tiempo para recibirla en sus brazos.

Se abrazaron estrechamente, como si no pudieran soportar el

pensamiento de dejar ir al otro. Los labios acariciadores y los brazos tensos dijeron más de lo que pudieran decir todas las palabras. Se besaron durante largo rato hasta que cedió la pasión y entonces él la sentó en el sofá, a su lado, abrazándola mientras ella descansaba la cabeza en su hombro.

—*Mignonne,* te amo con desesperación —le confesó Paul con voz ronca por la emoción—. Te juro ante el *bon Dieu* que te haré olvidar todas las penas que te he hecho sufrir.

—¡Oh, querido Paul! —Al fin pudo hablarle en medio de las lágrimas—. Te amo con todo mi ser y nunca, nunca más tendrás que dudar de mí.

—Perdóname, *chère* —ella lo hizo callar colocándole un dedo en los labios.

—No más disculpas, mi amor, después de todo yo también tengo parte de culpa, te lo debí contar todo desde el primer momento —en ese instante se recordó de algo y se sentó muy derecha—. Casi se me olvida preguntarte, ¿qué has decidido sobre Adéle y Félix?

Paul le explicó brevemente lo que habían hablado él y Félix:

—No quise conversar con Adéle antes de salir, por temor a no poder controlarme —terminó de explicarle—. Desde luego que tendrá que responderme de muchas cosas a mi regreso.

—No —Catherine hizo un gesto negativo con la cabeza y con una expresión muy seria en el rostro—. Olvidemos todo, estamos juntos de nuevo y es lo único que importa.

—Eres muy generosa, *mon coeur* y espero que Adéle lo sepa agradecer —le sonrió abrazándola de nuevo.

Fue mucho más tarde que Catherine le dijo a su amante esposo que tendría que preparar para ellos el dormitorio principal.

—¿Por qué?—preguntó Paul inocentemente.

—No esperaba que vinieras aquí, por lo que sólo preparé una cama sencilla en la habitación de huéspedes —le explicó sonrojándose al ver la expresión en sus ojos.

—Por una noche no me importará compartir contigo una cama sencilla —la apretó contra su pecho—. Por la mañana regresaremos a Ciudad del Cabo y le diremos a tu padre que en un futuro no muy lejano se convertirá en abuelo. Quizá nos quedemos allá unos cuantos días antes de regresar a Francia.

—¡Paul, sería el cielo!

—El cielo está aquí, *mon coeur* —le contestó antes de besarla y Catherine coincidió con él. Desde luego que el cielo estaba aquí, en los brazos de Paul.

Fin